



ESCUELA DE DISCIPULADO

NIVEL 1



NACER

16 LECCIONES



APOSTOLIC ASSEMBLY
OF THE FAITH IN CHRIST JESUS

ESTRATEGIA DE JESÚS

Escuela de Discipulado

Libro de Nivel 1 Nacer / 16 Lecciones

Versión Digital 3.0 / Abril 2022

ASESOR

Obispo Presidente John Fortino

COMITÉ

Obispo Vicepresidente Felipe Salazar

Obispo Joe Aguilar

Obispo Elías Páez

Obispo David Martínez

Pastor Jimmy Morales

Pastor Gabriel Pereira das Neves

ESCRITORES

Obispo Felipe Salazar

Obispo Roberto Tinoco

Pastor Gabriel Pereira das Neves

EDITOR

Pastor Gabriel Pereira das Neves

ASAMBLEA APOSTÓLICA

DE LA FE EN CRISTO JESÚS

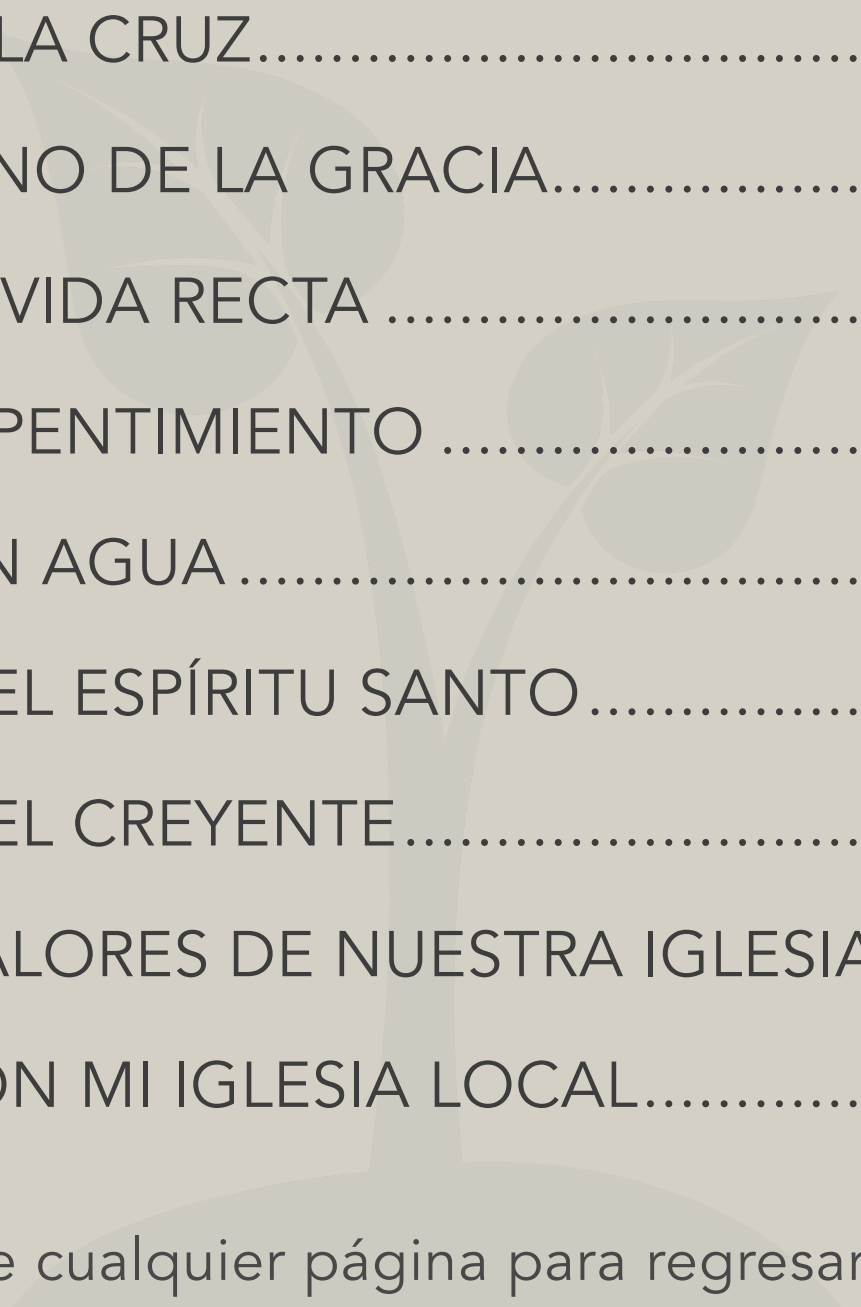
5401 Citrus Ave. Fontana CA 92336

Estados Unidos de América

Tabla de Contenido

(Toca en un ítem de la Tabla de Contenido para ir directamente a la lección)

01 – LA BIBLIA, EL GRAN LIBRO DE DIOS	5
02 – ATESORANDO LA PALABRA DE DIOS	17
03 – DONDE TODO COMIENZA: LA FE	30
04 – SÓLO EXISTE UN DIOS	44
05 – ¿DE DÓNDE VENIMOS?.....	57
06 – ¿HACIA DÓNDE VAMOS?	69
07 – LA CONDENACIÓN DEL PECADO	80
08 – LA DIVINIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO	92



09 – LA PALABRA DE LA CRUZ.....	104
10 – EL REGALO DIVINO DE LA GRACIA.....	119
11 – LA GRACIA Y LA VIDA RECTA	131
12 – LA FE Y EL ARREPENTIMIENTO	144
13 – EL BAUTISMO EN AGUA	159
14 – EL BAUTISMO DEL ESPÍRITU SANTO	170
15 – LA SANTIDAD DEL CREYENTE.....	184
16 – ORIGEN, FE Y VALORES DE NUESTRA IGLESIA.....	199
COMPROMETIDO CON MI IGLESIA LOCAL.....	215

(Toca en el encabezado de cualquier página para regresar a la Tabla de Contenido)

01 – LA BIBLIA, EL GRAN LIBRO DE DIOS

¿Qué es la Biblia? ¿Cuál es su origen? ¿Cómo y para qué fue escrita? ¿Cuáles son los beneficios de conocerla y practicar lo que ella enseña?

Texto para memorizar: **“Porque la Palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón.”** Hebreos 4.12.

1. INTRODUCCIÓN

Leamos Isaías 55.8–11. La Biblia es el libro más grandioso del mundo. Es el libro de Dios, tocante a Dios, escrito por hombres de Dios, que enseña cómo ser hombres y mujeres de Dios.

La Biblia contiene la literatura más sabia jamás conocida, así como lo mejor en poesía, historia y relaciones humanas. Pero sobre todo, la Biblia nos ofrece el plan de Dios para la salvación del ser humano.

Los Creyentes somos el fin u objeto de este Libro; de manera que si queremos conocer y amar realmente a nuestro Señor Jesucristo, debemos conocer y amar el Libro que le revela. No podemos amar a Dios más de lo que le obedecemos, y no podemos obedecerle más de lo que obedecemos Su Santa Palabra, que es la Biblia.

La Biblia es la Palabra de Dios, y no tan sólo un libro ordinario. Ella es única porque su autor es Dios: **“Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia.”** 2ª Timoteo 3.16. Es un libro escrito por hombres, pero inspirado por Dios a través de ellos, quienes escucharon Su voz. La Biblia habla con autoridad absoluta porque es ¡el único libro de su clase!

2. ÚNICO EN CONTINUIDAD, INTEGRIDAD Y SUPERVIVENCIA

La Biblia fue escrita en un espacio de más de mil seiscientos años, más de sesenta generaciones y por más de cuarenta escritores de diversas ocupaciones en la vida: reyes, campesinos, pastores, soldados, pescadores, poetas, estadistas, estudiantes, profesionales, religiosos y otros.

Fue escrita en tres continentes: Asia, África y Europa; y en tres lenguas o idiomas: Hebreo, Griego y Arameo. Contiene cientos de temas, que a veces aparentan estar en controversia y crean diversidad de opiniones.

Sin embargo, podemos ver que sus escritores hablan con una armonía fenomenal y una uniformidad asombrosa, presentándonos el drama de la condenación del hombre por el pecado y la maravilla de la redención obtenida por Cristo Jesús; y esto, a pesar de las drásticas diferencias culturales, geográficas, de idioma y de tiempo que existieron entre ellos.

Esta integridad es nada menos que un milagro cuando uno considera los desacuerdos que resultarían si solamente diez autores escribieran acerca de un mismo tema; aún cuando tuvieran en común su ocupación, generación, época, lugar, continente e idioma. Es verdaderamente asombroso que la Biblia mantenga su continuidad y nunca se contradiga a sí misma.

Pero hay una explicación para esto y se encuentra en sus mismas páginas, en las palabras del apóstol Pedro: **“Entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, ²¹ sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo.”** 2ª Pedro 1.20–21.

Es por esto que ningún otro libro religioso en el mundo puede reclamar la exactitud de la Biblia en cuanto a la profecía; porque este es el único volumen jamás producido que ha pronosticado, sin fallar, el futuro de naciones, de razas y pueblos, de incontables ciudades, y de una nación en particular —Israel, a la vez que anunció la venida del que sería el Mesías Salvador.

Existen más de trescientas profecías concernientes a Él, sólo en el Antiguo Testamento, dadas de mil seiscientos a cuatrocientos años por adelantado, que describen exactamente Su nacimiento, vida, muerte y resurrección (Isaías 46.9,10; Lucas 24.44).

En cuanto a su supervivencia, a través de siglos de persecución y de crítica la Biblia no solamente ha sobrevivido, sino que ha llegado a ser el libro más querido de la historia. El académico francés conocido como Voltaire, dijo que la Biblia estaría extinguida para el año 1850, pero lo contrario ha sucedido desde entonces:

La Biblia ha continuado aumentando en circulación hasta convertirse en el libro más distribuido de todos los tiempos. Mateo 24.35: **“El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.”** Esta promesa de Jesús aún se está cumpliendo hoy.

3. BENEFICIOS DE ESTUDIAR Y CONOCER LA BIBLIA

En la Biblia encontramos los mejores consejos para disfrutar de esta vida, así como el camino que nos conduce a la vida eterna. Si ponemos atención a lo que ella nos quiere enseñar, vamos a obtener grandes beneficios. Veamos algunos de ellos.

(1) Salvación, nuevo nacimiento: El libro de Génesis, cuyo significado es “origen”, dice que la Ley de Dios estableció desde el principio que cada ser creado se reprodujera según su especie.

Por eso los seres humanos y demás criaturas de la Tierra nos reproducimos manteniendo nuestras características biológicas que son únicas en cada especie, y que se traspasan a través de los genes, mediante el material llamado ADN. Esto explica por qué los hijos se parecen a sus padres, a sus tíos o a sus abuelos.

Pues bien; la Biblia contiene “el ADN” de Dios, y es por medio de esa información que nacemos de nuevo y nos convertimos en hijos Suyos, llegando a ser semejantes a Él.

Dios nos engendra espiritualmente a través de Su Palabra. Esto, por supuesto, no significa que podamos nacer de nuevo sin pasar por el bautismo en agua y recibir el bautismo del Espíritu Santo —estudiaremos estos temas más adelante— pero lo cierto es que tanto el nacimiento de agua como el del Espíritu sólo son posibles por medio de la Palabra de Dios:

“...de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas.” Santiago 1.18.

“Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la Palabra de Dios que vive y permanece para siempre. ²⁴ Porque: toda carne es como hierba, y toda la gloria del hombre como flor de la hierba. ²⁵ La hierba se seca, y la flor se cae; mas la palabra del Señor permanece para siempre. Y esta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada.” 1ª Pedro 1.23–25.

(2) Fe: “De la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él.” Colosenses 2.6. Esto significa que recibimos la salvación por la fe en Jesús, y debemos continuar nuestro camino con Él de esa manera: por la Fe; de hecho, sin esa fe es imposible agradar a Dios, según nos dice Hebreos 11.6.

Así que nuestro caminar con Dios dependerá completamente de nuestra confianza absoluta en Su poder, sabiduría y bondad, **“porque por fe andamos, no por vista.”** 2ª Corintios 5.7. Vemos por tanto que la Fe es muy importante; es vital. Pero ¿de dónde proviene la Fe? Y ¿cómo la obtenemos? **“La fe es por el oír, y el oír por la Palabra de Dios.”** Romanos 10.17.

(3) Poder: Los planetas fueron formados por la Palabra de Dios. Detente un momento a pensar acerca de la inmensidad del universo, en su infinitud. ¡Y pensar que llegó a serlo instantáneamente, por un mandato divino! Dios ordenó al universo existir con Su palabra. ¡Qué poder tan tremendo! Esto está muy lejos de nuestra capacidad de comprensión.

(4) Protección: Encontramos que otra cualidad de la Palabra de Dios es la de derrotar a Satanás. Existe una lección maravillosa para nosotros en Mateo 4.1–11 donde dos seres —el Dios Todopoderoso manifestado en la carne, nuestro Señor Jesucristo, y el ser más altamente creado, Lucifer— se trabaron en combate sobre la Tierra. El Señor Jesús, por supuesto, debe haber tenido en su arsenal armas que ni siquiera podríamos imaginar; sin embargo, cuando Él quiso derrotar al diablo, echó mano de la Palabra de Dios. Él nos estaba enseñando que la manera de derrotar al diablo sobre esta Tierra es usar la poderosa Palabra de Dios. Jesús dijo tres veces: **“Escrito está”**. Es alentador para nosotros ver que nuestro Señor no echó mano de

un arma que no iba a estar al alcance de todos nosotros, sino de una que tenemos siempre a nuestra disposición... la Palabra de Dios. ¡Ella pone en fuga al enemigo! El apóstol Pablo se refiere a las Escrituras como a una parte importante de la armadura de Dios: **"...tomad la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios."** Efesios 6.17.

(5) Alimento: La Biblia se compara a sí misma con leche y carne en 1ª Corintios 3.2 y con miel en Salmos 19.10. Y Job dijo: **"Guardé las palabras de su boca más que mi comida."** Job 23.12. La Biblia es el alimento de nuestra alma. No podemos vivir sólo con alimento natural. Nuestra salud espiritual es mantenida con cada palabra que procede de la boca de Dios. Si acaso no somos cuidadosos en comer regularmente y en forma apropiada –alimentos sanos– nos debilitaremos y nos expondremos a las enfermedades. Así también, si vivimos la vida con poca o ninguna dieta de la Palabra de Dios, caeremos en desnutrición espiritual: **"Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación."** 1ª Pedro 2.2.

(6) Fructificación: En el primer salmo leemos concerniente al hombre que “...no anduvo en consejo de malos, ni estuvo en camino de pecadores, ni en silla de escarnecedores se ha sentado; ² sino que en la ley de Jehová está su delicia, y en su ley medita de día y de noche.” Vv. 1,2. ¿Haces bien en meditar día y noche en la ley del Señor? Sí, porque así serás: “...como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo, y su hoja no cae, y todo lo que hace prosperará” V. 3.

(7) Éxito: La psicología moderna nos dice que casi todo ser humano tiene un deseo natural de triunfar. La Biblia tiene un plan para la prosperidad del hombre y la promesa de que podemos tener éxito donde quiera vayamos, si nos dedicamos a aplicar continuamente las Escrituras a nuestro vivir: “Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás en él, para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito; porque entonces harás prosperar tu camino, y todo te saldrá bien.” Josué 1.8.

(8) Guía: Es muy difícil que una persona encuentre su camino en la oscuridad de la noche, sin luz. Así también, es muy difícil para nosotros encontrar nuestro camino en la vida sin la influencia guiadora de la Palabra de Dios: **“Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino.”** Salmos 119.105.

(9) Sabiduría: Tal vez tú nunca alcances a tener la capacidad de Sócrates, Platón, Aristóteles o Einstein, pero la Biblia dice que gracias a ella tú puedes llegar a ser más entendido que ellos: **“Me has hecho más sabio que mis enemigos con tus mandamientos, porque siempre están conmigo.”** ⁹⁹ **Más que todos mis enseñadores he entendido, porque tus testimonios son mi meditación.** ¹⁰⁰ **Más que los viejos he entendido, porque he guardado tus mandamientos.”** Salmos 119.98–100.

(10) Libertad: La verdad de la Palabra de Dios es la única que puede dar real y duradera libertad al hombre, la mujer, el niño o el anciano. Si nos hacemos tiempo para conocerla y continuamos viviendo en ella, la verdad nos libertará: **“Dijo**

entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: **Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.**" Juan 8.31,32.

(11) Vida: Jesús es el camino, la verdad y la vida. Sus palabras nos imparten vida: **"...las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida"** Juan 6.63.

(12) Paz: No existe modo mejor de elevar tu mente a Dios y obtener la paz que necesitas, que ir a la Palabra de Dios: **"Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera..."** Isaías 26.3. **"Mucha paz tienen los que aman tu ley, y no hay para ellos tropiezo."** Salmos 119.165.

4. CONCLUSIÓN

En esta lección hemos visto de qué manera y con qué propósito fue escrita la Biblia. En la próxima, aprenderemos cómo atesorar la Palabra de Dios en nuestro corazón, guardándola y obedeciéndola diariamente.

02 – ATESORANDO LA PALABRA DE DIOS

¿Cómo escudriñamos la Palabra de Dios y la guardamos en nuestro corazón? ¿Podemos vencer el pecado por medio de ella? ¿De qué manera aplicamos lo que dice la Biblia en nuestro andar diario?

Texto para memorizar: **“Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca.”** Apocalipsis 1.3.

1. INTRODUCCIÓN

La Palabra de Dios nos dice que es muy importante y necesario que aprendamos a atesorar sus enseñanzas en nuestro corazón. Leamos Salmos 119.9–16. Veamos ahora algunas poderosas razones que tenemos para guardar la Palabra de Dios en nuestro corazón.

2. CONTROLAR PENSAMIENTOS

“Cual es su pensamiento en su corazón, tal es él.” Proverbios 23.7.

Aquí vemos que los pensamientos en el interior de una persona eventualmente resultan en su comportamiento exterior. Por eso existen varios consejos en la Biblia acerca de cómo controlar nuestros pensamientos.

Tal vez el más importante se encuentre en Filipenses 4.8: **“Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad.”** Es decir, debemos controlar nuestros pensamientos ocupando nuestra mente en cosas buenas.

¿Significa eso que debemos ir pensando en flores, pájaros, o la naturaleza? Bueno, eso no causaría daño porque tales cosas son parte de la creación de Dios; pero existe algo en lo cual meditar que es mucho mejor que la naturaleza: la Palabra de Dios.

La Biblia dice que el hombre bendito es aquel que **“...en la ley de Jehová está su delicia, y en su ley medita de día y de noche.”** Salmos 1.2.

Así que debemos tratar de tener pensamientos de Dios, y esto se consigue meditando en Su Palabra. Nuestros propios pensamientos son ineficaces, pero el meditar en la Palabra de Dios nos permite controlar nuestros pensamientos. Mateo 12.34 nos dice que **“de la abundancia del corazón habla la boca”**. El principio aquí es que lo que ocurre en nuestras mentes tiene su expresión en nuestros actos.

Este principio de lo interno a lo externo se observa en el propio comportamiento de Dios. La Biblia nos dice que Él piensa y que **“como Jehová de los ejércitos pensó... así lo hizo.”** Zacarías 1.6. Juan 1.1 dice: **“En el principio era el Verbo...”** La palabra griega para Verbo es logos, y ésta a su vez envuelve la idea de pensamiento o concepto.

Así que **“en el principio fue el pensamiento o el concepto de Dios; y el pensamiento estaba en Dios.”** Esto significa que Dios previó lo que un día Él sería: el Cordero que había sido inmolado desde el principio del mundo; las primicias de los que durmieron; el Primogénito de toda creación; el Primero entre muchos hermanos. Desde el principio, Dios concibió la gloria que vendría por medio de y para Jesucristo.

La creación es otro ejemplo de los pensamientos de Dios. Él pensó primero y después creó al hombre a la imagen de sus pensamientos. Los pensamientos de Dios antecedieron sus actos. Él piensa y luego Él crea.

La acción hacia afuera, lo exteriorizado —en este caso la creación— procede directamente de la mente de Dios, de Su pensamiento. Así como en Dios, a nuestros pensamientos les damos expresión permanente con palabras y actos. Debemos encontrar una manera para elevar nuestros pensamientos, llevándolos más altos que los cielos.

Demos atención a Isaías 55.7–9: **“Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar. ⁸ Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos... ⁹ como son más altos los cielos que la Tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos.”**

Los pensamientos de Dios son más elevados que nuestros pensamientos terrenales. Si de alguna manera nosotros pudiésemos intuir cuáles son los pensamientos de Dios y los pusiésemos en nuestras mentes y corazones, ¡cómo levantarían nuestro comportamiento! ¡Cuán grandes cosas haríamos! ¡Qué cambios tan profundos ocurrirían en cada uno! He aquí una gran noticia... Sí hay una manera de conocer los pensamientos de Dios: mediante un conocimiento íntimo de Su Palabra.

3. VENCER AL PECADO

David, el joven pastor que fue hecho rey y que también fue un hombre conforme al corazón de Dios, nos explica por qué él sintió que la Palabra de Dios era tan importante en su vida: **“En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti.”** Salmos 119.11.

¡La Palabra fue capaz de apartar a David del pecado! El pecado es nuestro enemigo más grande; es la causa de todos nuestros problemas espirituales. El pecado comienza en la esfera del pensamiento y después resulta en actos exteriores.

Existe un puente de la mente al cuerpo. Lo interno se refleja en lo externo. Esto no es teoría solamente; es un principio constante de la vida.

Santiago 1.14 dice que **"...cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido."** Se inicia o comienza dentro de uno; entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado —el acto externo— **"...siendo consumado, da a luz la muerte."** V. 15.

La Palabra de Dios tiene poder para operar en nuestro corazón, especialmente cuando la escondemos en el fondo del mismo. Ahí ella puede hacer muchísimas cosas. Nuestro enemigo sabe esto y a ello se debe que nos sugiera tantas excusas para no llevar la Palabra de Dios a nuestros corazones.

Debes cuidarte de contentarte con sermones nada más; de no tener tiempo para la lectura personal; de la falta de disciplina y de hábito diario; y de ideas tales como que la Biblia "es muy aburrida" o difícil. Por favor, recuerda esto: **"En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti."**

David puso los dichos de Dios en su corazón porque sabía que ellos harían algo por él: le ayudarían a controlar sus pensamientos y finalmente a vencer al pecado. Esta es la razón por la cual queremos y debemos atesorar la Palabra de Dios en nuestro corazón.

4. ATESORANDO LA PALABRA EN EL CORAZÓN

El hijo de David, el sabio rey Salomón, dice que guardes los mandamientos de Dios dentro de ti (Proverbios 2.1). Él sigue adelante y nos dice que si escondemos los mandamientos de Dios en nuestro corazón, seremos guardados de hombres y mujeres viles, y del pecado moral. Este es un consejo muy potente.

Proverbios 7.1 dice: **"Atesora contigo mis mandamientos."** Así como un agricultor trae su grano del campo a su granero, así nosotros podemos ser acumuladores de la Palabra de Dios y almacenarla en nuestro granero mental.

Esconder la Palabra de Dios en nuestro corazón no solamente es beneficioso, sino una práctica vital para cada hijo de Dios.

Hay por lo menos cinco prácticas o pasos que podemos dar con la Palabra de Dios, y todos son importantes: podemos ser oyentes de la Palabra y podemos leerla; también podemos estudiarla, memorizarla y meditar en ella.

(1) Oír. Hacemos esto poniendo atención a las predicaciones y enseñanzas del Pastor o Maestro. Esto es posible cuando nos reunimos para adorar y oír la Palabra del Señor. Bajo la unción del Espíritu Santo seremos provistos de profunda comprensión espiritual mientras recogemos de las riquezas del estudio de las Escrituras dado por el ministro o líder. Por supuesto que siempre tendremos que mezclar lo que oímos con la Fe: **“Así que la fe es por el oír, y el oír, por la Palabra de Dios.”** Romanos 10.17.

(2) Leer. Esto nos proporciona una vista general de la Biblia, la cual es una fuente de gran enriquecimiento y gozo espiritual. Es algo que podemos hacer para repasar lo que hayamos oído, o como un punto de arranque para comenzar estudios posteriores, memorizaciones o meditaciones. La gente común en los tiempos del

Antiguo Testamento casi nunca tuvo la oportunidad de leer la Palabra de Dios, porque una copia costaba muchísimo dinero; ¡hasta un año de salario! Aún hoy, alrededor de la mitad de la población del mundo nunca ha visto una Biblia. ¡Qué privilegio tenemos nosotros! ¡Debemos aprovechar esto! **“Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca.”** Apocalipsis 1.3.

(3) Estudiar. El estudio de la Biblia nos lleva a descubrimientos personales de las verdades de Dios. **“Y estos eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la Palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así.”** Hechos 17.11. Podemos y necesitamos estudiar la Biblia sistemáticamente —por temas, biografías, capítulos o libros; y para añadirle interés y mejorar la comprensión, podemos aprovechar las muchas ayudas disponibles hoy día: diccionarios bíblicos, concordancias, diversas traducciones y versiones, aplicaciones electrónicas, software para la computadora, biblias on-line y muchos otros recursos.

(4) Memorizar. El aprender la Palabra de Dios de memoria nos capacita para usar “la Espada del Espíritu” para vencer a Satanás y sus tentaciones. Cuando los textos bíblicos viven en nuestras mentes, podemos sacarlos como quien saca algo de una despensa en tiempos de necesidad. El estar preparado para dar contestación a todo hombre con la Palabra es algo de valor inapreciable para dar testimonio o alentarnos a nosotros, y a otros. Memorizar era una práctica que los niños judíos realizaban y realizan muy bien. Jesús aprendió de memoria Escrituras que más tarde empleó. Cuando Él le habló al diablo, le dijo: **“Escrito está”**. Jesús sabía de memoria Deuteronomio 8.3. Él conocía el verso anterior a éste y también el posterior. Él conocía cada verso exacto que debía usar para vencer al diablo. **“En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti.”**

(5) Meditar. Este paso puede darse en combinación con cada uno de los otros. Debemos tomar tiempo para meditar sobre lo que Dios nos habla en lo que oímos, leemos, estudiamos o memorizamos de la Palabra. Esto es lo más importante para

llegar a ser “hacedores de la Palabra”. Necesitamos practicar la meditación para poder aplicar lo que aprendemos de la Biblia en nuestra vida diaria: “...**en la ley de Jehová está su delicia, y en su ley medita de día y de noche.**” Salmos 1.2.

Estos son los cinco pasos a través de los cuales podemos esconder o atesorar la Palabra de Dios en nuestro corazón. Debemos esforzarnos en practicar cada uno de éstos; de lo contrario nuestra relación con las Sagradas Escrituras será defectuosa e incompleta, como cuando a un rompecabezas le falta una pieza. Se puede objetar que hacer todo esto es difícil y —lo admitimos— en cierto modo lo es, pues requiere esfuerzo y disciplina; pero eso será más que todo al principio.

Luego, y a medida que la Palabra va atesorándose en tu corazón, algo “se avivará” dentro de él. Una pasión se encenderá, de modo tal que ya no sentirás el proceso como un esfuerzo, sino como un deleite. Si comienzas a hacerlo, ello se perpetuará por sí solo. Si lo discontinúas, tú querrás regresar allí, pues atesorar la Palabra de Dios en el corazón traerá gran regocijo y bendición a tu vida.

5. CÓMO PRACTICAR LA PALABRA DE DIOS

Antes de poder “poner la Palabra por obra”, tú debes tomar la decisión de dedicarle un tiempo diario de estudio; pero no te establezcas metas inalcanzables, sino razonables. Comienza por ejemplo estudiando una porción de la Escritura que te tocó o habló especialmente cuando la oíste predicar; o esa que siempre has disfrutado de leer.

Trata de encontrar un capítulo que tú ames más porque te sientes motivado por él. Entonces lee sus versos varias veces; estúdialos cuidadosamente; repásalos para atrás y para adelante. Analiza su escenario, significado, mensaje y escrituras relacionadas. Por último, memoriza algunos versos de él y continúa meditando en ellos día y noche por varios días, pensando en cómo podrías ponerlos en práctica en tu propia vida.

Una buena manera de obedecer o guardar la Palabra es compartiéndola con tu familia y amigos. Dios dice que debes enseñar Su Palabra a tus hijos y hablar de ella siempre (Deuteronomio 6.6–7).

Por lo tanto, tú úsala en el altar de tu familia. Enséñala a tus seres queridos. Nada suena más hermoso que la preciosa Palabra de Dios saliendo de tu boca para la gente más querida por ti. Recítala de memoria ante ellos y permite que ellos corrijan tu memorización, hasta que puedas decirla perfectamente. Si haces esto, no pasará mucho tiempo hasta que la Biblia se convierta en parte central de tu vida.

6. CONCLUSIÓN

El resultado de atesorar y aplicar en nuestra vida la preciosa Palabra de Dios es enriquecimiento, gozo, ánimo, estabilidad, fructificación, crecimiento y prosperidad en todo aspecto; viniendo directamente de la presencia de Dios a nuestros corazones. Amén.

En la siguiente lección hablaremos de la Fe que la Palabra de Dios produce en nosotros, y de cómo ésta nos ayuda a superar los obstáculos de la vida. ¡Prepárate!

03 – DONDE TODO COMIENZA: LA FE

¿Qué es la Fe? ¿Cómo la obtenemos? ¿Cómo desarrollar fe para superar los obstáculos de la vida?

Texto para memorizar: **“Porque de cierto os digo que cualquiera que dijere a este monte: Quítate y échate en el mar, y no dudare en su corazón, sino creyere que será hecho lo que dice, lo que diga le será hecho.”** ²⁴ **Por tanto, os digo que todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá.”** Marcos 11.23,24.

1. INTRODUCCIÓN

Leamos Hebreos 11.1–16. La Biblia nos dice aquí que podemos ser salvos por la Fe, resguardados por la Fe, caminar con Fe, mantenernos en Fe, vivir por la Fe, heredar las promesas de Dios por Fe, ser ricos en Fe, orar con Fe, vencer al mundo por la Fe y alabar a Dios por Fe.

Dios desea la confianza de cada ser humano en Él y Su Palabra, pues **“...sin fe, es imposible agradar a Dios.”** Hebreos 11.6.

2. DONDE TODO COMIENZA

Todo lo que somos o llegaremos a ser comienza con la Fe. En 2ª Pedro capítulo 1, se nos recuerda lo que necesitamos para caminar por la Fe. El verso 5 nos habla de las gracias o atributos del creyente, y nos enseña que antes de cualquier cosa productiva de nuestra vida, debemos contar con Fe. La Fe constituye el eslabón entre lo natural y lo sobrenatural. Por ejemplo, para poder obtener recursos espirituales de la Biblia, es necesario que la leamos con fe viva y activa. Así, la Fe se convertirá en nuestro apoyo principal, uno que nos dirigirá en cada fase de nuestro vivir cristiano.

Dios es Espíritu (Juan 4.24), y para que Él responda a nuestro escudriñar, **"...es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan."** Hebreos 11.6.

3. ¿QUÉ ES LA FE?

La Fe no es algo complicado; es simplemente creer en lo que Dios dice; es tener la convicción de que la Palabra de Dios es cierta.

Hebreos 11.1: **“Es, pues, la fe, la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.”** Fe es confiar en Dios; poner la confianza en Él. Es estar totalmente seguro de que uno va a recibir lo que espera de Él. Es vivir convencidos de que algo existe, aun cuando no podamos verlo.

El sustantivo fe se encuentra 253 veces en la Biblia, la mayoría en el Nuevo Testamento. El verbo creer y sus variaciones aparece unas 270 veces y su sinónimo confiar unas 65 veces. En sentido bíblico, Fe significa la inclinación por entero de la personalidad humana a Dios, en Cristo Jesús, con absoluta confianza y confianza en Su poder, sabiduría y bondad (Hebreos 4.2).

Como Dios ha escogido revelarse a los hombres mediante Su Palabra, la Biblia es la fuente fundamental de la Fe Verdadera: **“...la fe es por el oír, y el oír, por la Palabra de Dios.”** Romanos 10.17. Si tenemos esta Fe, creeremos que la Palabra de Dios es Verdad. La palabra oír empleada en este texto significa más que percibir un sonido; abarca también entendimiento.

O sea que Romanos 10.17 nos enseña que la Fe viene del entender la Palabra. Y ¿qué necesitamos entender? Que hay poder en la Palabra (Hebreos 4.12); que ella es inspirada divinamente (2ª Timoteo 3.16–17); que ella está establecida en el Cielo (Salmos 119.89) y que ella nunca pasará (Mateo 24.35).

4. CÓMO OBTENEMOS ESTA FE

Ya dijimos que la Fe viene de la Palabra de Dios. Una persona puede ir tan lejos en la Fe como se lo permita su conocimiento de la Palabra de Dios.

Así que, si queremos tener más Fe, necesitamos tener más de la Palabra en nosotros: **“Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho.”** Juan 15.7.

La Palabra de Dios puede vivir en nuestro modo de pensar y actuar; hacerse parte viviente de nosotros de manera que vivamos en conformidad con ella. Lo contrario a ello será nuestro propio pensamiento, o la lógica humana —siempre negativa. Jesús nos dice que pidamos lo que queramos y nos será hecho. Tal es el resultado de la Fe

en nuestra vida; una posición muy positiva. La Palabra de Dios es positiva siempre; y nosotros nos volvemos positivos también, cuando la Palabra permanece en nosotros.

El deseo de que la Palabra de Dios se vuelva parte de nuestra naturaleza es el cimiento sobre el cual la Fe es edificada en nosotros. Tal deseo nos conduce a meditar en la Palabra y a buscar más de Dios en oración ferviente y ayuno, porque queremos todo lo que Él tiene para nosotros. Sin embargo, el ayunar y orar no cambiarán a Dios ni edificarán nuestra fe por sí solos. El ayunar y orar nos cambian a nosotros y nos ayudan a cultivar la Fe que hayamos recogido de la Palabra de Dios.

¿Quieres caminar en una vida de Fe activa? Debes desear que la Palabra de Dios se vuelva parte tuya; leyéndola, estudiándola, memorizándola y meditando en ella. Luego debes personalizarla, creyendo con todo tu corazón que lo que Dios dice que hará, lo hará realmente. Las Escrituras están diseñadas por Él para estimularte y darte Fe: **“...éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre.”** Juan 20.31.

En Romanos 10.14 Pablo expresa duda de que una persona pueda tener fe en alguien de quien no ha oído, y que pueda oír —lo que incluye entender— sin haber un predicador. Sí. La Palabra necesita ser predicada. Jesús oró por los que tendrían fe en la Palabra predicada (Juan 17.20), por quienes creerían en ella. La gente de Samaria que tuvo Fe, **“creyó a Felipe, que anunciaba el evangelio del reino de Dios”** Hechos 8.12.

Jesús dijo de sí mismo: **“Ni tenéis su palabra morando en vosotros; porque a quien él envió, vosotros no creéis.”** Juan 5.38. El no creer en la palabra de una persona es desacreditar su honestidad y deshonorar su carácter. ¿Cuánto más es verdad esto en el caso de aquellos que no creen en la Palabra de Dios? Tenemos una gran razón para tener fe en Dios: Su Palabra. Solamente podemos conocerle a Él a través de Su Palabra que le revela. De allí que el hombre tiene, por necesidad, que confiar en que Su Palabra es veraz y merecedora de confianza. Llamamos a esta confianza **“caminar por Fe”**.

5. CAMINANDO POR FE

El Apóstol Pablo dijo a los primeros cristianos que la Fe era un modo de vida. En tres de sus cartas Pablo escribió que **"el justo por la fe vivirá"** (Romanos 1.17; Gálatas 3.11; Hebreos 10.38); y también que **"por fe andamos, no por vista."** 2ª Corintios 5.7. Es decir que nuestra responsabilidad es recibir la Palabra de Dios, aceptar lo que Él dice y no tratar de entender cómo lo hace Él.

Habacuc 2.4: **"He aquí que aquel cuya alma no es recta, se enorgullece; mas el justo por su fe vivirá."** La Palabra estimula, despierta y produce Fe; y es a través de la Fe que somos salvos. Si queremos más Fe, después de nuestra experiencia de salvación, tenemos que alimentarnos más y más con la Palabra de Dios. Solo así nuestra fe podrá crecer. Pero antes de que aprendamos a caminar por Fe debemos identificar y aprender a superar algunos obstáculos que pueden hacernos perder la Fe, y por lo tanto las bendiciones que Dios tiene para nosotros.

Consideremos algunos:

(1) La incredulidad. Existen al menos dos causas para la incredulidad: ignorancia y desobediencia. Es evidente que los que nunca oyeron la Palabra de Dios, no pueden creer en ella. Las personas permanecen en ignorancia espiritual cuando desconocen lo que las Escrituras enseñan. Y están las personas que sí saben lo que la Biblia dice, pero se rehusan a obedecer. Los Israelitas, por ejemplo, no lograron entrar a la tierra prometida por causa de la desobediencia, según Hebreos 4.6. La palabra que en esta escritura se tradujo como desobediencia, significa también falta de persuasión. La única cura para la incredulidad es el quebrantamiento y la humillación.

(2) Los sentidos. El uso de los sentidos puede ser, algunas veces, un gran obstáculo para tu fe. Tomás, el que dudó, dijo que él no creería en la resurrección de Jesús a menos que pudiese verlo en persona y tocar sus marcas de clavos y su lado agujereado (Juan 20.24–29). La fe de Tomás no estaba basada en la Palabra de Dios, sino en sus sentidos naturales. Él dijo que creería solamente al ver. Eso no es Fe bíblica. La verdadera Fe es la evidencia de las cosas no vistas (Hebreos 11.1).

Con Dios se trata de “creer para ver” y no de “ver para creer”. Jesús dijo a Tomás: **“Bienaventurados los que no vieron, y creyeron.”** Juan 20.29. La Fe no depende de los sentidos, ni de los sentimientos o las emociones. Ella depende de la Palabra de Dios y sus verdades. La Fe reconoce que la Palabra es verdad y se cumplirá hasta en sus más mínimos detalles (Mateo 5.18) pues la Palabra nunca cambia, sino que es eterna.

(3) La duda. “El que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. ⁷ No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor.” Santiago 1.6,7. Muchas personas reciben salvación o son sanadas pero luego, debido a que algún síntoma vuelve, piensan que tal vez aquello no fue real. Si sabes que has recibido una promesa, no dudes. Resiste al diablo (Santiago 4.7). No te dejes embaucar por el padre de las mentiras. Mantente firme en la Palabra de Dios: **“Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió.”** Hebreos 10.23.

(4) La indignidad. Este es un obstáculo sutil. Con frecuencia sentimos que no somos lo suficientemente buenos para merecer los dones de Dios; y eso es cierto. Sin embargo, Dios no salva, ni contesta oraciones, ni sana, en base a merecimientos. Todo lo que Él nos ha dado se basa en Sus méritos en la Cruz. Nosotros somos indignos, debido a nuestra falta de rectitud, pero por la Fe en Jesús ahora somos dignos, ya que mediante la Fe hemos sido **"...hechos justicia de Dios en él."** 2ª Corintios 5.21. Y si creemos que somos dignos en Él, vamos a pedir con confianza y vamos a recibir, porque **"nuestro corazón no nos reprende..."** 1ª Juan 3.21.

(5) El temor. Este obstáculo es un arma que el diablo usa frecuentemente para causarnos preocupación y ansiedad. Romanos 8.15 nos dice que el temor tiene sus esclavos. Al temer, nos paralizamos y dejamos de recibir las cosas sobrenaturales de Dios. Pero la Fe obra por amor (Gálatas 5.6). **"El perfecto amor echa fuera el temor."** 1ª Juan 4.18. Cada día debemos mantener presente que el Señor nos ama; que Él es nuestro Padre Celestial y que nunca permitirá al mal venir sobre nosotros: **"No teman; solamente crean..."** Lucas 8.50. **"No temas, cree solamente."** Marcos 5.36.

6. FE EN PALABRA

La Fe expresada en palabra es una confesión verbal de lo que creemos; es atestiguar sobre una verdad que hemos abrazado. Traemos nuestra fe al dominio viviente cuando nos ponemos de acuerdo con la Palabra de Dios ¡en voz alta! **“Tened fe en Dios. Porque de cierto os digo que cualquiera que dijere a este monte: quítate y échate en el mar, y no dudare en su corazón, sino que creyere que será hecho lo que dice, lo que diga le será hecho.”** Marcos 11.22–23.

Aprender a hablar en Fe por medio de la Palabra de Dios, repitiéndola una y otra vez, resulta en la unidad de tu mente con la mente de Dios. Encuentra una promesa, memoriza la escritura correspondiente, y cuando la necesites, dila en voz alta. Aplícala a tu necesidad. Personaliza la Palabra sustituyendo las palabras “él” por “mí”, “suyo” por “mío”, etc.

Por ejemplo, 2ª Corintios 5.17 dice que **“si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí, todas son hechas nuevas.”**

Tú puedes aplicar esa Escritura a tu vida, diciendo: “¡Yo estoy en Cristo; soy una nueva criatura; las cosas viejas de mi vida ya pasaron!” Pero asegúrate siempre de que tus palabras estén basadas en la Palabra escrita, no en tus sentimientos o emociones. Cuanto más alimentas tu vida con la Palabra, más crecerá tu fe.

7. FE EN ACCIÓN

El caminar con éxito por la Fe requiere —además de palabra— acción. Para vivir una auténtica vida de Fe, uno tiene que actuar basado en las promesas de Dios, sin hacer caso de las circunstancias o los sentimientos que afloran: **“La fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma”** nos dice Santiago 2.17.

Considera los héroes del Antiguo Testamento en el libro de Hebreos, quienes actuaron por la Fe: Abel ofreció, Enoc caminó, Noé preparó una arca, Abraham salió, Sara dio a luz, Isaac y su hijo Jacob pronunciaron bendiciones, Moisés regresó a Egipto, guardó la Pascua y pasó a través del mar. Josué marchó, Rahab colgó el cordón de grana. ¿Por qué?

Porque ellos no sólo vieron las promesas de Dios, sino que **“...estaban convencidos de ellas y las abrazaron...”** Era una manera de vivir. Ellos caminaron por Fe, no por vista; y cuando obedecieron la Palabra por Fe, fueron capaces de ver lo sobrenatural en marcha.

La Fe resultó en acción también en el Nuevo Testamento. Los leprosos fueron ante los sacerdotes y quedaron limpios (Lucas 17.12–14). El hombre de la mano seca estiró la mano y le fue sanada (Mateo 12.13). El hombre ciego tuvo que ir y lavarse antes de poder ver (Juan 9.17). El paralítico levantó su lecho y anduvo (Marcos 2.3–12).

Permite que estos ejemplos sean un estímulo para tu caminar por fe como hijo de Dios: **“...puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe...”** Hebreos 12.2.

8. CONCLUSIÓN

Nuestra Fe proclama un mensaje poderoso para promover la gran causa de Dios sobre la Tierra. Nuestra Fe le dice a este mundo que Jesús no murió en la Cruz y se levantó al tercer día en vano. Proclama que Jesús tiene poder para salvar, sanar y guardarnos; que Él vive en nosotros; y que Su Palabra es verdad.

Salvación, sanidad y vida abundante ya han sido prometidas y provistas por Cristo Jesús: **“Todas las cosas son posibles para el que cree.”** Marcos 9.23. Podemos creer y recibir, o dudar y vivir recibiendo poco y nada. Las promesas de Dios pueden ser recibidas hoy por fe, en oración, así como los hijos de Israel pelearon para reclamar la tierra prometida: **“Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna...”** 1ª Timoteo 6.12. ¡Atrévete a creer en Dios! Sal al frente con Fe y confía en Él completamente, en toda tu vida.

04 – SÓLO EXISTE UN DIOS

¿Cómo es Dios? ¿Cuál es su naturaleza? ¿Qué significa “unicidad de Dios”? ¿Cuál es el nombre de Dios?

Texto para memorizar: **“Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es.”**
Deuteronomio 6.4.

1. INTRODUCCIÓN

Los creyentes luchamos diariamente contra corrientes de pensamiento tales como el Ateísmo, el Agnosticismo o el Humanismo, que ponen en tela de juicio la existencia de Dios, o la niegan directamente. Para nosotros, en cambio, la existencia de Dios es la piedra angular de la vida, pues hemos comprendido que **“...es necesario que el que se acerca a Dios, crea que Él existe y que recompensa a los que le buscan.”** Hebreos 11.6 RV95.

2. ARGUMENTOS RACIONALES DE LA EXISTENCIA DE DIOS

Hay por lo menos cuatro argumentos racionales que se emplean para demostrar que Dios existe:

(1) El argumento Cosmológico, que sostiene que todo lo que existe tiene una causa justificada; es decir, existe por algo. (2) El argumento Teleológico o del diseño, que sostiene que el universo revela inteligencia, orden, armonía y propósito; denotando así la existencia de un ser inteligente que lo diseñó. (3) El argumento Axiológico o de la ley moral, que habla del reconocimiento por parte del hombre de una bondad superior o ideal moral que está por encima de todo en el universo moral. (4) El argumento Etnológico o Histórico, que sostiene que entre los pueblos de la Tierra se encuentra una percepción o sentimiento de lo divino, manifestado en cultos externos. En todo tiempo y lugar, el ser humano siente la necesidad de adorar a un ser superior.

¿Y qué dice la Biblia sobre Dios?

3. LA BIBLIA DICE QUE EXISTE UN DIOS SOLAMENTE

Dios revela su existencia a través de la naturaleza que Él mismo creó, y mediante su Palabra que Él mismo inspiró. La revelación de Dios está en cada página de la Biblia. El primer verso dice: **“En el principio creó Dios los cielos y la Tierra.”** Génesis 1.1.

David escribió: **“Los cielos cuentan la gloria de Dios y la expansión anuncia la obra de sus manos.”** Salmos 19.1. Por eso Pablo afirma que todos los hombres conocen algo de Dios, porque Dios así se lo ha manifestado.

Leamos Romanos 1.19,20 y Hebreos 1.1–3. Dios es uno, y la Biblia así lo enseña: **“Jehová nuestro Dios, Jehová uno es.”** Deuteronomio 6.4. **“Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan.”** Santiago 2.19. Sin embargo, en el mundo aún existe confusión concerniente a cuántos dioses hay. Incluso hay cristianos que creen en más de un Dios; por ejemplo, los llamados trinitarios. Nosotros en cambio creemos que sólo existe un Dios; es decir, creemos en la unicidad de Dios, lo que nos categoriza como unicitarios o unicistas.

Unicidad se refiere a la cualidad de único que Dios posee. Dios es indivisible; no se puede dividir. Este concepto teológico es muy antiguo. El historiador Josefo registra que Abraham —quien vivió en tierra de los caldeos, Babilonia— fue el primero en declarar abiertamente que Dios es uno; por lo cual los caldeos se levantaron contra él y Dios decidió sacarlo de allí.

La doctrina de la unicidad es central en la Biblia. Antiguo y Nuevo Testamento la enseñan clara y enfáticamente. Deuteronomio 6.4 viene a ser la declaración de fe más distintiva e importante para los judíos, quienes llaman a este verso el “Shemá” y lo citan con mucha frecuencia. Pero en el Antiguo Testamento hay muchos otros versículos que afirman que Dios es uno; por ejemplo, Éxodo 20.3, donde encontramos los Diez Mandamientos, los cuales comienzan con estas palabras: **“No tendrás dioses ajenos delante de mí.”**

Dios re-enfatizó el Shemá al declarar que Él es un Dios celoso que no tolera que los suyos tengan otros dioses, en Éxodo 20.5. Leamos también Deuteronomio 5.7; 32.39. Aquí Él dice que no hay ningún otro dios con Él. En 2° Samuel 7.22 y en 1° Crónicas 17.20 dice también que no hay otro fuera de Él. Y en Salmos 86.10 dice que solamente Él es Dios. ¡Aleluya! El profeta Isaías también escribió varias declaraciones enfatizando la verdad de la unicidad de Dios:

“Ustedes son mis testigos, declara el Señor, y mi siervo a quien he escogido, para que me conozcan y crean en mí, y entiendan que Yo Soy. ¹¹ Antes de mí no fue

formado otro dios, ni después de mí lo habrá. Yo, Yo Soy el Señor, y fuera de mí no hay salvador.” Isaías 43.10–11. **“Yo soy el primero, y yo soy el postrero, y fuera de mí no hay Dios.”** Isaías 44.6. **“No hay Dios sino yo. No hay fuerte; no conozco ninguno.”** Isaías 44.8. **“Yo Jehová, que lo hago todo, que extendiendo solo los cielos, que extendiendo la tierra por mí mismo.”** Isaías 44.24.

Asimismo, el Nuevo Testamento afirma que Dios es uno; es decir, continúa la enseñanza del Antiguo Testamento respecto de esta verdad fundamental. Jesús mismo cita Deuteronomio 6.4 y lo llama **“el primero de todos los mandamientos”**, en Marcos 12.29–30. Los Apóstoles así lo enseñaron también: **“Dios es uno.”** Romanos 3.30. **“No hay más que un Dios.”** 1ª Corintios 8.4. **“Sólo hay un Dios.”** 1ª Corintios 8.6. **“Dios es uno.”** Gálatas 3.20. **“Un Dios y Padre de todos.”** Efesios 4.6. **“Hay un solo Dios.”** 1ª Timoteo 2.5. **“Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan.”** Santiago 2.19. Entonces, jamás se debe aceptar la idea de un Dios compuesto o dividido en tres personas, por ser anti-bíblica.

4. LA NATURALEZA DE DIOS

Examinemos ahora dos áreas de la existencia de Dios: Su naturaleza y Sus atributos. Los seres humanos tendemos a imaginar a Dios como si fuera uno de nosotros, cuando en realidad Él es muy diferente de nosotros. Todo intento humano de representar a Dios mediante imágenes esculpidas, pinturas o descripciones literarias, siempre “se quedará corto”.

La naturaleza de Dios se entiende mejor por medio del estudio de sus atributos. ¿Qué son los atributos de Dios? Son sus cualidades distintivas; aquellas cosas que le hacen único. Un atributo es una cualidad o propiedad. Es mediante el estudio de los atributos de Dios que podemos conocer lo esencial de Su ser; es decir, su naturaleza divina.

En primer lugar, Dios es Espíritu. Jesús afirma esto en Juan 4.24; y “**un Espíritu no tiene carne ni huesos**” según Lucas 24.39. Es por esta razón que Dios prohíbe que hagamos imágenes de Él, o que le comparemos con cualquier cosa conocida.

Leamos Deuteronomio 4.15–20 e Isaías 44.9–20. **Dios también es Amor**, según 1ª Juan 4.4; **y Luz**, según 1ª Juan 5.5. Así que, Espíritu, Amor y Luz son Sus características esenciales; elementos fundamentales de Su naturaleza divina. Veamos otros atributos de Dios.

Dios es Omnipotente. Así fue como Él se presentó a Jacob en Bethel: **“Yo soy el Dios Omnipotente.”** Génesis 35.11. En otras palabras, Él no tiene limitación; no está sujeto a ley alguna. Nosotros estamos sujetos a muchas leyes, por ejemplo, la ley de la gravedad; pero Dios no. Él no se cansa, ni se fatiga, ni duerme, ni tiene necesidad de caminar. Job así lo reconoció: **“Yo conozco que todo lo puedes...”** Job 42.2.

Dios es Omnipresente. Esto significa que Dios está presente en todo lugar. Él se encuentra en todas partes al mismo tiempo. Su Espíritu lo llena todo; su presencia cubre toda la Tierra (Isaías 66.1–2). Aún otros seres espirituales, como los ángeles y los demonios, están confinados a cierto espacio, pero no así el Señor (Marcos 5.10; Judas 1.6; Apocalipsis 20.1–3).

Dios es Omnisciente. Esto significa que Él lo sabe todo. Salmos 139.1–6 nos enseña que Dios conoce nuestros pensamientos, ideas, intenciones y planes. Dios tiene conocimiento completo de todo, incluyendo el futuro (Hechos 2.23).

Dios es Santo. Dios es absolutamente Santo. Él habita en santidad y pureza. Él nunca habita en el pecado, y por eso nos manda: **“Santifíquense, pues, y sean santos, porque Yo soy el Señor su Dios.”** Levítico 20.7. Santidad implica perfección, bondad, misericordia, justicia, fidelidad, y muchas otras virtudes que Dios tiene.

Dios también tiene individualidad, personalidad y racionalidad. Él es un ser inteligente (Romanos 11.33–34), con una voluntad definida (Romanos 9.19) y con habilidad de razonar (Isaías 1.18). Finalmente, el hecho de que los seres humanos seamos seres emocionales indica que Dios también tiene **emociones**, ya que Él nos hizo **“a su imagen y semejanza”** según Génesis 1.27.

5. MANIFESTACIONES DE DIOS

Siendo que Dios es espíritu y que para el hombre es imposible verlo o tocarlo; Dios ha tenido que revelársele de diferentes maneras, a través de manifestaciones. La palabra manifestación viene de las palabras griegas “anadeixis”, que significa mostrar públicamente, y “fanerosis”, que significa hacer algo visible, manifiesto o conocido. Una de las maneras en que Dios se hizo visible al hombre en el tiempo antiguo fue por medio de teofanías, o manifestaciones corporales.

Por ejemplo, Dios apareció como un hombre a Abraham, en Génesis 18.1–3; a Jacob, en Génesis 32.24–28; a Moisés, en Éxodo 33.18–23; y a otros profetas como Isaías, Daniel, Ezequiel y Amós. Las teofanías fueron manifestaciones de Dios para determinados momentos y lugares. Pero en Jesucristo, Dios se manifestó en carne para toda la humanidad y por un amplio periodo de tiempo, como se lee en 1ª Timoteo 3.16:

“E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria.”

Tenemos entonces que Dios se ha manifestado al hombre de tres maneras: como Padre en la creación, como Hijo en la redención y como Espíritu Santo en la vida de los creyentes. Ahora bien, estas tres manifestaciones de ningún modo implican la existencia de tres personas en la divinidad, como el trinitarismo sostiene; pues la enseñanza bíblica surgida de Deuteronomio 6.4 es clara al afirmar que sólo existe un Dios verdadero.

En cuanto a la manifestación de Dios en carne por medio de Jesucristo, debemos decir que esta fue la única manera en que Dios podía venir a este mundo y rescatarlo. Después explicaremos mejor este punto. Por ahora diremos que, al manifestarse en carne por medio de Jesucristo, Dios también nos reveló su Nombre, que había estado oculto.

6. NOMBRES DE DIOS

Los nombres en tiempo bíblicos eran por lo general más significativos que hoy día. Solían revelar algo del carácter, el origen o la vida de las personas. Por ejemplo, Abraham significa “Padre de multitudes”; Jacob, “suplantador”; y así en varios casos. Del mismo modo, Dios ha usado diferentes nombres o títulos para identificarse a sí mismo; para darse a conocer al ser humano. Sus “nombres” nos enseñan diferentes aspectos de Su carácter y poder:

Elohim (Génesis 1.1), traducida comúnmente como “dioses”, pero que significa realmente “pluralidad de majestad o virtudes”. El-Elyon que significa “el más alto” o “el Altísimo” Génesis 14.18. Adonai, que significa “Señor” Génesis 15.2–8. El-Shaday, que significa “el Dios Todopoderoso” Génesis 17.1. El-Olam, que significa “Dios Eternal” Génesis 21.33. Y Jehová, que significa “el que existe por sí mismo”.

Jehová es el nombre divino más usado en el Antiguo Testamento; el que los judíos adoptaron como “nombre oficial” de Dios.

La palabra Jehová viene del término hebreo "YHVH", que aparece en Éxodo 3.14 y es llamado en griego "tetragramaton". Como el alfabeto hebreo carecía de vocales, y para que la palabra YHVH pudiera pronunciarse, un grupo de religiosos del siglo IX llamado masoretas creó un sistema de vocales que nos ha permitido leerlo y pronunciarlo. Los masoretas agregaron a YHVH las vocales del nombre Adonai, resultando la palabra YaHoVaH, que dio origen al nombre Jehová.

La revelación de Dios al hombre por medio de nombres y títulos ha sido progresiva; es decir, Dios fue manifestando poco a poco su carácter o personalidad por medio de ellos. Sin embargo y desde tiempos antiguos, diferentes hombres no se sintieron satisfechos con esa revelación y quisieron conocer el nombre específico de Dios; indagando sobre él y aun preguntando directamente a Dios por él. Leamos Génesis 32.29; Éxodo 3.13–14; Jueces 13.17; Proverbios 30.4.

7. CONCLUSIÓN

La respuesta a aquella gran pregunta tardaría aún en llegar; por lo que Dios prometió lo siguiente: **“...mi pueblo sabrá mi nombre por esta causa en aquel día; porque yo mismo que hablo, he aquí estaré presente.”** Isaías 52.6. Este texto es muy importante y revelador, ya que en él, Dios afirma que Él mismo vendría a la Tierra a revelar Su Nombre.

Fue por esto que Jesús vino, precisamente —para dar a conocer el Nombre del Padre: **“Les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos.”** Juan 17.26.

Los diferentes nombres utilizados en la antigüedad para referirse a Dios no eran nombres propios, sino apenas descripciones de Él. Pero al manifestarse Dios en carne, hemos recibido la revelación completa de Su nombre, como veremos mejor en otra lección.

05 – ¿DE DÓNDE VENIMOS?

¿El ser humano fue creado? ¿Quién lo hizo y para qué? ¿Qué condujo al ser humano a su caída? ¿Qué consecuencias ha traído esto?

Texto para memorizar: **“Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente. ²² Y de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre.”** Génesis 2.7,22.

1. INTRODUCCIÓN

La Biblia nos enseña que Dios es el Creador del ser humano. Fue Él quien nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos (Salmos 100.3). Declaraciones bíblicas como estas contradicen las creencias y teorías comúnmente aceptadas de que el hombre procede del simio y que forma parte de una supuesta cadena evolutiva.

2. DIOS NOS HIZO A SU IMAGEN Y SEMEJANZA

Génesis 1.26–28: **“Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. ²⁷ Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. ²⁸ Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra.”**

De acuerdo con esta escritura, Dios hizo por nosotros algo que solamente un Dios amoroso haría: nos concedió su imagen. Al mencionar la **“imagen de Dios”**, la Biblia no se refiere a una fisonomía, rostro o figura; pues, como ya hemos aprendido, Dios es Espíritu (Juan 4.24). Por lo tanto, la imagen de Dios que llevamos no es física, sino espiritual y moral. Nosotros hemos heredado de Él todo lo bueno, lo puro, lo justo; todo lo que tiene que ver con Su perfecta moralidad y santidad.

Por medio de Su Palabra creativa, Dios creó todo lo que existe —animales, vegetales, aire, agua, etc. Y lo creó de la nada. Sin embargo, a los seres humanos nos hizo de un modo diferente: nos hizo con Sus propias manos, a partir de un material preexistente que es el polvo de la tierra. Y cuando nos hizo, Dios puso en nosotros cualidades únicas, que nos hacen totalmente diferentes del resto de la creación:

El ser humano posee facultades intelectuales (Génesis 2.19). Esto significa que Dios nos otorgó la capacidad de razonar y pensar; nos dio creatividad, por ejemplo, para darle nombre a los animales o para generar conocimiento científico; entre otras muchas cosas que podemos hacer y que el resto de los seres vivientes no.

El ser humano fue creado inocente (Génesis 2.25), es decir, sin malicia alguna en él, sin inclinación de ningún tipo a las cosas malas. Cuando fue creado, el ser humano no conocía la maldad; no la podía imaginar siquiera. En otras palabras, fuimos creados con una naturaleza moral santa, como la de Dios (Eclesiastés 7.29).

3. ¿POR QUÉ NOS HIZO DIOS?

Dios nos hizo para manifestar su naturaleza. El ser humano goza de cosas espirituales que aún los ángeles no gozan (Hebreos 2.16; Salmos 8.4–5). Fue al hombre a quien Dios dio de su Espíritu cuando sopló aliento de vida en él.

Dios nos hizo para que llenemos la Tierra (Génesis 1.28a). La procreación, el tener hijos, es un mandato de Él.

Dios nos hizo para compartir su gobierno. El hombre fue el encargado de dominar y gobernar sobre las bestias del campo, y sobre toda la Tierra (Génesis 1.28b; Salmos 8.6–8). Dios creó este mundo para compartirlo con nosotros.

Pero sobre todo, **Dios nos hizo para que tengamos comunión con Él.** Ese fue su principal propósito al crearnos. Él tenía muchos ángeles y seres creados en los cielos como para interrelacionarse; sin embargo, en el hombre Él puso algo especial.

4. DIOS NOS HIZO CON LIBRE ALBEDRÍO

Quizás lo más grande o asombroso de todo es que Dios nos hizo con la capacidad u oportunidad de poder decidir. Esto es lo que se conoce como libre albedrío. Dios no nos hizo como robots, sino que nos dio voluntad propia.

El ser humano tiene la capacidad y la libertad de escoger lo que le conviene hacer... o lo que no le conviene. En Su gran amor, Dios no impone a nadie las cosas. Bien pudiera hacerlo, porque Él es Rey Soberano; pero Su caballerosidad es tan grande que nos ha dado la libertad de escoger:

“A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia.” Deuteronomio 30.19.

El ser humano fue creado por Dios con la libertad de poder tomar sus propias decisiones. Y ¿qué fue lo que decidió el hombre? Decidió alejarse de Dios.

Aún así, y por su gran amor, Dios nos buscó —y nos busca aún— para salvarnos y regresarnos a nuestra posición original, la que tuvimos antes que el hombre pecara contra Él: **“Como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida. ²¹ Para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro.”** Romanos 5.18,21. Recomendamos que leas todo el capítulo 5 de Romanos.

5. LA CAÍDA DEL HOMBRE

Génesis 2.16–17: **“Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; ¹⁷ mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás.”**

La desobediencia al mandamiento dado por Dios de no comer del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, parece algo mínimo comparado con el pecado que vemos hoy en el mundo.

Pero aquel árbol no era algo insignificante para Dios, sino que Él lo había plantado en el centro del huerto del Edén para probar al hombre, para determinar si el hombre le amaba o no. El mandamiento no era difícil o complicado; era simple, sencillo: Adán y Eva no debían comer de aquel fruto; y eso era todo.

Génesis 3.1: **“Pero la serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que Jehová Dios había hecho; la cual dijo a la mujer: ¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?”** La mujer fue tentada por la serpiente antigua, que es el diablo (Apocalipsis 12.9).

El enemigo ya estaba en operación en ese entonces, con su obra mala; y no desaprovechó la oportunidad con la incauta mujer que le prestó oído a sus mentiras. Esto nos enseña que desde siempre el diablo nos ha hecho la guerra, tratando de echar por tierra los proyectos que Dios trazó para nosotros.

Después de prestar oído a Satanás, viene la historia conocida del capítulo 3 de Génesis: **“Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella.”** V. 6.

El hombre pecó desobedeciendo a Dios; cayó de la gracia de Dios y de la gloria en que había sido puesto. El pecado fue consumado. El ser humano fracasó y sus ojos finalmente fueron abiertos. Ahora Adán y Eva conocían el bien y el mal; y lo primero que hicieron fue correr a ocultarse de Dios:

“Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos; entonces cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales. ⁸ Y oyeron la voz de Jehová Dios que se paseaba en el huerto, al aire del día; y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto.” Vv. 7,8.

Se debe entender algo importante: el hombre cayó por decisión propia. Dios lo había hecho perfecto; le había dado el poder de decisión. El hombre podía elegir entre pecar o no pecar; pero eligió hacerlo. Es cierto que la influencia maligna de Satanás estuvo presente, pero también es cierto que el hombre tenía —y sigue teniendo hoy— el privilegio de decidir lo que quiere hacer.

Entonces, ¿tuvo Dios algo que ver con la caída del hombre? Muchos piensan que sí; que fue Él quien permitió que el hombre pecara; pero esto no es cierto. Fue el hombre quien tomó tal decisión. Dios es Santo completamente y nunca permitiría o toleraría el pecado en su creación. Aunque Él conoce todas las cosas, la decisión de desobedecer fue del hombre, no Suya.

6. EL JUICIO DE DIOS

Al aparecer el pecado en la Tierra, Dios tuvo que emitir Su juicio, castigando no sólo al ser humano, sino también a la serpiente. Además, la Tierra sufrió maldición y el efecto del pecado se transmitió a toda la humanidad a partir de allí:

“...el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, ¹³ así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron. Romanos 5.12,13.

Dios dijo a la serpiente: **“...maldita serás entre todas las bestias y entre todos los animales del campo; sobre tu pecho andarás, y polvo comerás todos los días de tu vida.”** Génesis 3.14. Dios castigó a la serpiente por ser un instrumento Satanás para tentar a la mujer (y aún castiga a toda persona que se deja utilizar por el diablo).

A la mujer dijo: **“Multiplicaré en gran manera los dolores en tus preñeces; con dolor darás a luz a los hijos...”** Génesis 3.16. Y desde entonces la mujer tiene que sufrir el dolor fuerte del parto —se dice que el peor de los dolores— permitido por Dios para que ella se acuerde de su pecado. De hecho, cada dolor que padecemos los seres humanos es de alguna manera un recordatorio de que le hemos fallado a Dios.

Y al hombre dijo: **“Por cuanto obedeciste la voz de tu mujer y comiste del árbol que te mandé diciendo: no comerás de él; maldita será la tierra por tu causa, con dolor comerás de ella todos los días de tu vida.”** Génesis 3.17.

De este modo tan triste el hombre fue expulsado del huerto. Perdimos mucho por causa del pecado. Lo más valioso que perdimos fue la imagen de Dios en nosotros, su hermosura y su honra. Por el pecado vinimos a ser miserables, apartados de Dios y sin los privilegios que antes tuvimos.

El hombre fue expulsado del hermoso jardín del Edén, obligado a trabajar la tierra y a luchar para alimentarse. Pero lo más terrible de todo es que le tocó vivir alejado de la presencia de Dios, porque eso es exactamente lo que el pecado hace en el ser humano: lo separa de Dios. Leamos Génesis 3.22–24.

7. CONCLUSIÓN

Con el paso de los siglos y desde la caída del hombre en el Edén, las condiciones de la vida humana, la situación del hombre, no han hecho sino empeorar. Todo está enfermo y contaminado; y las generaciones se han llenado de pecado: **“Todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios.”** Romanos 3.23.

Haber caído de la gloria de Dios es sin duda la más grande pérdida que hemos sufrido los seres humanos. Ahora debemos aprender a buscar de Dios para poder restablecer nuestra relación con Él, amándole por encima de todo y volviéndole a obedecer. En una próxima lección estudiaremos cómo se consigue todo esto.

06 – ¿HACIA DÓNDE VAMOS?

¿Existe vida después de la vida? ¿A dónde van los muertos? ¿Existen el Cielo y el Infierno? ¿Qué son el Hades, el Seno de Abraham y el Paraíso?

Texto para memorizar: **“No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; ²⁹ y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación.”** Juan 5.28,29.

1. INTRODUCCIÓN

Hay una realidad que no podemos ignorar ni evitar: la de que un día vamos a morir. La Biblia dice que somos como la flor de la hierba, que sale en la mañana y en la tarde ya no existe:

“Toda carne es como hierba, y toda la gloria del hombre como flor de la hierba. La hierba se seca, y la flor se cae; ²⁵ mas la palabra del Señor permanece para siempre.” 1ª Pedro 1.24,25.

Nuestra vida aquí es realmente breve. Pero existe otra realidad, aunque la mayoría de las personas la desconozcan. Muchos creen que al morir todo termina; pero lo contrario es lo cierto: es en ese momento que la verdadera vida comienza.

Andamos tan ocupados en este mundo, que con frecuencia se nos olvida que hay una vida después de esta vida; **una vida eterna**. Se nos olvida también que todo lo que hacemos aquí, afectará nuestra eternidad. Necesitamos preguntarnos: ¿Dónde pasará yo la eternidad?

2. ¿A DÓNDE VAN LOS MUERTOS?

La Biblia nos enseña a dónde van las personas cuando mueren: “**...Todo es hecho del polvo y todo volverá al polvo.**” Eclesiastés 3.20. Así que eso es todo... ¿O no? En absoluto, no. Aquí la Escritura se está refiriendo al cuerpo, pero éste es apenas una parte de nosotros. Los seres humanos somos mucho más que cuerpo; somos también alma y espíritu:

“Todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irrepreensible para la venida de nuestro Señor Jesucristo.” 1ª Tesalonicenses 5.23. Somos seres tripartitos y cada parte de nosotros va a un lugar diferente después que morimos:

- (1) **El cuerpo va al sepulcro. “El polvo vuelve a la tierra...”** Eclesiastés 12.7a. El cuerpo vuelve al lugar del cual salió. Esta afirmación parece ser también un mandato divino en el sentido de que los muertos no se deben cremar o embalsamar, sino sepultar.
- (2) **El espíritu va a Dios. “...el espíritu vuelve a Dios que lo dio.”** V. 7b. El espíritu es el “soplo de vida” que Dios puso en nosotros en el momento de ser concebidos. La vida proviene de Él y vuelve a Él.
- (3) **El alma va adonde le corresponde.** De acuerdo con la Palabra de Dios, sólo hay dos lugares adonde van las almas de las personas que mueren: **“Los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación.”** Juan 5.29. Jesús dice aquí que hay

dos “resurrecciones” o destinos para el alma humana: Vida o condenación. No existen tres destinos, ni cuatro. Tampoco existen el purgatorio o el limbo, enseñados por el catolicismo romano. Veamos ahora lo que sí existe, según la Biblia.

3. EL HADES Y EL SENO DE ABRAHAM

Jesús contó una impactante historia sobre lo que sucede después de la muerte. Leamos Lucas 16.19–31. Aquí el Señor explica de forma detallada el proceso de la vida del hombre y cómo son las cosas después de la muerte.

Los principales protagonistas de la historia son un hombre rico y un mendigo llamado Lázaro; hombres de muy diferente suerte en el mundo: Mientras que el rico vive de fiesta en fiesta, Lázaro espera junto a su puerta cada día, tratando de encontrar algo de comer entre los desperdicios. Un día, ambos mueren.

La muerte no hace diferencia entre ricos y pobres. El hombre rico muere y es sepultado; y aquí comienzan las diferencias, pues mientras él va al Hades —un lugar

de tormento— Lázaro es llevado por los ángeles de Dios al Seno de Abraham —un sitio de reposo; el lugar adonde iban las almas de los justos antes de la resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

La palabra griega Hades se refiere a la región de las almas perdidas que aguardan el juicio de Dios y equivale a la palabra hebrea Seol, que significa insaciable o lugar de olvido. Hades también se ha traducido como sepultura, abismo e infierno —aunque en realidad no se corresponde con este último, como veremos después.

El V. 24 menciona que hay gran sufrimiento en el Hades, mostrando el enorme contraste entre ese lugar y el Seno de Abraham, un lugar de consuelo, descanso y felicidad. Estando en el Hades, el hombre que en vida había sido rico alzó sus ojos y vio de lejos a Abraham y a Lázaro. Él deseó subir hasta donde ellos, pero ya era muy tarde para él: los que van a parar a ese lado no pueden pasar al otro, y viceversa.

4. EL PARAÍSO

“Y [el ladrón] dijo a Jesús: Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino. ⁴³ Entonces Jesús le dijo: De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.” Lucas 23.42,43.

Como venimos diciendo, las almas van al lugar que les corresponde según hayan sido sus obras en la vida. Esto puede verse claramente en el caso de los dos ladrones crucificados junto a Cristo. Uno de ellos se arrepintió y al morir, de inmediato pasó al Paraíso; mientras que el otro ladrón no se arrepintió y obviamente tuvo un destino muy diferente.

Jesús introduce aquí una nueva palabra, Paraíso, la cual proviene del idioma persa y significa lugar protegido con una cerca; sitio fuera de este mundo destinado al recreo; un lugar de dicha y buena ventura. El Paraíso no es el Seno de Abraham, sino un nuevo lugar que Jesús fue a preparar para dar reposo a las almas de aquellos que le han servido fielmente.

Cuando Jesús resucitó de los muertos, Él venció al Hades y a la muerte; y como resultado de Su victoria, rescató las almas justas que estaban en el Hades y las llevó al Paraíso: **“Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres. ⁹ Y eso de que subió, ¿qué es, sino que también había descendido primero a las partes más bajas de la tierra? ¹⁰ El que descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo.”** Efesios 4.8–10.

Pablo se refiere al Paraíso en 2ª Corintios 12.2–4, presentándolo como el Tercer Cielo: **“Conozco a un hombre en Cristo, que hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) fue arrebatado hasta el tercer cielo. ³ Y conozco al tal hombre (si en el cuerpo, o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe), ⁴ que fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar.”** Y nuestro Señor Jesús habla nuevamente del Paraíso en Apocalipsis 2.7: **“Al que venciere, le daré a comer del árbol de la vida que está en medio del paraíso de Dios.”**

En definitiva, cuando una persona muere su cuerpo va al sepulcro, su espíritu vuelve a Dios y su alma entra en un estado que la Biblia compara al sueño, para esperar la resurrección. El alma del impío va a un lugar de inquietud llamado Seol o Hades, mientras que la del justo va a descansar a la presencia de Dios en el Paraíso.

5. EL CIELO Y EL INFIERNO

Algunos creen que la eternidad se ubicará en la Tierra; pero al revelar el destino final de las almas, la Biblia habla de dos lugares que están fuera de la Tierra: el Cielo y el Infierno. En su ministerio terrenal, Jesús enseñó extensamente sobre ambos lugares. En realidad, todo el Nuevo Testamento enseña sobre el Cielo y el Infierno; mayormente el libro de Apocalipsis.

Podemos entonces estar seguros de la existencia de estos dos lugares, los cuales Dios ha preparado con fines bien diferentes. El Cielo tiene como objeto ser la morada de los santos, quienes disfrutarán del gozo eterno de la Salvación.

El Infierno en cambio ha sido creado para establecer la separación de los desobedientes: **“Los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua.”** Daniel 12.2.

La Biblia también llama al Infierno “la segunda muerte” en Apocalipsis 21.8: **“Los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda.”**

El contraste entre el Cielo y el Infierno no puede ser más grande. Como acabamos de ver, el Infierno es descrito como un lago de fuego: **“Y el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.”** Apocalipsis 20.10.

También es descrito como un lugar frío y oscuro: **“El rey dijo a los que servían: Atadle de pies y manos, y echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes.”** Mateo 22.13.

El Cielo, en cambio, es un lugar de luz eterna: **“No habrá allí más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará; y reinarán por los siglos de los siglos.”** Apocalipsis 22.4,5.

Es también un lugar de gran belleza: **“Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. ² En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones. ³ Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán.”** Apocalipsis 22.1–3.

En el Juicio Final, llamado “del Trono Blanco” en Apocalipsis 20.11–15, todos aquellos cuyos nombres no se hallen inscriptos en el Libro de la Vida serán echados al Lago de Fuego, y allí serán separados eternamente de Dios. Dios destruirá el universo presente y creará un cielo nuevo y una tierra nueva; y los santos viviremos para siempre con Él en la Nueva Jerusalén. Aprende más de este tema estudiando Apocalipsis capítulos 21 y 22.

6. CONCLUSIÓN

Todos tendremos que presentarnos ante Dios un día. Tú debes estar preparado(a) para ese encuentro y para ser librado(a) del castigo eterno; y sólo hay una manera de conseguirlo: obedeciendo la Palabra de Dios y recibiendo la salvación que es por medio de Jesucristo. Leamos Juan 3.16–21.

En la próxima lección, hablaremos un poco más sobre la condenación que el pecado produce; y enseñaremos sobre cómo escapar de la misma a través de la obediencia a Cristo.

07 – LA CONDENACIÓN DEL PECADO

El pecado, ¿qué es? ¿De dónde proviene? ¿Cuáles son sus consecuencias? ¿Qué es la condenación? ¿Hay una salida, una esperanza? ¿Dónde está la salvación?

Texto para memorizar: **"...el clamor contra Sodoma y Gomorra se aumenta más y más, y el pecado de ellos se ha agravado en extremo."** Génesis 18.20.

1. INTRODUCCIÓN

En este mundo confuso, tan lleno de corrientes filosóficas y religiosas, y donde aún los peores actos pecaminosos suelen avalarse mediante los conceptos torcidos del hombre, es de suma importancia que definamos claramente nuestra posición respecto al pecado, alineándonos al máximo posible con la Eterna y Santa Palabra de Dios.

2. ALGUNAS DEFINICIONES

El diccionario de la Real Academia de Lengua Española enseña que pecado (del latín peccātum) consiste en transgresión voluntaria de preceptos religiosos; cosa que se aparta de lo recto y justo o que falta a lo que es debido; exceso o defecto en cualquier línea.

En el idioma Griego, el concepto pecado se forjó a partir de la palabra "hamartia" que significa fallar a la meta; no dar en el blanco. El diccionario Larousse dice que pecado es transgresión de la ley divina. Y el Diccionario de Términos Teológicos define pecado como falta de creencia fundamental; desconfianza y rechazo a Dios; desplazamiento humano de Dios como centro de la realidad. La Biblia, por su parte, define pecado como ofensa (Génesis 20.9); culpa (26.10); perversidad (Éxodo 28.43); error (Levítico 5.1); errar al blanco (Mateo 1.21; 3.6); error o transgresión (Efesios 1.7); y debilidad o flaqueza (Hebreos 9.7).

3. EL ORIGEN DEL PECADO

Lo primero que veremos aquí es que el pecado no proviene de Dios. Hay quienes afirman que Dios permitió el pecado, pero lo cierto es que Él nos dio la capacidad de escoger entre obedecer o pecar; y nosotros escogimos pecar: **"Él es la Roca, cuya obra es perfecta, porque todos sus caminos son rectitud; Dios de verdad, y sin ninguna iniquidad en él; es justo y recto. ⁵ La corrupción no es suya; de sus hijos es la mancha, generación torcida y perversa."** Deuteronomio 32.4,5.

“Por tanto, varones de inteligencia, oídme: Lejos esté de Dios la impiedad, y del Omnipotente la iniquidad. ¹¹ Porque él pagará al hombre según su obra, y le retribuirá conforme a su camino.” Job 34.10,11. Dios verdaderamente odia el pecado. Dios es santo, y de esa manera nos hizo: limpios, puros y sin mancha; a imagen y semejanza suya: **“Habéis, pues, de serme santos, porque yo Jehová soy santo...”** Levítico 20.26.

“Y el uno al otro daba voces, diciendo: Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria.” Isaías 6.3.

Frecuentemente se habla de la caída de Adán y Eva como el inicio del pecado, pero el pecado ocurrió mucho antes con la rebelión de Satanás en el Cielo. Es decir, el pecado apareció en el mundo espiritual cuando el hombre aún no había sido hecho, como podemos ver en las siguientes escrituras:

“Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él es justo.
⁸ **El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el**

principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo.”
1ª Juan 3.7–8. **“Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. Él ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira.”** Juan 8.44.

Antes de convertirse en el diablo, Satanás era un ángel al servicio de Dios, llamado Lucero o Lucifer:

“Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad. ¹⁶ A causa de la multitud de tus contrataciones fuiste lleno de iniquidad, y pecaste; por lo que yo te eché del monte de Dios, y te arrojé de entre las piedras del fuego, oh querubín protector.” Ezequiel 28.15,16.

“¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero, hijo de la mañana! Cortado fuiste por tierra, tú que debilitabas a las naciones. ¹³ Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte

del testimonio me sentaré, a los lados del norte; ¹⁴ sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo. ¹⁵ Mas tú derribado eres hasta el Seol, a los lados del abismo. ” Isaías 14.12–15.

Él quiso ser igual a Dios y logró engañar a muchos ángeles para que le siguiesen. Pero Dios les expulsó de Su presencia y desde entonces Satanás y los demonios se dedican a influenciar a la humanidad para alejarla de Dios. El diablo se ha especializado en inocular el veneno del pecado en el hombre.

4. CONSECUENCIAS DEL PECADO

Tentados por Satanás, Adán y Eva desobedecieron a Dios y con ello provocaron que el pecado se infiltrara en la Tierra. Antes, Adán y Eva vivían en condición de pureza, inocencia y perfección; y parte de aquella perfección era tener libre albedrío, o el poder de decidir entre obedecer a Dios o no hacerlo. Por eso, y más allá de que la influencia del diablo estuviera presente en el jardín del Edén, Adán y Eva fueron

responsabilizados por Dios de su propia desobediencia. Todo principió cuando la mujer fue tentada por el diablo:

“Pero la serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que Jehová Dios había hecho; la cual dijo a la mujer: ¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto? ² Y la mujer respondió a la serpiente: Del fruto de los árboles del huerto podemos comer; ³ pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis. ⁴ Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis; ⁵ sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal. ⁶ Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella. ⁷ Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos; entonces cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales.” Génesis 3.1–7.

En el último verso podemos ver que un impactante y drástico cambio se produjo en el hombre, debido al pecado. En primer lugar, el pecado afectó su ser entero: espíritu, alma, cuerpo, emociones, conciencia, etc. Enseguida que pecaron, Adán y Eva se dieron cuenta de que estaban desnudos. Acto seguido tuvieron miedo de Dios.

En segundo lugar, perdieron la imagen de Dios; no por completo como ocurrió con el diablo y sus ángeles, pero sí en una gran medida. La imagen divina en Adán y Eva fue manchada, deteriorada. La primera pareja humana experimentó una desconexión espiritual de Dios, por lo cual también padeció un alejamiento progresivo de Él, lo que a su vez la condujo al desconocimiento de Dios.

En tercer lugar, Adán y Eva se desconocieron el uno al otro; se desconocieron incluso a sí mismos. Una vez que ellos pecaron, ya no fueron los mismos. Eso es lo que el alejarse de Dios trae: desconexión y rebelión de los instintos.

En cuatro lugar, su relación de ellos con Dios fue afectada. Adán y Eva no sólo fueron expulsados del Paraíso; también fueron alejados de la presencia de Dios. Su relación con Él se vio muy dañada. ¿Por qué? Porque el pecado crea una gran separación entre Dios y el hombre:

“Y lo sacó Jehová del huerto de Edén, para que labrase la tierra de que fue tomado. ²⁴ Echó, pues, fuera al hombre, y puso al oriente del huerto de Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida.” Génesis 3.23,24. Pero la mayor consecuencia producida por el pecado es la que estudiaremos ahora.

5. LA CONDENACIÓN

Al desobedecer, Adán y Eva introdujeron el pecado en toda la raza humana: **“El pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.”** Romanos 5.12.

Ahora todos nacemos con una naturaleza pecaminosa, esclavos del pecado: “... **todos están bajo pecado.** ¹⁰ **Como está escrito: No hay justo, ni aun uno;** ¹¹ **no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios.** ¹² **Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno.”** Romanos 3.9–12.

Nuestra naturaleza cambió de inocente a culpable, y de pura a depravada. Nuestra naturaleza ahora es pecaminosa, llevándonos inevitablemente a hechos pecaminosos, acarreándonos ante Dios culpabilidad y condenación: “...**todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios.**” Romanos 3.23. Nacemos culpables ante Dios, sentenciados a muerte; “**porque la paga del pecado es muerte.**” Romanos 6.23.

En términos bíblicos, muerte significa separación para el hombre, en tres aspectos: (1) El momento en que el alma y el espíritu dejan el cuerpo y el mismo muere. (2) El vivir lejos de Dios en esta vida. (3) La muerte espiritual definitiva, que es la separación eterna de Dios, o la condenación.

La muerte física al presente sigue siendo inevitable, pero por medio de Jesucristo ahora todos podemos ser libres de la muerte espiritual y la condenación: **“Estando nosotros muertos en pecados, [Dios] nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos),⁶ y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús.¹ Él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados.”** Efesios 2.5;6.1.

6. LA SALVACIÓN

Desde el comienzo, Dios trazó un plan de salvación para nosotros. Este es un tema de suma importancia. Muchas personas han oído hablar de él, y muchos suelen creer que su salvación o entrada al Cielo está asegurada; pero, ¿será así realmente?

¿Cómo puede una persona ser salva? ¿Cómo se llega a obtener la salvación? Ya hemos visto que, desde Adán y Eva, cada persona nace en este mundo en estado pecaminoso; y que, como consecuencia de ello viene la condenación:

“...vendrá la hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; ²⁹ y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación.” Juan 5.28,29.

Por eso es que necesitamos el regalo divino de la salvación o vida eterna: **“...la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro.”** Romanos 6.23b. **“El Hijo del Hombre ha venido para salvar lo que se había perdido.”** Mateo 18.11. **“Hoy ha venido la salvación a esta casa... ¹⁰ porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido.”** Lucas 19.9–10. **“...no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo.”** Juan 12.47.

“¿Qué haré para ser salvo?” preguntó el carcelero de Filipos al apóstol Pablo. El carcelero pensaba que los presos se habían escapado y decidió terminar con su vida. Pero Pablo y los demás aún estaban allí. Así que el Apóstol pidió al carcelero que no se hiciese daño y acto seguido le enseñó la manera en que él y su familia podían ser salvos: **creyendo en el Señor Jesucristo** (Hechos 16.30–31). Veamos por qué.

“Jesús dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.” Juan 14.6. “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. ¹⁷ Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él.” Juan 3.16,17. “Este Jesús es la piedra reprobada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo. ¹² Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos.” Hechos 4.11,12.

7. CONCLUSIÓN

El pecado es un verdadero cáncer en el ser humano. Sólo trae destrucción y muerte; pero Dios no se ha quedado sin hacer nada al respecto. Por Su misericordia y amor ahora podemos alcanzar la liberación del pecado y la Salvación del alma. Él **“...muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.”** Romanos 5.8. Esta es la noticia más maravillosa e importante que alguna vez hemos recibido, y continuaremos hablando de ella en las próximas lecciones.

08 – LA DIVINIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

¿Quién es Jesús? ¿Es un profeta solamente? ¿O es Dios mismo?

Texto para memorizar: **“Un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz.”** Isaías 9.6.

1. INTRODUCCIÓN

La pregunta más importante que el mundo se ha hecho a través de los tiempos es: ¿Quién es Jesús? Él mismo lo preguntó a Sus discípulos: **“¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?”** Mateo 16.13, lo que nos indica que a Jesús le interesa lo que sus discípulos piensan sobre Él. Hoy día, muchos continúan sin saber quién es realmente Jesús. Aún gente cristiana desconoce en alguna medida Su verdadera identidad. Veamos qué dice la Biblia acerca de ello.

2. LA IDENTIDAD DE JESÚS

Casi todos los problemas doctrinales que existen en la Cristiandad tienen que ver en cierta manera con el asunto de la identidad de Jesucristo. Para muchos, Jesús es un profeta, un maestro, o un hombre bueno nada más. En su tiempo, algunos hasta pensaron que Jesús era Juan el Bautista, o Elías que había regresado, o Jeremías, o algún otro profeta (Mateo 16.14); pero, ¿quién es Jesús en verdad?

Ante esta crucial cuestión, Pedro dijo a Jesús: **“Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.”** Mateo 16.16. Y Jesús le respondió: **“Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos.”** V. 17. Aquí comienza la revelación más grande de Jesús: Él es el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Cristo (griego) equivale a Mesías (hebreo); y Mesías significa ungido.

Israel había estado esperando al Ungido de Dios por largo tiempo, como se refleja en el encuentro de Jesús con sus primeros discípulos: **“Hemos hallado al Mesías”**, exclamó Andrés (Juan 1.41).

Natanael dijo a Jesús: **“Rabí [maestro], tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel.”** Juan 1.49. La mujer samaritana le dijo: **“Sé que ha de venir el Mesías, llamado el Cristo; cuando él venga nos declarará todas las cosas.”**²⁶ Jesús le dijo: **Yo soy, el que habla contigo.”** Juan 4.25–26.

Jesús abiertamente se declaró como el Cristo, o el Ungido de Dios que había de venir al mundo. Como veremos a continuación, el Ungido o Mesías no era otro que Dios mismo viniendo en carne para liberar a los judíos de la opresión, y ser Rey sobre ellos.

3. JESÚS ES DIOS MANIFESTADO EN CARNE

Jesús es Dios encarnado, es decir, Dios manifestado como hombre. Veamos dos textos proféticos que así lo identifican: **“Un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable Consejero, Dios**

Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz.” Isaías 9.6. “La virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel.” Isaías 7.14.

El nombre Emanuel significa “Dios con nosotros”: **“Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados. ²² Todo esto aconteció para que se cumpliese lo dicho por el Señor por medio del profeta, cuando dijo: ²³He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros.”** Mateo 1.21–23. Por lo tanto, Jesús no sólo es humano, sino también divino. Él es Dios hecho hombre. Él es **“Cristo el Señor.”** Lucas 2.11.

Muchos luchan para comprender esto, pero no es muy difícil si Dios se lo revela: **“En aquella misma hora Jesús se regocijó en el Espíritu, y dijo: Yo te alabo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las has revelado a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó. ²² Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce quién es el**

Hijo sino el Padre; ni quién es el Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar.” Lucas 10.21,22. Estas palabras de Jesús, coinciden con las que dijo a Pedro: **“...no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos.”** Mateo 16.17.

4. EL PADRE Y EL HIJO SON EL MISMO

Jesús oró al Padre: **“Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti.”** Juan 17.1. Al encontrarse con versos bíblicos como este, muchos han identificado a Jesús como una persona separada del Padre, un “segundo Dios”, o la segunda persona de una trinidad. Pero lo que la Biblia realmente establece es que en Jesucristo se mezclaron de forma perfecta e incomprensible los atributos divinos y la naturaleza humana.

La Biblia designa a Jesús como “Hijo de hombre” e “Hijo de Dios”, pues por parte de María, en cuyo vientre tomó forma de hombre, Él era humano; pero por parte del Espíritu Santo que lo engendró, Él era Divino. En su Divinidad, Jesús es Dios; pero en

su humanidad Él es hombre. En su Divinidad, Jesús es el Padre; pero en su humanidad es el Hijo. En su Divinidad Jesús es el Espíritu; en su humanidad es carne.

Jesús mismo afirmó que Él es el Padre: **“Yo y el Padre uno somos.”** Juan 10.30. **“Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí. ⁷ Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto. ⁹ El que me ha visto a mí, ha visto al Padre.”** Juan 14.6,7,9.

La clave para entender este punto, es saber distinguir las ocasiones en que Jesús accionó como hombre, de las que lo hizo como Dios. Una vez comprendido eso, se abre la puerta de un entendimiento claro sobre quién es Jesucristo en realidad: El Dios Todopoderoso, Jehová Salvador...

“El cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas.” Hebreos 1.3.

5. JESÚS ES EL ESPÍRITU SANTO

Jesús no sólo es el Padre, sino también el Espíritu Santo. Para entender esto, tenemos que recordar dos cosas muy importantes: (1) Dios es Espíritu. (2) Sólo hay un Espíritu. **“Un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo.”** Efesios 4.4,5.

El Apóstol Pablo afirma que el Señor Jesucristo es el Espíritu: **“Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad.”** 2ª Corintios 3.17. Jesús fue identificado como el Señor por los Apóstoles, y esto es correcto, porque Jesús mismo se había identificado así: **“Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy.”** Juan 13.13.

Al proclamarse Señor, Jesús automáticamente se proclamó como el Espíritu, tal como había dicho a sus discípulos antes de ser crucificado: **“...el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; ¹⁷ pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros.”** Juan 14.16,17.

Ante la afirmación —errada— de que Dios es tres personas, cabe preguntarse: Si el Padre es una persona, el Hijo otra y el Espíritu Santo otra, ¿cuál de los tres habita en nosotros? ¿De cuál somos templo? Pablo dice en 2ª Corintios 6.16 que somos **“templo de Dios”**; en 2ª Corintios 13.5 dice que somos **“templo de Cristo”**; y en 1ª Corintios 6.19 dice que somos **“templo del Espíritu Santo”**. Entonces, ¿habitan tres personas distintas en nosotros? ¡De ningún modo! La conclusión correcta y natural es que los tres son el mismo, y que Jesús, además del Padre, es también el Espíritu Santo.

6. JESUCRISTO ES EL ÚNICO Y VERDADERO DIOS

Repasemos lo dicho por Jesús en Juan 14.7: **“Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto.”** Dios se encarnó para que le pudiésemos ver y tocar; para caminar entre nosotros. Por eso, cuando Felipe le pide para ver al Padre, Jesús le dice que ya lo había visto.

Eso estaba profetizado: **“Por tanto, mi pueblo sabrá mi nombre por esta causa en aquel día: Porque yo mismo que hablo, he aquí estaré presente.”** Isaías 52.6.

Es decir, el Dios del Antiguo Testamento se manifestó en la carne y estuvo presente entre nosotros. Por esta razón Jesús pudo decir: **“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre.”**

Jesús no es otro que el Dios del Antiguo Testamento que se ha manifestado al mundo en forma humana. Un espíritu no puede morir; por eso Dios se hizo hombre: para poder entregar su vida por nosotros en la Cruz, morir por nuestros pecados, ser sepultado y resucitar al tercer día.

Ocho días después de resucitar, Jesús fue a Sus discípulos y **“...estando las puertas cerradas, se puso en medio y les dijo: Paz a vosotros. ²⁷ Luego dijo a Tomás: Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente. ²⁸ Entonces Tomás respondió y le dijo: ¡Señor mío, y Dios mío! ²⁹ Jesús le dijo: Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron.”** Juan 20.26–28.

Juan declaró: **“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios.”** Juan 1.1. Ver también Juan 1.14. Y Pablo dijo: **“Indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad; Dios fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria.”** 1ª Timoteo 3.16.

También se puede apreciar que Jesús es Dios en el hecho de sus tres principales atributos divinos. (1) Él es Omnipotente: **“Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra.”** Mateo 28.18. Ver también Apocalipsis 1.8; Juan 17.2. (2) Él es Omnisciente: **“Ahora entendemos que sabes todas las cosas.”** Juan 16.30. Ver también Juan 2.24–25; 4.16–19. Y (3) Él es Omnipresente: **“Nadie Subió al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del Hombre que está en el cielo.”** Juan 3.13. Ver también Mateo 18.20. Y hay varias Escrituras más que claramente enseñan que Jesús es Dios. Veamos sólo tres más:

“De quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos, amén.” Romanos 9.5. “Aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo.” Tito 2.13. “Pero sabemos que el hijo de Dios ha venido y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios y la vida eterna.” 1ª Juan 5.20.

7. CONCLUSIÓN

En resumen, nuestro Señor Jesucristo es el mismo Jehová del Antiguo Testamento. Él es Dios, quien tomó forma de hombre para venir a salvarnos. Comprender esto es de vital importancia para poder conocer Su verdadera identidad y no ser desviados de la verdad por cualquier “viento de doctrina” anti-bíblica: **“Cuídense de que nadie los engañe mediante filosofías y huecas sutilezas, que siguen tradiciones humanas y principios de este mundo, pero que no van de**

acuerdo con Cristo. ⁹ Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, ¹⁰ y en él, que es la cabeza de toda autoridad y poder, ustedes reciben esa plenitud.” Colosenses 2.8–10.

En el mundo hay muchas personas que aman a Dios pero nunca reciben esta plenitud. No llegan a comprender que Dios es uno, y que ahora habita plenamente en Jesucristo; es decir que Él no puede estar dividido en dos, tres, o más personas.

Para llegar a ser salvos, cada uno de nosotros debe creer y confesar esta maravillosa y gran verdad: **NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO ES EL ÚNICO Y VERDADERO DIOS; Y FUERA DE ÉL NO HAY QUIEN SALVE.**

“Este Jesús es la piedra reprobada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo. ¹² Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos.” Hechos 4.11,12.

09 – LA PALABRA DE LA CRUZ

¿Por qué Jesús tuvo que morir crucificado? ¿Qué significa Su sacrificio? ¿En qué nos beneficia a nosotros? ¿Cómo debemos responder al mismo?

Texto para memorizar: **“Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan es poder de Dios.”** 1ª Corintios 1.18.

1. INTRODUCCIÓN

Como dijimos en la pasada lección, Dios se manifestó en carne por medio de Jesucristo para proveer salvación para Su creación caída. La Encarnación de Dios se produjo con el propósito de la Propiciación, término que significa aplacar la ira.

La santidad de Dios demandó que Él se separara de la humanidad cuando ésta pecó en Adán y Eva. Tal separación provocó la muerte espiritual y física del ser humano. Además, el pecado puso al hombre bajo la condenación eterna; ya que la santa Ley de Dios así lo requiere. Pero entonces Dios escogió obligarse por este principio del castigo por el pecado, viniendo Él mismo a morir en nuestro lugar.

En eso consiste el Evangelio precisamente; en que Jesús murió por nosotros, fue sepultado y al tercer día resucitó para salvación de aquellos que creemos en Él:

“Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: ⁴ Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras.” 1ª Corintios 15.3–4.

Nuestra fe cristiana gira alrededor de estos tres elementos fundamentales: muerte, sepultura y resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

2. ¿POR QUÉ TUVO QUE MORIR JESÚS?

Básicamente, existen tres razones por las que el Señor Jesús tuvo que morir:

- (1) Dios estableció el principio de que sin derramamiento de sangre (el dar de una vida) no puede haber remisión o liberación del castigo del pecado: **“...sin derramamiento de sangre no se hace remisión.”** Hebreos 9.22.
- (2) El sacrificio de animales no era suficiente para remitir los pecados del hombre, pues nosotros somos mayores que ellos, ya que fuimos hechos a

la imagen espiritual de Dios: **“La sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados. ⁵ Por lo cual, entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me preparaste cuerpo.”** Hebreos 10.4,5.

- (3) Una persona ordinaria tampoco podría sufrir la pena por la humanidad, pues cada ser humano merece la muerte eterna por sus propios pecados: **“Todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios.”** Romanos 3.23.

Así que, para poder proveer un sustituto aceptable, Dios mismo vino a la Tierra como un hombre sin pecado —Jesucristo. Él fue la única persona inocente que jamás ha vivido, el único de la historia que no mereció morir; gracias a lo cual pudo ser nuestro sustituto perfecto en la Cruz. La muerte de Jesús vino a ser la propiciación permanente por nuestros pecados. Esto no significa que Dios haya pasado por alto nuestra desobediencia, sino que Él se infligió a sí mismo la pena de muerte que nos correspondía. Mediante el sacrificio del inocente Cordero llamado Jesucristo, Dios mismo cargó los pecados de todo el mundo:

“Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros.” Isaías 53.6. “Dios muestra su gran amor para con nosotros en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.” Romanos 5.8.

3. LAS HERIDAS DE JESÚS

En la Cruz, Jesús soportó un proceso extremadamente doloroso y vergonzoso, mental y físicamente. Lo que Cristo sufrió para cumplir el plan de Dios incluyó también la vergüenza de ser crucificado, algo que se consideraba maldición en sí (Gálatas 3.13). Luego de ser arrestado, Jesús padeció toda clase de humillaciones, maltrato, y al menos seis tipos de heridas en su cuerpo:

- (1) **Laceraciones.** En el patíbulo romano, Jesús fue azotado 39 veces con un bastón con tiras de cuero llamado flagelo, en cuyas puntas había trozos de metal y hueso. Aquellos azotes molieron y desgarraron su cuerpo (Mateo 27.26).

- (2) **Punciones.** Se realizaban con instrumentos punzantes, tales como la corona de espinas que le pusieron al Señor en la cabeza. Aquellas espinas se encajaron tan profundo en su cráneo, que la sangre brotó y corrió por Su rostro (Mateo 27.29).
- (3) **Moretones.** Los golpes que Jesús recibió, le produjeron hematomas y moretones en la cabeza y el cuerpo (Mateo 27.30).
- (4) **Perforación.** Para clavar a Cristo en la Cruz, se usaron afilados clavos, de unos quince centímetros de largo, que atravesaron el nervio mediano de sus muñecas y sus pies (Mateo 27.35).
- (5) **Dislocación.** Al colgar de la Cruz verticalmente, brazos y hombros de Jesús se dislocaron (Salmos 22.14,17); un sufrimiento que duró horas.
- (6) **Incisiones.** A fin de confirmar Su muerte, un soldado romano hirió con una lanza el costado de Jesús, atravesándole el pulmón y el corazón (Juan 19.34).

La muerte del crucificado era por asfixia, y llegaba lentamente. Durante varias horas, la víctima se impulsaba hacia arriba para poder respirar, pero esto le provocaba más y más sangrado en la espalda, al rasparla contra la áspera madera de la cruz. Incapaz de continuar el movimiento hacia arriba, el crucificado finalmente moría.

4. LA SANGRE DE CRISTO

Cristo cargó nuestros pecados incluso antes de la Cruz. Durante su ministerio, Él liberaba y perdonaba a aquellos que se le acercaban. Esto significa que, cuando Jesús llegó a la Cruz, ya había estado cargando nuestro sufrimiento:

“Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. ⁵ Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados.” Isaías 53.4–5.

Estando en la Cruz, Jesucristo dijo: **¡Consumado es!** Que significa que Él terminó la obra que se le había encomendado, triunfando sobre Satanás: **“Así que, por**

cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo.” Hebreos 2.14.

Al derramar Su sangre, Jesús anuló **“el acta de los decretos que había en contra de nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz.”** Colosenses 2.14. El poder de la sangre de Cristo anuló toda acusación que pesaba contra nosotros. Aquella lista de pecados fue clavada en la Cruz, y Jesús nos prometió no acordarse más de lo que estaba escrito en ella (Hebreos 10.17).

En otras palabras, la sangre de Cristo pagó la deuda que no podíamos pagar; pagó por nuestra libertad, para que ya no vivamos en la prisión de Satanás: **“Y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz.”** Colosenses 2.15.

Ahora, por medio de esa sangre que se derramó en la Cruz, todo nuestro ser recibe sanidad. Podemos conservar espíritu, alma y cuerpo limpios hasta la venida del Señor (1ª Tesalonicenses 5.23), pues en la Cruz Él acabó con todo aquello que podía

mancharnos. Sus llagas sanan toda enfermedad física, del alma y del espíritu: **“Él sana a los quebrantados de corazón, y venda sus heridas.”** Salmos 147.3.

La sangre de Cristo es poderosa para limpiar nuestra conciencia (Hebreos 9.14). Cuando le confesamos nuestros pecados, Él nos limpia de todo mal (1ª Juan 1.9) y nos rescata de nuestra vana manera de vivir (1ª Pedro 1.18).

5. UN CAMINO NUEVO Y VIVO

En la Cruz, Jesús pagó la pena por los pecados de todos los tiempos, y los beneficios obtenidos por Él ahora están al alcance de todos aquellos que creen en Él y le obedecen (Romanos 3.25). Cristo vino para constituirse en **“el camino, la verdad, y la vida”** Juan 14.6; para que, por medio de Él, podamos alcanzar la Salvación prometida desde tiempos antiguos.

Antes de Él, la humanidad vivía en pecado constante, quebrantando la Ley de Dios y padeciendo las consecuencias de ello. La mayoría de la gente vivía alejada de Dios y por tanto, bajo el dominio de Satanás.

El pueblo de Dios ofrecía sacrificios de animales para cubrir, perdonar, remitir o expiar pecados; pero aquellos sacrificios no quitaban totalmente la culpa.

No obstante, mediante Su sacrificio corporal en la Cruz, el Señor Jesús abrió el camino para salvar a la humanidad de la mano opresora de Satanás; un camino que sólo se podía abrir con el derramamiento de la sangre de un Cordero puro y perfecto que llevara definitivamente el pecado de la humanidad.

Ahora nosotros tenemos libre acceso a Su presencia por medio de ese **“camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne.”** Hebreos 10.20.

La muerte sacrificial de Jesucristo en la Cruz vino a ser el único y final sacrificio, para todo tiempo (Hebreos 10.12), para todos los seres humanos; proveyendo intercesión constante por nuestros pecados y libre acceso al trono de Dios (Romanos 8.34; Hebreos 4.14–16; 1ª Juan 2.1).

Jesucristo es ahora el único que nos lleva directamente a Dios, sin necesidad de más mediadores o sacerdotes: **“No para ofrecerse muchas veces, como entra el sumo sacerdote en el Lugar Santísimo cada año con sangre ajena...²⁶ Pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado.”** Hebreos 9.25–26.

El Camino ya ha sido abierto para nosotros y no hacen falta más sacrificios, pues **“Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios...”** 1ª Pedro 3.18. **“Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre.”** 1ª Timoteo 2.5.

6. LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR

Jesucristo murió en la Cruz y fue sepultado para liberarnos de la esclavitud del pecado y de Satanás; y al tercer día resucitó para darnos vida juntamente con Él: **“Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó,⁵ aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos),⁶ y juntamente con él nos resucitó.”** Efesios 2.4–6.

Al morir, Cristo fue sepultado en la tumba y su alma descendió al Hades, el lugar de las almas que han partido (Hechos 2.25–32). Tres días después, Él resucitó con un cuerpo físico glorificado, venciendo la muerte y el Hades (Romanos 4.25; 1ª Corintios 15.14). Este evento maravilloso es central en nuestra fe, y resulta esencial para nuestra salvación, por varias razones.

Gracias a la resurrección, quienes hemos creído en Jesús tenemos también el poder para vencer; tenemos vida nueva espiritual en Él, sanidad para el cuerpo, innumerables bendiciones en esta vida; además de que muy pronto recibiremos la inmortalidad, es decir la plenitud en la eternidad.

Leamos Isaías 53.5; Romanos 5.10; 6.4; 8.19–23; 1ª Corintios 15.20–23; Colosenses 1.14,20; Hebreos 2.14. Por medio de Su muerte, sepultura y resurrección, la Iglesia del Señor recuperará en breve todo lo que el ser humano había perdido a causa del pecado. Aún la creación presente será liberada de la maldición que le fue impuesta a causa de la desobediencia de Adán y Eva (Romanos 8.22,23).

Cuarenta días después de la resurrección, Jesús ascendió al Cielo, donde ha de ser exaltado por siempre y para siempre (Efesios 1.20,21; Filipenses 2.9).

Durante Su vida terrenal, Él había dejado temporalmente Sus prerrogativas divinas de gloria, honra y reconocimiento, sometiéndose a las limitaciones humanas; pero ahora Él ya no está limitado: en el Cielo, como Dios, Jesucristo se encuentra abiertamente investido de todo poder, autoridad y gloria (Mateo 28.18; Apocalipsis 1.8).

7. EL PODER DE LA PALABRA DE LA CRUZ

La Biblia enseña que la crucifixión de Cristo produjo cuatro efectos:

- (1) **Redención** (Mateo 20.28; Gálatas 3.13; 1ª Timoteo 2.6). Redimir significa librar o rescatar mediante el pago de un precio. La sangre o la vida de Cristo fue el rescate que la santa ley de Dios demandaba para redimirnos del cautiverio y la pena del pecado (1ª Pedro 1.18–20; Apocalipsis 5.8–10).

- (2) **Propiciación** (Romanos 3.25; 1ª Juan 2.2). Esto significa satisfacción o aplacamiento —algo que le permite a Dios perdonar el pecado sin comprometer Su santidad y justicia. La muerte de Cristo cumplió con los requisitos justos de Dios, siendo propiciatoria de nuestros pecados (Mateo 26.28; Juan 1.29).
- (3) **Reconciliación** (Romanos 5.6–11; 2ª Corintios 5.14–21). Como hombre sin pecado, Cristo el hombre se hizo nuestro mediador ante Dios (1ª Timoteo 2.5) y así quitó la barrera de enemistad que nos impedía tener comunión con Dios.
- (4) **Sustitución** (Isaías 53.5,6; 2ª Corintios 5.21; 1ª Pedro 2.24). Jesucristo tomó nuestro lugar en la Cruz y sufrió la pena que nosotros merecíamos. Él cargó nuestro pecado; se sacrificó por nosotros (1ª Corintios 5.7; Hebreos 9.28;10.10–17).

Los efectos de la Cruz de Cristo se aplican a nosotros cuando, por la fe en Él, obedecemos a Su Evangelio, nos arrepentimos de nuestros pecados, nos bautizamos en Su nombre y recibimos el bautismo del Espíritu Santo (1ª Corintios 6.11).

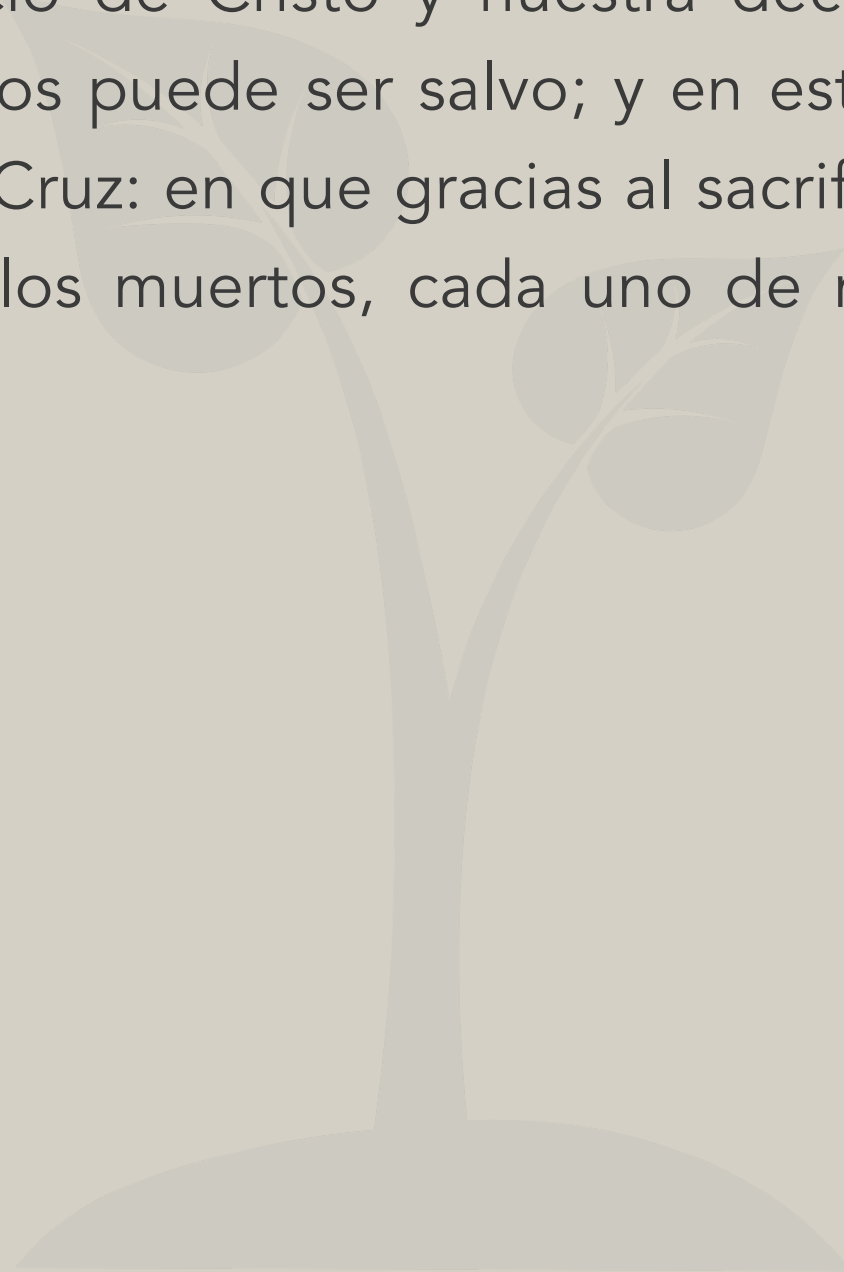
En premio a nuestra obediencia, el Señor nos otorga varias recompensas:

(1) Justificación: somos declarados justos ante Él. Su justicia nos es imputada (Romanos 3.24,26). **(2) Regeneración:** recibimos Su nueva naturaleza, por medio del nuevo nacimiento, y experimentamos un cambio de propósito y deseos (Juan 3.5; Tito 3.5). **(3) Adopción:** Somos colocados en la familia espiritual de Dios y constituidos Sus herederos (Romanos 8.14–17; Gálatas 4.1–7). **(4) Santificación:** Somos separados del pecado, para continuar siendo perfeccionados hasta la venida del Señor (Hebreos 10.10; 2ª Corintios 3.18; 1ª Tesalonicenses 3.13; 5.23).

8. CONCLUSIÓN

A través de Su sacrificio en la Cruz, Cristo llevó sobre Él todo el peso de nuestras enfermedades, pecados y rebeliones. ¡Cuán grande es Su amor, que mediante Su sangre pagó la totalidad de la deuda que teníamos! Una deuda que nosotros jamás hubiésemos podido pagar. Él nos ha librado de la condenación eterna.

Por medio del sacrificio de Cristo y nuestra decisión personal de seguirle, ahora cada uno de nosotros puede ser salvo; y en esto consiste precisamente el poder de la Palabra de la Cruz: en que gracias al sacrificio de Jesús en la Cruz y a Su resurrección de entre los muertos, cada uno de nosotros puede alcanzar la vida eterna. ¡Amén!



10 – EL REGALO DIVINO DE LA GRACIA

¿Qué es la Gracia? ¿Cómo funciona en la vida del creyente? ¿Por qué es importante?

Texto para memorizar: **“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; ⁹ no por obras, para que nadie se gloríe.”** Efesios 2.8,9.

1. INTRODUCCIÓN

La Gracia es una de las doctrinas centrales del cristianismo. Su importancia no puede ser dejada de lado. El entender la Gracia dará al creyente un sentido más claro de la maravilla de su salvación. El objetivo de esta lección es ayudar al creyente a comprender que somos salvos porque Dios es bueno y no porque nosotros lo seamos.

2. ¿QUÉ ES LA GRACIA?

La forma más sencilla de definir la Gracia es decir que ella es el favor gratuito e inmerecido de Dios hacia nosotros; Su gracia mirándonos favorablemente a pesar de que no hemos hecho nada para merecer la amabilidad de Dios.

Lo que hace tan impresionante la manera en que Dios nos mira es que, en lugar de actuar de una manera que mereciera Su bondad, los hombres actuamos de manera tal que provocamos la ira justa de Dios. Él debió mirar a la humanidad con desaprobación, debido a nuestro comportamiento; pero en lugar de mirarnos así, Dios eligió mirar a la humanidad favorablemente. La elección de Dios de darle a la humanidad la oportunidad de ser salvos a pesar de nuestro comportamiento se llama Gracia.

3. ¿POR QUÉ NO PODEMOS GANAR NUESTRA SALVACIÓN?

No podemos merecer la salvación porque el hombre es pecador y nuestro pecado ha provocado la justa ira de Dios (Romanos 1.18).

Con la expresión “justa ira” queremos decir que la ira de Dios es incuestionable. Él tiene todo el derecho de estar airado con los hombres por no haberlo honrado, por haber desobedecido sus mandamientos, y por haber cometido muchos otros pecados contra Él.

Pablo dice a los Romanos que **“la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad.”** Romanos 1.18.

La realidad más triste de la humanidad es que nuestros pecados han roto nuestra relación con Dios. Dicha rotura nos puso en una postura hostil con Dios.

El hombre está en completa rebelión contra Dios. Al describir esa condición, el apóstol Pablo se refiere a los hombres como **“enemigos de Dios”** (Efesios 2.1–3), como estando **“en guerra con Dios”** (Romanos 5.1,10), y **“separados de Dios”** (Romanos 3.23).

Una vez que el hombre pecó, sus obras se volvieron inútiles para salvarlo (Efesios 2.8). Consecuentemente, los hombres están obligados a mirar fuera de sí mismos para encontrar la salvación de sus pecados. En última instancia, esa realidad es la que lleva al pecador a la cruz de Cristo y a la gracia de Dios.

El mensaje de la Gracia es que Dios eligió salvarnos en vez de juzgarnos. Él eligió ofrecernos Su gracia en vez de Su ira, para hacernos salvos: **“Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.”** Romanos 5.8.

4. LA GRACIA ES UN REGALO DE DIOS

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; ⁹ no por obras, para que nadie se gloríe.” Efesios 2.8,9.

La gracia es un regalo de Dios; no nos cuesta nada. No podemos ganarla, ni podemos hacer algo para merecerla. Notemos que Pablo dice que la gracia es un regalo gratuito de Dios para todos los que creen en Jesucristo (Romanos 5.14–16).

Solo aquellos que creen en el mensaje de la Cruz y rinden sus vidas al Salvador resucitado, dándole la espalda al pecado, reciben los beneficios de la Cruz. Cristo Jesús en la cruz del Calvario pagó el precio de nuestra paz con Dios y de ese modo demostró el favor de Dios hacia nosotros.

En Efesios 2.8 Pablo dice que una de las razones por la cual Dios eligió soberanamente salvarnos por gracia, es que la Gracia eliminó toda jactancia humana.

La Gracia le quita al hombre la capacidad de decir que es salvado porque es bueno. El hombre no puede jactarse de su propia bondad ante Dios. Por lo tanto, la única opción que le queda al cristiano, cuando piensa en su salvación, es darle la gloria a Dios. Él actuó solitariamente para salvarnos. Sólo Él merece la gloria. Sin Su gracia, la Salvación sería imposible.

5. ¿QUIÉN RECIBE ESTA GRACIA QUE DIOS OFRECE?

Una pregunta importante es: ¿A todos los hombres se ofrece la gracia de Dios? La respuesta es sí. Jesús pagó el precio por todos los hombres.

Sin embargo, la Biblia enseña que solo aquellos que rinden sus vidas a Jesucristo reciben la salvación que ofrece la Gracia. La Gracia Salvadora se ofrece a todos, pero solo aquellos que responden al Evangelio creyendo en Jesucristo reciben el don de salvación que ofrece la Gracia. Esta es una verdad importante.

Imagina a un padre ofreciéndole un regalo a su hijo. ¿La simple ofrenda del regalo significa que su hijo puede disfrutar el presente escondido en la caja? No. Una cosa más debe suceder antes de que el niño pueda disfrutar del regalo que se le ha ofrecido. El regalo debe ser recibido por él. Solo entonces el niño podrá disfrutar el regalo escondido en la caja. La gracia funciona de la misma manera.

Para que un pecador reciba el beneficio de la gracia, primero se le debe presentar el mensaje del Evangelio. Luego él debe obedecer el mandamiento del Evangelio de bautizarse en el nombre de Jesús para el perdón de sus pecados. Solo entonces puede el pecador penitente recibir los beneficios que la gracia le ofrece (Marcos 16.16; Hechos 2.37,38).

Si bien toda la humanidad fue condenada ante Dios por sus pecados, debido a la gracia de Dios los creyentes están ante Dios envueltos por Su amor y Su favor. Todos los demás están condenados ante Él.

6. LOS PECADOS DE DAVID Y EL PERDÓN DE GRACIA DE DIOS

La historia del arrepentimiento de David por los pecados de adulterio y homicidio ilustra perfectamente el mensaje de la Gracia. David pecó al cometer adulterio con Betsabé, la esposa de Urías. Luego, al descubrir que Betsabé estaba embarazada con su hijo, David trató de ocultar su pecado haciendo que mataran a Urías en la batalla. Estos fueron pecados moralmente graves y detestables.

Pero esa no es la parte más sorprendente de esta historia, porque el pecado es común en la experiencia humana. Lo sorprendente de esta historia es cómo Dios lidió con el pecado de David.

Dios trató con gracia a David; primero, confrontándolo con su pecado y luego perdonándolo completa e instantáneamente del mismo. La historia se desarrolla así:

- (1) David pecó (2° Samuel 11.1–16).
- (2) El pecado de David desagradó al Señor (V. 27).
- (3) David escondió su pecado (2° Samuel 12.1–6;12).
- (4) Dios confrontó a David con Su pecado (Vv. 7–12).
- (5) David confesó y se arrepintió de su pecado (V. 13).
- (6) Dios le perdonó instantánea y completamente (V. 13).
- (7) David sufrió las consecuencias de su pecado (Vv. 10,11).

Las Escrituras dicen que tan pronto como David confesó su pecado diciendo **“He pecado contra el Señor”**, el profeta Natán, inspirado por Dios, respondió diciendo:

“El Señor ha quitado tu pecado; no morirás.” Eso debe haber sido algo asombroso para él. El perdón inmediato por una sincera confesión. ¿Hizo David algo en este caso para merecer el perdón de Dios? No hizo absolutamente nada. Él simplemente se arrepintió y confesó.

El hecho de que Dios haya declarado inmediata y abiertamente su perdón a David, destaca el mensaje de la Gracia. David no hizo nada para merecer el favor de Dios, y sin embargo Dios eligió perdonarlo. Eso es precisamente lo que Dios hace con el pecador arrepentido que ha confiado en Cristo como su Salvador: Dios lo cubre completamente con su gracia.

7. LA GRACIA ES UNA ELECCIÓN SOBERANA

Romanos 9.15: **“Pues a Moisés dice: Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca.”**

La Gracia es una elección soberana. Dios eligió mirarnos favorablemente sin que hayamos hecho nada para merecer Su favor. Esa asombrosa verdad se vuelve más clara cuando pensamos en la rebelión de los ángeles (Isaías 14; Apocalipsis 12.4).

Los ángeles que cayeron, aparentemente fueron engañados por Satanás como Eva lo fue en el jardín de Edén. Sin embargo, en su soberanía, Dios eligió no extender la posibilidad del perdón a los ángeles que se rebelaron; Él no proporcionó ninguna

manera para que fueran redimidos (Apocalipsis 12.4). Los ángeles que se rebelaron recibieron lo que merecían por sus malas acciones: el juicio sin piedad (2° Pedro 2.4; Judas 6). Esto es algo increíble y lo debemos tener en cuenta.

El juicio a los ángeles subraya la decisión extraordinaria que Dios tomó al salvarnos a nosotros. Cuando Adán pecó, Dios eligió soberanamente salvarle, y a nosotros en él (Romanos 5.9).

La única forma de describir las acciones de Dios después de que Adán pecó es la Gracia. Dios ofreció a la humanidad una forma de ser redimida en lugar de tomar la justa decisión de condenarnos. Eso es Gracia.

8. ¿CÓMO FUNCIONA LA GRACIA EN LA VIDA DEL CREYENTE?

Romanos 8.1: **“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.”**

La Gracia nos libera de la condenación del pecado. “Puedo venir a Dios tal como soy.” “No tengo que ser perfecto para ser salvo.” “No tengo que cumplir con un determinado estándar para ser salvo.” “Seré salvo a pesar de mi pecado y mis fracasos.” “Soy salvo por la gracia de Dios.”

Estas son declaraciones de los redimidos, porque la Salvación no se basa en nuestras obras —buenas o malas— sino más bien en la gracia de Dios, en Su favor gratuito e inmerecido.

El cristiano sentirá convicción cuando peca, pero no debería sentir condenación. Como dijo Pablo, el caminar **“en el Espíritu”** o el caminar por Fe, nos libera de la condenación. La condenación nos retira de la presencia de Dios. La convicción nos lleva hacia Él. La Gracia nos enseña a confesar nuestros pecados y a apartarnos de ellos; nos enseña que siempre podemos volver a Dios y encontrar Su favor en nuestros momentos de necesidad.

9. CONCLUSIÓN

La vida cristiana debe ser una vida de gratitud por lo que Dios ha hecho por nosotros. Imagina la gratitud que sintió Pablo cuando gratuitamente le fue ofrecida la Salvación, después de haber sido un perseguidor de la Iglesia del Señor.

Con frecuencia, Pablo compartía su testimonio, contando las maravillas de la gracia de Dios en su vida. Indudablemente, la gracia de Dios marcó a este hombre y fijó su destino como el misionero y evangelista más prolífico de la historia de la Iglesia.

La Gracia produce una de las virtudes más importantes de la vida cristiana: la gratitud. Por la gracia de Dios, servimos a Cristo con corazones agradecidos.

11 – LA GRACIA Y LA VIDA RECTA

¿Es la gracia de Dios un permiso para pecar, o ella nos aleja del pecado?

Texto para memorizar: **“Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, ¹² enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, ¹³ aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo.”** Tito 2.11–13.

1. INTRODUCCIÓN

En la lección anterior aprendimos que la Gracia es un regalo de Dios, el favor inmerecido de Dios. En esta lección nos centraremos en la consecuente verdad de que la Gracia jamás conducirá a una vida descuidada, ni nos enseñará a tomar el pecado a la ligera; sino que ella nos enseñará a vivir una vida santa. Para demostrar esto vamos a examinar tres pasajes bíblicos: Tito 2.11–13; Romanos 5.19–21 y Romanos 6.1–3.

De esas tres escrituras aprenderemos que la Gracia enseña que el creyente debe separarse del pecado y esforzarse por vivir con rectitud. Estos textos bíblicos son importantes porque sientan las bases para una vida genuinamente santa en la Fe y no una “santidad” fingida en la carne. La espiritualidad genuina se fundamenta en la gracia de Dios.

2. LA GRACIA NOS ENSEÑA A VIVIR UNA VIDA DE SANTIDAD

Volvamos a leer Tito 2.11–13. Este pasaje de la carta de Pablo a Tito es importante porque señala que la Gracia, una vez que nos salva, nos enseña a evitar el pecado; nos guía para que vivamos con rectitud ante Dios.

En ciertos círculos cristianos existe confusión sobre este tema. La verdad de que Dios nos salva independientemente de nuestras obras, hace sentir amenazados a algunos que piensan que enseñar la gracia de Dios abre puertas para una vida licenciosa. Ellos razonan que, si una persona se salva sólo por gracia, sin obras, entonces los cristianos son libres para vivir en la injusticia; porque independientemente de cuánto peque el cristiano, sus pecados siempre le serán perdonados —razonan ellos incorrectamente.

Por tanto, estos maestros afirman que la fórmula correcta para ser salvo no es apenas la Gracia, sino la Gracia más las buenas obras humanas. En sus mentes, los cristianos son salvos por la gracia de Dios, pero también por los sinceros esfuerzos que hagamos por vivir una vida de santidad.

Si un cristiano hace esfuerzos auténticos por vivir una vida santa —razonan estos maestros— Dios perdonará todos los pecados que cometa. Esta fórmula de Gracia más obras, hará que el creyente viva una vida equilibrada y no una descuidada en cuanto al pecado.

Sin embargo, no podemos alejarnos de la clara enseñanza bíblica de Pablo, que establece que una persona es salva sólo por la Gracia, en independencia de las obras humanas, como ya hemos dicho en la lección El regalo divino de la Gracia.

Esta verdad, junto con la verdad subsecuente de que la Gracia enseña al cristiano a vivir rectamente, nos asegura que la Gracia jamás ha sido o será una licencia para pecar. Es decir que la Gracia nunca nos “liberará” para vivir descuidadamente.

En el pasaje leído (Tito 2.11–13), Pablo enfatiza que la gracia de Dios enseña al cristiano a renunciar a la impiedad y a vivir sobriamente. La Gracia es un maestro de justicia. Esas son buenas nuevas. La Gracia instruye al cristiano en la justicia y le enseña la importancia de rechazar los deseos de la carne.

3. LA GRACIA SÓLO ENSEÑA A LOS SALVOS

Nota por favor que Pablo se está refiriendo a un tipo específico de Gracia; él habla de la gracia que trae salvación. Algunas ideas que hoy se enseñan sobre la Gracia no son salvíficas, sino todo lo contrario; son un verdadero obstáculo para el creyente. Por ejemplo, cualquier enseñanza que diga que la Gracia libera al cristiano para que practique el pecado sin sufrir consecuencias, no está hablando del mismo tipo de gracia de que habló Pablo (Romanos 6.1–2). La gracia bíblica es la que primero nos salva, luego da evidencias de la salvación y nos mantiene salvos.

El punto importante aquí es que, aunque la Gracia es ofrecida a todos los hombres, ella sólo enseña a aquellos que han sido genuinamente salvos (Juan 14.16).

Las personas no salvadas tienen otros maestros —Satanás, el mundo, la carne (Efesios 2.1–3). Las personas no salvadas no desean vivir para Dios ni obedecer Su palabra. Si acaso guardan algún mandamiento de Dios, lo hacen por razones religiosas o porque sus padres o alguna otra persona o la cultura les enseñaron esa ética. Pero no guardan los mandamientos para honrar a Dios.

Tal deseo de vivir rectamente, separados del pecado, para la gloria de Dios, sólo caracteriza a aquellos que han nacido de nuevo. La razón por la que la persona nacida de nuevo tiene nuevos deseos es porque se le ha dado un nuevo corazón (Ezequiel 36.26).

La Gracia sólo enseña a los corazones regenerados y sólo un corazón regenerado desea vivir para Dios (Romanos 6.4). Un corazón lleno de gracia es un corazón lleno de fe. La Gracia trabaja donde la Fe está presente. Algunos cristianos viven sus vidas siguiendo reglas; esa es la religión. Nosotros no seguimos los mandamientos de Cristo por miedo, ni intentando hacer nuestra parte para merecer el Cielo; seguimos los mandamientos de Cristo por la Fe, motivados por el amor (Juan 14.15). La motivación del cristiano es completamente diferente a la del no salvado.

4. EL PECADO Y SUS CONSECUENCIAS

Estudia luego 2° Samuel 12. El pecado trae consecuencias y, aunque es correcto decir que somos salvos por Gracia, debemos entender también que la Gracia no nos libera de pagar las consecuencias temporales del pecado. En la lección anterior estudiamos los pecados del rey David. Afirmamos que, una vez que él confesó, fue perdonado inmediata y completamente por Dios de los pecados que había cometido. Eso es verdad. Sin embargo, las Escrituras también nos enseñan la importante verdad de que por el resto de su vida, David vivió con las consecuencias de sus pecados.

Lo cierto es que el pecado, aunque perdonado, trae consecuencias; y eso puede comprobarse con la experiencia de David. Él sufriría al menos tres consecuencias graves por sus pecados: 1) su reino estaría siempre en guerra, 2) su hijo moriría y 3) soportaría vergüenza pública por los actos inmorales de su hijo. Es interesante notar que las consecuencias sufridas por David parecen corresponderse con los pecados que cometió. Él cometió adulterio y luego su hijo violó a su propia hermana. Él asesinó a Urías y después tuvo que experimentar violencia por el resto de su reinado.

El perdón de Dios no significa que podamos escapar de las consecuencias inmediatas de nuestros pecados. Esta es una verdad solemne y seria, pero a la vez sorprendente y admirable, pues aún el cristiano que experimenta el sufrimiento causado por sus pecados intencionales, es abrazado por la gracia de Dios —como le ocurrió a David (Salmos 103.1–10).

Mientras la Gracia nos enseña a evitar el pecado y a vivir rectamente, ella está trabajando en nosotros. La Gracia no es sólo la bondad de Dios que nos cubre, sino también el poder de Dios trabajando en nosotros.

Para el creyente, la cuestión del pecado no tiene que ver tanto con si seguirá siendo salvo o no, sino más bien con dar evidencias de la realidad de su Salvación. Si una persona no es salva, será descuidada con el pecado. Si una persona es salva, tendrá cuidado con cómo vive, y luchará por vivir en santidad (Hebreos 12.14; 2ª Timoteo 1.9).

El creyente que verdaderamente es salvo, lucha contra el pecado; y si en algún momento peca pero lo confiesa, es perdonado por Cristo (1ª Juan 1.9); no porque luchó, sino porque al confesar y alejarse del pecado, él creyó en Cristo y Su perdón (Efesios 2.8,9). El pecado no tiene poder para condenar al creyente siempre y cuando él esté confiando en Cristo (Romanos 6.12–14). El factor salvador en esto es la fe en Cristo y no el cumplimiento de la ley.

5. LA GRACIA ES INFINITAMENTE MAYOR QUE EL SUPERPODER DEL PECADO

Romanos 5.20–21: **“Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase; mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia; ²¹ para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro.”**

Este mensaje de Pablo a los hermanos de Roma enfatiza dos cosas: que no debemos subestimar el poder del pecado abundante, y que la Gracia es siempre mayor que el poder del pecado abundante. Veamos ambos puntos:

(1) En el verso 20, Pablo usa dos palabras griegas para señalar que el pecado tiene un súper poder, a la vez que la Gracia tiene uno mucho mayor. Para evidenciar que el pecado es poderoso, él usa la palabra griega plen-on-ad'zo que se traduce al Español como "abundó", aunque su significado es realmente sobreabundar, aumentar o ser súper abundante.

Plen-on-ad'zo comunica la idea de que el pecado abunda en nuestro mundo y es poderoso. De hecho, es súper poderoso y por tanto nunca debe ser subestimado por el creyente. Subestimar algo es darle menor importancia de la que tiene. Tú nunca debes subestimar la capacidad de afectar tu vida que el pecado tiene.

El creyente debe tener en mente también que el pecado abunda en el mundo en que vivimos, y que posee tal alcance que todo lo toca. Pablo, en sus epístolas, ha dejado perfectamente claro que el pecado es una fuerza controladora en el mundo; que sus tentáculos se han extendido y han tocado a cada ser humano, incluido Cristo.

En Su caso, nuestro Salvador perfecto sintió los efectos del pecado cuando nuestros pecados fueron puestos sobre Él en la Cruz. **“Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado...”** 2ª Corintios 5.21a. Jesús fue hecho pecado por nuestra salvación.

Regresando a Romanos 5.20, Pablo dice además que la ley de Dios magnificó el pecado; lo convirtió en algo grande. En otras palabras, lo trajo al foco apropiado; mostró su real magnitud.

Así que el pecado no es algo como para tomar a la ligera. El cristiano victorioso entiende la abundancia y el poder del pecado, y por lo tanto evita jugar con él; evita provocarlo o coquetear con él. Tiene en claro que tomar cualquier posición que no sea la de un guerrero peleando contra el pecado, será destructivo para su fe y su relación con Cristo. Si el creyente ha de vivir una vida santa, la realidad de que el pecado es un gran problema debe permanecer clara en su mente.

(2) Cuando Pablo pasa a referirse al poder de la Gracia, usa otra palabra griega: hoop-er-per-is-syoo'-o, la que se traduce como "sobreabundó". Hoop-er-per-is-syoo'-o está compuesta de dos palabras: hooper, que significa sobre o más allá; y per-is-syoo'-o, que significa super-abundancia.

El mensaje, pues, es claro: el pecado es poderoso, pero la Gracia es mucho más poderosa que él. En un mundo donde el pecado es un super poder, la Gracia, no obstante, siempre es mayor. El pecado tiene que doblar su rodilla ante ella. La Gracia siempre le vence.

Estas son excelentes noticias para el cristiano e implican que cuando él es tocado por el pecado pero lo confiesa y se aleja del mismo, la Gracia gana cada vez. El perdón es concedido y la pizarra se limpia nuevamente.

6. LA GRACIA SOBREABUNDANTE NUNCA SE ENTREGA AL PECADO

Romanos 6.1–3: **"¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? ² En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al**

pecado, ¿cómo viviremos aún en él? ³ ¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?"

Después de proclamar que el poder de la Gracia es mucho más abundante que el del pecado, en el siguiente capítulo Pablo corrige inmediatamente una posible mala interpretación de su enseñanza.

A causa de su doctrina, había quienes acusaban a Pablo de llevar a los cristianos a continuar en el pecado después del bautismo. Aquí, él rechaza tajantemente tal acusación. La gracia —razona él— no es una licencia para pecar, porque en el bautismo morimos al pecado.

¿Qué significa esto? Significa que el poder del pecado para condenarnos ha sido finalmente resuelto por Cristo; y también que en el bautismo nuestro deseo de vivir pecaminosamente murió. Dios nos ha dado un nuevo corazón. Estamos muertos al pecado.

7. CONCLUSIÓN

La gracia es el regalo de la Salvación de Dios y nosotros nada hicimos para merecerlo o motivarlo. La Gracia fue una decisión de Dios, quien soberanamente eligió salvarnos. Esta doctrina del cristianismo es única.

Todas las religiones del mundo profesan alguna forma de salvación por medio de obras, en que los hombres son salvos por sus obras o cooperan con Dios para ser salvos. El cristianismo en cambio enseña que somos salvos sólo por la gracia de Dios.

Nuestro vivir por y para Dios, en santidad, no es algo que tengamos que hacer para permanecer salvos; es algo que hacemos porque hemos sido salvados. Nuestra vida en justicia no es una cuestión de obedecer los Mandamientos sólo porque debemos hacerlo, sino porque queremos hacerlo. En consecuencia, podemos declarar con toda confianza que ¡somos salvos por la gracia de Dios!

12 – LA FE Y EL ARREPENTIMIENTO

¿Por qué es importante la Fe? ¿Cómo se relaciona ésta con el cambio de vida?

Texto para memorizar: **“...este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos. ⁴ Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe.”** 1ª Juan 5.3–4.

1. INTRODUCCIÓN

Recordemos: nada que podamos hacer para salvarnos es suficiente. Ni buenas obras ni obediencia a las leyes de Dios nos podrán salvar, pues la Salvación es un regalo Suyo; un don de Dios que no merecemos.

Con esto, no negamos el valor de las buenas obras, pero la Palabra es clara al establecer que la Salvación es por Gracia solamente, y por medio de la Fe: **“...por gracia sois salvos, por medio de la fe.”** Efesios 2.8.

La Biblia también es clara cuando dice que todos hemos pecado (Romanos 3.23) y que el castigo del pecado es la muerte eterna. Pero Dios, en Su gracia, ha provisto un camino para evitar el Infierno y alcanzar el Cielo: **la Fe en Jesucristo.**

2. LA FE QUE NOS SALVA

La Salvación de Dios se obtiene creyendo en Jesús y en la suficiencia de Su sacrificio en la Cruz. El destino eterno de los seres humanos dependerá entonces de su respuesta de Fe a la gracia de Dios que es por medio de Cristo Jesús:

“...justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús,²⁵ a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados,²⁶ con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús.” Romanos 3.24–26.

Así que la dádiva de Dios de la Salvación se recibe por medio de la fe en Cristo, quien por medio de Su vida, muerte en la Cruz y resurrección, abrió el camino a la vida eterna; un camino que sólo puede transitarse por la Fe:

“...su fe le fue contada por justicia. ²³ Y no solamente con respecto a él se escribió que le fue contada, ²⁴ sino también con respecto a nosotros a quienes ha de ser contada, esto es, a los que creemos en el que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro, ²⁵ el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación.” Romanos 4.22–25.

Ahora bien, tener fe en Jesucristo es mucho más que una profesión verbal. Tener fe en Él es creer en Su Palabra; y creer en ella implica el obedecerla. La obediencia a la Palabra de Dios es absolutamente necesaria para la salvación. Obediencia y Fe son inseparables.

Por su parte, obedecer la Palabra de Dios es mucho más que un proceso intelectual de aceptación y práctica. Obedecer la Palabra es apropiarse de cada parte

de ella; es abrazarse de Su verdad e Inspiración; es tomar decisiones firmes que conduzcan a una vida comprometida en la aplicación de sus estatutos y preceptos divinos. Una vez más, la Fe es el medio de apropiarnos de la gracia de Dios; es el medio por el cual nos entregamos a Dios, obedecemos Su Palabra y le permitimos a Él hacer Su obra salvadora en nosotros.

En resumen, la Fe que salva es: (1) la **aceptación** del evangelio de Jesucristo como el único medio de salvación y (2) la **obediencia** a ese evangelio.

3. LA SOBERANÍA DE DIOS Y NUESTRO LIBRE ALBEDRÍO

¿Cómo se relacionan la soberanía de Dios y el libre albedrío de la humanidad? Muchos sostienen que sólo aquellos que Él ha predestinado para la salvación serán salvos, y que esta salvación no se puede perder. Otros enfatizan el libre albedrío de la humanidad; que cualquier persona que responda por fe al regalo de la Gracia podrá salvarse, y que esta salvación se puede perder. La Biblia, por su parte, parece afirmar ambas cosas: tanto la soberanía de Dios como la libertad de elección de los hombres;

y, aunque estas dos verdades parezcan ser irreconciliables en nuestra humana sabiduría, estamos seguros de que no lo son en absoluto. Nosotros creemos en la soberanía de Dios, pero a la vez en la responsabilidad individual del ser humano, como ser libre. En otras palabras, la Salvación es un asunto de responsabilidad. Nuestra libertad individual es una expresión muy importante del amor de Dios para con nosotros.

Fue por amor que Él nos hizo con libre albedrío, con la oportunidad de escoger. No podía ser de otra manera. Así que todo ser humano tiene libertad de elección para creer en Cristo como su Señor y Salvador, o para rechazarlo. Todo aquel que responda a Él por medio de la Fe, puede ser salvo:

“[Dios] quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad. ⁵ Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre.” 1ª Timoteo 2.4,5. **“Él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el**

mundo.³ Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos." 1ª Juan 2.2,3. "El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento." 2ª Pedro 3.9.

Nunca se debe forzar a una persona a creer en Jesús para Salvación. La fe verdadera no puede ser coaccionada. Para ser genuina, la fe tiene que ser voluntaria. Jesús nunca obligó a nadie a seguirlo. Su ministerio nos muestra que las personas tienen la libertad para creer en Él o rechazarlo. Jesús claramente explicó las consecuencias de la Fe y la falta de Fe, positivas y negativas respectivamente, pero Él nunca recurrió a la presión al instar a las personas a seguirlo. Los discípulos de Jesús también presentaron la Fe como una respuesta voluntaria al Evangelio.

Creemos también que se necesita perseverar obedientemente hasta el final, mediante la Gracia, para poder alcanzar la vida eterna: **"El que persevere hasta el fin, éste será salvo."** Mateo 24.13.

A la vez, reconocemos que es el poder de Dios el que actúa en nosotros y nos sostiene en la Salvación: **“Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, ²⁸ y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano.”** Juan 10.27,28.

4. EL COSTO DE LA SALVACIÓN

La Salvación costó a Jesús humillación, sufrimiento, crucifixión y muerte por nuestros pecados. El compartir el mensaje de la Salvación a lo largo de los siglos ha costado a muchos testigos fieles, tortura, encarcelamiento y muerte. La Salvación tiene un costo también para los que ahora respondemos por Fe al regalo de la gracia de Dios:

“Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. ²⁵ Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará.” Mateo 16.24,25.

La Salvación nos cuesta la vieja manera de vivir; significa muerte a nosotros mismos. Esto no se debe tomar a la ligera. El proceso de la Salvación resulta en vidas transformadas, y no solo para el más allá, sino también para el aquí y ahora.

Aunque las buenas obras no produzcan Salvación, la Salvación sí debe producir buenas obras: **“...[Dios] pagará a cada uno conforme a sus obras: ⁷ vida eterna a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad, ⁸ pero ira y enojo a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia; ⁹ tribulación y angustia sobre todo ser humano que hace lo malo [...] ¹⁰ pero gloria y honra y paz a todo el que hace lo bueno...”**
Romanos 2.6–10.

Según Santiago 2.14–26, la Fe sólo está viva cuando produce acción. Sin obras, ella está muerta. ¿Es posible tener un grado inicial de fe en Cristo y todavía no ser salvo? Sí, si no ha habido una respuesta manifiesta de aceptación, compromiso y obediencia a los requisitos o mandamientos de Dios.

Consideremos el ejemplo de los samaritanos que creyeron al Evangelio predicado por Felipe, y obedecieron de forma inmediata: **“Cuando creyeron a Felipe, que anunciaba el evangelio del reino de Dios y el nombre de Jesucristo, se bautizaban hombres y mujeres.”** Hechos 8.12.

5. EL ARREPENTIMIENTO

Hechos 3.19: **“Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados...”** El arrepentimiento es un tema olvidado en muchas iglesias, pero que continúa siendo medular en el proceso de conversión del creyente.

Según el diccionario, arrepentimiento quiere decir “pesar de una persona por haber hecho algo malo”. No obstante, la palabra bíblica metanoia (Griego) que se tradujo como arrepentimiento, habla más bien de un cambio radical de manera de pensar, de actitud y de conducta. En términos teológicos, el arrepentimiento es una regeneración espiritual producida por Dios, cuyo fin es restaurar en nosotros Su imagen, la cual fue dañada por la transgresión de Adán y Eva.

El arrepentimiento es la clave para una real conversión o renacimiento espiritual. ¡Nadie debería bautizarse sin antes estar genuinamente arrepentido(a)! Cristo predicó fuertemente acerca del arrepentimiento. **“Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado”** insistía con frecuencia (Mateo 3.2; 4.17; Marcos 1.15). Jesús anunció incansablemente la necesidad de un cambio radical en la vida de las personas que quieran entrar al reino de Dios.

Estudia en Lucas 19.1–10 la historia de Zaqueo, quien recibió a Cristo en su casa, se arrepintió de sus pecados y cambió de vida. Sin arrepentimiento no puede haber ese cambio de vida. Jesús decía a las personas **“no peques más”** (Juan 8.11), y los Apóstoles también lo decían. El arrepentimiento fue predicado incluso a los religiosos, para que dejaran de poner su religión por encima de la misericordia (Mateo 9.13).

6. ELEMENTOS DEL ARREPENTIMIENTO

El arrepentimiento se compone de tres elementos. El primero es la comprensión del pecado. Esto implica entender cabalmente lo horrendo que es el pecado ante un Dios Santo que aborrece el mismo. Su Palabra dice:

“Vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír.” Isaías 59.2.

El segundo elemento es la convicción de pecado. Cuando alguien está consciente de que es un pecador, experimenta dolor por haber fallado a Dios; un dolor causado por sentimientos de tristeza e indignidad ante Él: **“...fuisteis contristados para arrepentimiento; porque habéis sido contristados según Dios [...] ¹⁰ Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación”** 2ª Corintios 7.9,10.

El tercer elemento es el reconocimiento sincero. El pecador debe reconocer su condición lamentable, admitir con sinceridad que ha ofendido a Dios y asumir que, sin el perdón divino, está totalmente perdido: **“...yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí. ⁴ Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos.”** Salmos 51.3,4. **“El propósito de nuestra instrucción es el amor nacido de un corazón puro, de una buena conciencia y de una fe sincera.”** 1ª Timoteo 1.5.

A medida que va oyendo la Palabra de Dios y pasando tiempo en Su presencia, convicción, culpabilidad, dolor e indignidad son producidos en el corazón del pecador arrepentido. Así ocurrió con Pedro, luego de la pesca milagrosa. Estando frente a Jesús, él exclamó: **"Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador."** Lucas 5.8. Sin dudas Pedro se sintió indigno en la presencia de Dios.

7. LOS EFECTOS DEL ARREPENTIMIENTO

El arrepentimiento sincero proviene de la voluntad del individuo, que siente el peso de su culpa y decide hacer algo para remediarlo. Él no espera a ser descubierto en su falta para arrepentirse sino que ésta le resulta detestable, al punto de querer confesarla y apartarse de ella.

En otras palabras, el pecador que en verdad se ha arrepentido no tiene que ser forzado a cambiar, sino que lo hace por voluntad propia. El verdadero arrepentimiento tiene así efectos directos en el comportamiento de la persona, trayendo cambios en sus actitudes, costumbres y estilo de vida.

En primer lugar, el arrepentimiento lleva a la confesión de pecados —la evidencia más clara de un corazón arrepentido. El pecador arrepentido llega ante Dios y confiesa sus faltas, pues bien sabe que no podría engañar al Señor, y que tratar de esconder su pecado no sólo no tendría provecho alguno, sino que le traería condenación y muerte.

Estudia luego el capítulo 7 del libro de Josué. En cambio cuando se produce la confesión, viene salud y perdón, como se ve en las siguientes escrituras:

“Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación.” Romanos 10.10. **“Mi pecado te declararé, y no encubrí mi iniquidad. Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová; y tú perdonaste la maldad de mi pecado.”** Salmos 32.5. **“Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio.”** Hechos 3.19. **“Si confesamos nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, nos los perdonará y nos limpiará de toda maldad.”** 1ª Juan 1.9 NVI.

En segundo lugar, el arrepentimiento lleva a abandonar el pecado. Una persona arrepentida abandonará su vida pecaminosa. Cuando hay arrepentimiento verdadero, el deseo de pecar se acaba y es reemplazado por el deseo de buscar de Dios, como ocurre con el hijo pródigo de la parábola, en Lucas 15.11–21. Su regreso a Dios es explicado por el apóstol Pedro: **“Vosotros erais como ovejas descarriadas, pero ahora habéis vuelto al Pastor y Obispo de vuestras almas.”** 1ª Pedro 2.25.

En resumen, si hay verdadero arrepentimiento, hay un cambio de vida. Leamos Isaías 55.6,7.

8. CONCLUSIÓN

El arrepentimiento y la Fe pueden ser entendidos como “dos lados de la misma moneda”. Es imposible poner tu fe en Jesucristo como el Salvador, sin antes cambiar tu mentalidad acerca de quién es Él, y lo que Él ha hecho por ti. Ya sea que necesites arrepentirte de rechazo obstinado a Él, o de ignorancia y desinterés, necesitas siempre un cambio de mentalidad respecto a Cristo.

Necesitas conocerle, saber quién es Él. El arrepentimiento bíblico que conduce a la salvación, es cambiar tu mentalidad del rechazo a Cristo a la fe en Cristo. Si tú deseas servir genuinamente al Señor, deberás experimentar el arrepentimiento de tus pecados; pues tal y como ya hemos dicho, sólo quien está realmente arrepentido deja su vida de pecado y busca a Dios de corazón.

¿Estás tú dispuesto(a) al verdadero arrepentimiento, a la Fe obediente?

13 – EL BAUTISMO EN AGUA

¿Qué propósito cumple el bautismo en agua? ¿Cómo se lo debe practicar?

Texto para memorizar: **“El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado.”** Marcos 16.16.

1. INTRODUCCIÓN

El bautismo en agua es parte fundamental de la vida cristiana; es uno de los sacramentos o cosas sagradas más importantes de nuestra Fe. La palabra bautismo, proviene del verbo griego “baptizo”, que significa: zambullir o sumergir. Este verbo se utilizaba al principio para referirse a la acción de introducir una tela en un contenedor de tintura, para darle color.

El bautismo en agua es una doctrina fundamental de la Biblia; es nada menos que la puerta de entrada a la Iglesia y al Cielo; es decir, un elemento indispensable para que el creyente de esta era alcance la salvación y la vida eterna.

2. INSTITUCIÓN DEL BAUTISMO

El bautismo en agua fue instituido por nuestro Señor Jesucristo para todo aquel que desee formar parte de la Iglesia que Él fundó. Nadie puede considerarse miembro de la Iglesia del Señor Jesucristo si no ha pasado por las aguas del bautismo. Esto es así desde que la Iglesia comenzó. Tanto los discípulos de Juan como los discípulos de Jesús, y aún Jesús mismo, fueron iniciados en la Fe mediante el bautismo en agua.

Antes de ascender al Cielo, Jesús ordenó que sus discípulos bautizaran a los que creyeran en Él: **"...Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. ¹⁶ El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado."** Marcos 16.15,16. Leamos también Mateo 28.19. La Iglesia cumplió este mandamiento durante sus primeros años de existencia, bautizando a la gente que creía: **"Pero cuando creyeron a Felipe, que anunciaba el evangelio del reino de Dios y el nombre de Jesucristo, se bautizaban hombres y mujeres."** Hechos 8.12.

Cuando Jesús llegó, la práctica del bautismo no era desconocida para los israelitas, ya que desde que Dios les mandó lavarse para su primer encuentro con Él en el monte Sinaí (Éxodo 19.10), ellos comenzaron a purificarse mediante lavamientos con agua, y así lo continuaron haciendo (2° Crónicas 30.19; Juan 2.6).

Juan el Bautista bautizó a sus seguidores en el río Jordán; incluso bautizó a Cristo (Mateo 3.13); y Jesús enseñó a Nicodemo que, para ser salvo, era necesario nacer de nuevo mediante el agua (Juan 3.5). Posteriormente, como veremos más adelante, Jesús instituiría el bautismo en agua en Su Nombre como un requerimiento para ser discípulo suyo.

3. EL BAUTISMO QUE AHORA NOS SALVA

Antes de la muerte de Jesús en el Calvario —bajo la ley de Moisés— la remisión de pecados se hacía mediante el sacrificio de un cordero. Pero bajo la Gracia, o dispensación de la Iglesia, lo único que el creyente tiene que hacer es confiar en Jesucristo como su Salvador, arrepentirse de sus pecados y ser bautizado en Su Nombre. Veamos por qué.

Dado que la paga del pecado es muerte (Romanos 6.23) y que sin derramarse sangre no puede haber perdón de pecados (Hebreos 9.22), cada pecador antes de Cristo debía ofrecer un animal como sacrificio, cada año. Pero al morir en la Cruz del Calvario, nuestro Señor Jesucristo tomó el lugar de aquellos corderos en forma definitiva, entregando su vida para rescatarnos del pecado y la condenación de la muerte.

Jesús dijo: **"...mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados."** Mateo 26.28. Así que ahora ya no tenemos que pagar precio de sangre por nuestros pecados, sino que simplemente debemos arrepentirnos de los mismos, confiar en Jesucristo y bautizarnos en su glorioso Nombre. De esa manera, nuestros pecados son perdonados por medio de Su sangre, bajo la Gracia (1° Juan 1.7).

Nuestro Señor Jesucristo resumió el plan de la salvación en dos cosas fundamentales: creer en Él y obedecerle, siendo bautizado. Jesús dijo: **"El que creyere y fuere bautizado, será salvo."** Marcos 16.16.

Así que el bautismo nos salva. Esta es la primera y más importante razón para bautizarnos en agua. Somos salvos por medio del bautismo; afirmación que luego fue ratificada por el apóstol Pedro: **“El bautismo que ahora corresponde, nos salva...”** 1ª Pedro 3.21.

El texto bíblico dice **“el bautismo”**; es decir que sólo existe uno, un bautismo que corresponde para obtener Salvación. Cualquier otro bautismo, por tanto, no corresponde. Muchos practican un bautismo que sirve para dar nombre a la persona; pero el bautismo que corresponde, según la Biblia, es para algo mucho más importante que eso: es para salvar al pecador del infierno.

Las Sagradas Escrituras también dicen que sólo hay un bautismo en Efesios 4.5: **“Un Señor, una fe, un bautismo”** y, como ya vimos, Pedro no dice “los bautismos” sino **“el bautismo”** (1ª Pedro 3.21). Lógicamente, este único bautismo tiene que ser el que Jesús estableció y sus discípulos practicaron después. No puede haber otro.

De ello se desprende también que el bautismo de Cristo sólo puede ser administrado una vez a la persona. Se hace obvio entonces que, si alguien ha sido bautizado con un bautismo diferente al bíblico —uno que no corresponde— necesita entonces ser bautizado correctamente, así como lo fueron los discípulos de Juan que Pablo encontró en Éfeso. Leamos Hechos 19.1–5.

El bautismo en agua es imprescindible para el perdón de los pecados y el único medio dado por Dios bajo la presente dispensación para que lleguemos al Cielo. El bautismo de Cristo tiene el maravilloso poder de lavar todos nuestros pecados, cuando se realiza en fe, arrepentimiento y corazón sincero.

Fue por esto que Pedro confrontó a su compungido auditorio en Jerusalén y sin titubear le dijo: **“Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados...”** Hechos 2.38. Más tarde también Ananías exhortó a Saulo, diciéndole: **“Ahora, ¿por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre.”** Hechos. 22.16.

Finalmente, recordemos las palabras de Jesús a Nicodemo: **“De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios.”** Juan 3.5. Ahora veamos cómo se debe practicar el bautismo.

4. ¿CÓMO SE DEBE OFICIAR EL BAUTISMO EN AGUA?

El bautismo en agua es por inmersión. Juan el Bautista empleó el método de la inmersión: **“...en Enón, junto a Salim, porque había allí muchas aguas.”** Juan 3.23. Quienes aceptaban las enseñanzas de Juan, eran sumergidos en las aguas.

Después, en tiempos de la Iglesia, se relata el encuentro de Felipe con un hombre etíope, quien pidió ser bautizado. Hechos 8.36–39 dice que: **“descendieron ambos al agua”,** Felipe **“le bautizó”** y luego **“subieron del agua”**. Estas y otras Escrituras, así como la etimología misma de la palabra bautizar, que ya hemos considerado, dejan en claro que el bautismo correcto es por inmersión.

El primer bautismo registrado por aspersion o rociamiento, fue en el año 250 D.C. Diez siglos después, el Concilio católico romano de Ravena autorizó la aspersion

como modo aceptable del bautismo; mismo concilio que también aprobó el bautismo de infantes. Todo esto, sin embargo, carece del necesario apoyo bíblico, y ha sido resistido incluso dentro de la propia Iglesia Católica.

Además, ¿cómo puede aceptarse que un bebé sea bautizado, cuando él carece de toda consciencia de pecado? La Biblia enseña que pecado es saber hacer lo bueno y no hacerlo (Santiago 4.17). Por otra parte, se debe entender que el bautismo debe ser por inmersión porque sólo así tipifica la muerte, sepultura y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, según Romanos 6.3,4. **“Somos sepultados juntamente con Él”** cuando nos bautizamos en agua en Su Nombre.

El bautismo es en el nombre de Jesucristo. El otro aspecto fundamental del bautismo en agua es qué se dice al momento de llevarlo a cabo. A este respecto, existen varias diferencias en la Cristiandad; sin embargo, bíblicamente sabemos que el bautismo que corresponde para la Salvación ha de hacerse en el nombre de Jesucristo. Analicemos el mandamiento dado por Cristo sobre el bautismo.

Él dijo: **“...id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.”** Mateo 28.19.

Al observar con cuidado el citado texto, vemos que Jesús habla, no de nombres, sino de un nombre. De acuerdo con esto, hay un nombre que debe invocarse en el bautismo; pero no se indica allí cuál es. Es Pedro el apóstol quien, habiendo recibido de Cristo mismo las llaves del Reino de Dios (Mateo 16.19), establece que el Nombre a ser invocado en el bautismo es Jesucristo.

En su primer sermón en Jerusalén, el apóstol Pedro lo predicó así: **“Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo.”** Hechos 2.38. Y al oírlo, miles de creyentes de diferentes nacionalidades fueron bautizados en el nombre de Jesucristo. Leamos también las siguientes escrituras: Hechos 2.41; 8.16; 10.48; 19.5; 22.16.

Volviendo a Mateo 28.19, es importante entender también que “Padre”, “Hijo” y “Espíritu Santo” no son nombres, sino títulos que se refieren a diferentes manifestaciones de Dios.

Por tanto, es muy claro que la idea del Señor Jesucristo respecto de la declaración o fórmula que se debe emplear en el bautismo, no era que sus palabras fuesen repetidas literalmente, sino que se invocase Su Nombre. Leamos Lucas 24.45–47; Hechos 4.12 y Romanos 10.13.

Hay quienes argumentan que Pedro, los otros Apóstoles y los evangelistas del primer siglo de la Iglesia se equivocaron al bautizar sin dar uso literal a las palabras de Jesús en Mateo 28.19; pero, ¿cómo pudieron ellos equivocarse en algo tan trascendente, cuando acababan de ser llenos del Espíritu de Dios? (Hechos 2.1–4).

Jesús les había prometido que el Espíritu de Verdad les guiaría a toda la verdad (Juan 16.13) y les enseñaría todas las cosas (Juan 14.26).

Ciertamente, los Apóstoles no se equivocaron. Además, si se pone en tela de juicio lo enseñado y practicado por ellos concerniente al bautismo en agua, se pone en tela de juicio también la Palabra de Dios, ya que ella da cuenta de estos hechos y nos los presenta como válidos. ¿Puede acaso la Biblia equivocarse y a la vez afirmar que es plenamente inspirada por Dios (2ª Timoteo 3.16)? ¡Seguro que no!

5. CONCLUSIÓN

Todos los bautismos en agua de la Iglesia del siglo I de la era cristiana fueron ministrados a personas adultas, por inmersión en agua y en el nombre de Jesucristo; de acuerdo con el Nuevo Testamento. Ningún otro tipo de bautismo aparece registrado allí. Concluimos entonces que el único bautismo correcto es este, y que así como la iglesia primitiva lo practicó, lo debemos practicar nosotros en la actualidad.

Por último, el bautismo en agua sólo debe administrarse a personas que han creído en Jesucristo, se han arrepentido de sus pecados y se han dispuesto a obedecer la Palabra de Dios.

14 – EL BAUTISMO DEL ESPÍRITU SANTO

*¿En qué consiste el bautismo del Espíritu Santo? ¿Por qué lo necesitamos?
¿Cómo saber si lo tenemos?*

Texto para memorizar: **“Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?”** Lucas 11.13.

1. INTRODUCCIÓN

Si el bautismo en agua es importantísimo, también lo es el bautismo del Espíritu Santo. Todo creyente debe recibir este bautismo, pues se trata de lo que da vida al hijo de Dios; se trata del poder que mueve al Cuerpo de Cristo —la Iglesia— para hacer lo que Él nos ha mandado hacer.

Un cristiano lleno del Espíritu Santo es una potencia en las manos de Dios; así que exploremos con entusiasmo este maravilloso tema.

2. LA IDENTIDAD DEL ESPÍRITU SANTO

El sustantivo espíritu que se emplea en la Biblia, procede de las palabras ruakh y pneuma —en lengua hebrea y griega respectivamente— las cuales significan viento o aire en movimiento, en ambos casos. Sin embargo, el sentido original del término bíblico espíritu es más bien aliento, o sea, aire puesto en movimiento por la respiración.

Un ejemplo del uso de espíritu es cuando Dios formó al hombre del polvo de la tierra y **“sopló en él aliento de vida”** Génesis 2.7. Aquí la palabra espíritu se conecta directamente con la vida del ser humano. Por su parte, el término bíblico “Espíritu Santo” se refiere a Dios, exclusivamente, ya que Dios es el Espíritu Santo.

La expresión Espíritu Santo es usada también para referirse a la manifestación de Dios en la vida de los creyentes, durante la actual dispensación de la Gracia. Fueron los escritores del Nuevo Testamento, citando el Antiguo Testamento traducido al griego, quienes estandarizaron este término para referirse a la presencia de Dios habitando en el ser humano y obrando en la vida de éste.

Como hemos estudiado, el Espíritu Santo es el Padre y el Hijo. El Espíritu Santo no es una persona separada de Dios. Dios es el Espíritu (Juan 4.24), y sólo hay un Espíritu (Efesios 4.4,5). Así que no puede haber dos o tres espíritus habitando en el creyente. En 1ª Corintios 12.4–9, vemos que todo procede del mismo Espíritu.

3. LA PROMESA DE DIOS CUMPLIDA

En el Antiguo Testamento, Isaías escribió que Dios hablaría a su pueblo **“en lengua de tartamudos, y en extraña lengua.”** Isaías 28.11. También escribió: **“Yo derramaré aguas sobre el sequedal, y ríos sobre la tierra árida; mi Espíritu derramaré sobre tu generación.”** Isaías 44.3.

El profeta Ezequiel, por su parte, escribió: **“...pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un Corazón de carne.”** Ezequiel 36.26. Y leemos en Joel 2.28,29: **“...derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. ²⁹ Y también sobre los siervos y sobre las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días.”**

En el Nuevo Testamento, Juan el Bautista anunció la venida del Espíritu Santo: “...os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras de mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo; **Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego.**” Mateo 3.11. Tiempo después, Jesús mismo prometió este bautismo a sus discípulos. Leamos Juan 16.7. Aquí, Él afirmó que debía irse de este mundo, para que viniera el Espíritu Santo a continuar con el trabajo de consolar y guiar a los creyentes.

Notemos que es Cristo quien bautiza con el Espíritu Santo. Él prometió que aquellos que creyeren en Él recibirían como recompensa “**ríos de agua viva**” brotando en su interior (Juan 7.37–39). También enseñó que debíamos pedir el bautismo del Espíritu Santo (Lucas 11.13). Por último, mandó a sus discípulos a esperar en Jerusalén este bautismo espiritual (Lucas 24.49), pues sin él, ellos jamás podrían llevar a cabo la misión que les encomendó —predicar Su Evangelio.

La promesa divina relativa al descenso del Espíritu Santo se cumplió poco tiempo después de la ascensión de Jesús. Sucedió en Jerusalén, durante una celebración de Pentecostés —palabra griega que quiere decir 50 días después de la Pascua. Este primer bautismo del Espíritu Santo marcó el nacimiento de la Iglesia (Hechos 2.1–4).

De allí en adelante, los discípulos participaron activamente de esta experiencia espiritual, como podemos ver en Hechos 4.31; 8.17; 9.17; 10.44; 13.2; 19.1–6 y otras escrituras. Nosotros creemos que **el Espíritu Santo continúa activo en la Iglesia**; es decir que, para nosotros, la promesa de Jesús de bautizar con Su Santo Espíritu aún sigue vigente.

4. NECESITAMOS SER BAUTIZADOS CON EL ESPÍRITU SANTO

Los creyentes necesitamos recibir el Espíritu Santo; que Dios habite en nuestra vida. Esto es indispensable para alcanzar la vida eterna, como dijo Jesús a Nicodemo: **“De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios.”** Juan 3.5.

¿Qué significa entrar al Reino de Dios? En primer lugar es ingresar al dominio de Dios en la Tierra, es decir la Iglesia; pero también es llegar al lugar donde vivirán todos los creyentes salvados después de esta vida. Así que la llenura del Espíritu Santo es requerida para entrar al Reino de Dios, para pertenecer a él.

El apóstol Pablo dice sobre esto: **“Si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros.”** Romanos 8.11. **“Vivificar”** significa en este caso resucitar, es decir, una renovación de vida. Esto es lo que acontecerá con el cuerpo mortal del creyente en el momento del Levantamiento de la Iglesia.

Estudia después 1ª Corintios 15. La resurrección de los hijos de Dios se producirá mediante el Espíritu Santo que habita en ellos. Es decir que, sin el Espíritu Santo, el creyente no puede resucitar o ser levantado con la Iglesia.

La anterior afirmación concuerda con lo que dice Efesios 1.13–14: **“Vosotros fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, ¹⁴ que es las arras** [lo que se

da por prenda para garantizar el cumplimiento de un contrato] **de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria.**”

Aquí, **“la posesión adquirida”** es la salvación, la entrada al Cielo, la unión definitiva de la Iglesia con Cristo. En tiempos de Jesús, el novio regresaba —luego de haber estado comprometido con su novia por cierto tiempo— a recoger el trozo de tela o prenda que había dado a ella en señal de compromiso; y luego ellos eran unidos en matrimonio.

Así también cuando Cristo regrese por su Iglesia, el Espíritu Santo será la marca o señal que indicará que un creyente está comprometido con Él y listo para irse al Cielo. En ese mismo sentido, el Apóstol Pablo recomendó a los hermanos efesios que evitaran entristecer al Espíritu Santo, ya que éste es el sello de Dios para el ansiado día del levantamiento de la Iglesia: **“No contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el que fuisteis sellados para el día de la redención.”** Efesios 4.30. Así que debemos vivir siempre llenos del Espíritu Santo, mientras esperamos a Jesús.

5. EVIDENCIAS DE ESTE BAUTISMO

¿Cómo nos damos cuenta de que alguien ha recibido el bautismo del Espíritu Santo? Existe bastante confusión en la Cristiandad en torno a este tema, pero la Biblia es realmente clara sobre el mismo, enseñándonos que hay al menos tres evidencias de que una persona ha sido llena del Espíritu Santo.

La evidencia inicial de este bautismo es el hablar en otras lenguas, o idiomas no aprendidos, como puede apreciarse en Hechos 2.1–4; 14–16. La gente que había subido a Jerusalén para participar del Pentecostés y que fue testigo del primer descenso del Espíritu Santo sobre la Iglesia, pensó que los discípulos de Jesús estaban borrachos, cuando les oyeron hablar en nuevas lenguas. Sin embargo, aquello había sido anunciado por los profetas, como ya hemos visto. Era una promesa de Dios.

Hablar en lenguas fue, sigue siendo y debe ser un fenómeno frecuente en la vida de la Iglesia. Leamos ahora 1ª Corintios 14.2–4. La “edificación” de la que habla

Pablo aquí, tiene que ver con la fe, la fuerza, el poder y el conocimiento que recibe una persona cuando Dios le llena con su Espíritu. Cristo lo había dicho antes: Él enviaría su Espíritu para nuestro consuelo (Juan 14.26; 15.26; 16.7).

El hablar en otras lenguas sirve también como predicación a los incrédulos, como aconteció en Jerusalén y como enseña 1ª Corintios 14.21,22. Por eso es tan importante el hablar en nuevas lenguas y que no se impida a los hermanos el hacerlo (V. 39). Cuando una persona recibe el Espíritu Santo hablando en lenguas nuevas, recibe también fuerza espiritual para hacer muchas cosas que antes no podía hacer.

Esa es precisamente **la segunda evidencia** del bautismo del Espíritu Santo. Al ser bautizado con el Espíritu Santo, el creyente recibe poder sobrenatural de Dios, tal y como Jesús prometió en Hechos 1.8. Tal poder le ayuda a recordar las cosas que Jesús enseñó, dándole fuerzas espirituales (Juan 14.26), especialmente en situaciones de dificultad. El Espíritu Santo también guía a la verdad y revela las cosas profundas de Dios (Juan 16.13), otorgando al creyente sabiduría divina, tal como le sucedió a

Apolos (Hechos 18.24–26). Nos da discernimiento espiritual (1ª Corintios 2.1–10; Hechos 6.1–6); y nos permite compartir las buenas nuevas con efectividad (Juan 15.26,27; Hechos 4.31). Esto último es muy importante, pues sólo a través de la predicación ungida por el Espíritu Santo los corazones pueden ser convertidos a Dios (1ª Corintios 1.21).

La tercera evidencia de haber recibido el Espíritu Santo es el cambio en la vida personal; es decir, la manifestación de lo que Gálatas 5.22–23 llama **“fruto del Espíritu”**. Leamos ese texto. El tema del fruto del Espíritu se desarrollará más adelante en nuestra escuela de discipulado, pero ahora debemos decir que la obra más grande del Espíritu Santo en la vida de una persona no son las demostraciones visibles de poder tales como los milagros y las sanidades, sino la transformación interior a fin de que su vida pueda ser agradable a Dios.

6. CÓMO RECIBIR EL ESPÍRITU SANTO

En esta sección compartiremos consejos prácticos relativos a cómo buscar el bautismo del Espíritu Santo.

Algunos creyentes tienen dificultades para recibir este bautismo; especialmente aquellos que son callados y reservados. Ante tal dificultad, algunos incluso llegan a pensar que esa bendición no es para ellos.

En la Biblia se registra el caso de unos discípulos que aún no habían recibido el Espíritu Santo, a pesar de ya estar bautizados en agua. Leamos Hechos 8.14–17. Esto sucedió en la ciudad de Samaria durante la campaña evangelizadora que Felipe llevaba a cabo. La gente era bautizada en agua en el nombre de Jesús, pero no fue sino hasta que vinieron Pedro y Juan desde Jerusalén a supervisar el trabajo y orar por ellos, que los samaritanos recibieron el bautismo del Espíritu Santo mediante la imposición de manos de los Apóstoles.

En la Biblia también se registra el caso contrario: las personas reciben el Espíritu Santo antes de ser bautizadas en agua, como sucedió con Cornelio y los suyos. Ellos, con sólo escuchar la predicación de la Palabra una vez, comenzaron a hablar lenguas y enseguida fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús (Hechos 10.44–48).

Así que, recibir el bautismo del Espíritu Santo puede llegar a ser más o menos dificultoso, pero lo que todos necesitan saber es que deben buscarlo, pues es para todos los que creen en Jesús (Hechos 2.39). Y para esto no existen fórmulas mágicas o trucos. Tampoco se trata de algo que podamos aprender en un curso como este. El bautismo del Espíritu Santo es un regalo que Dios ya ha otorgado por la fe a los creyentes. Sin embargo, hay ciertos factores que sí son determinantes para que una persona lo reciba con mayor facilidad. Veamos cuatro:

En primer lugar, **la persona debe querer recibirlo**. Por simple lógica, Dios no le dará el regalo del Espíritu Santo a quien no lo desee recibir. Al respecto, Jesús dice lo siguiente: **“En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: ³⁸ Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. ³⁹ Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él.”** Juan 7.37–39.

¿Qué aprendemos aquí? Que sólo aquellos que tienen sed de Jesús —sed del Espíritu Santo— podrán beber de él.

En segundo lugar, **la persona que lo desea lo tiene que pedir**. En la Biblia, se nos exhorta muchas veces a pedirle a Dios lo que deseamos. En este caso, el texto clave se encuentra en Lucas 11.13: **“...si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?”**

En tercer lugar, **se debe buscar el Espíritu Santo**. Esto significa que hay que orar y orar, hasta recibirlo. Esa fue precisamente la orden de Jesús para sus discípulos: **“He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto.”** Lucas 24.49.

Los discípulos estuvieron varios días esperando la promesa de Cristo, en oración y ruego, hasta que el Señor los bendijo con este regalo tan especial. Dios siempre dará a sus hijos Su bendición, si ellos Le buscan de todo corazón.

Finalmente, los hermanos que ya han recibido el bautismo del Espíritu Santo **deben orar por aquellos que aún no lo tienen**. Deben hacerse oraciones especiales por aquellos que esperan recibirlo. Esto fue lo que Pedro y Juan hicieron por los hermanos de Samaria: **“...les imponían las manos, y recibían el Espíritu Santo.”** Hechos 8.17.

Aquellos que ya han sido ungidos por el toque divino, especialmente los ministros, deberán insistir con frecuencia y aún presionar un poco a los nuevos creyentes, para que procuren el bautismo del Espíritu Santo, imponiéndoles las manos hasta que lo reciban.

7. CONCLUSIÓN

Uno de los regalos más grandes y maravillosos que hemos recibido los creyentes en Cristo es la plenitud o bautismo del Espíritu Santo. Por lo tanto, busquémoslo hasta recibirlo y luego esforcémonos por mantenerlo encendido, activo en nuestra vida (Efesios 4.30). Sin Él, jamás podríamos perseverar en nuestro camino al Cielo.

15 – LA SANTIDAD DEL CREYENTE

¿Por qué es necesaria la santidad? ¿Cómo podemos ser santos interiormente y exteriormente?

Texto para memorizar: **“Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, ¹⁸ y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso. ¹ Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios.”** 2ª Corintios 6.17,18; 7.1.

1. INTRODUCCIÓN

Dios es santo; pero, ¿podemos serlo nosotros? En esta lección responderemos esta crucial pregunta y aprenderemos cómo tener una vida santa delante de Él. Pero primero definamos santidad.

La palabra santo viene de la palabra griega "agios", que significa separado y dedicado al servicio de Dios. En hebreo, la raíz del vocablo santo es "qadôsh", que tiene estricto sentido religioso y se aplica tanto a personas, como a objetos, lugares y días (Éxodo 19.6; Números 5.17; Éxodo 31.14; Salmos 50.5; Daniel 7.22; Hechos 9.13). Estudia luego estos textos.

El concepto santidad guarda una estrecha relación con nuestro Dios; nos habla de su misma naturaleza: Dios es santo, moralmente (Levítico 11.44) y en poder (1° Samuel 6.20). Él es llamado **"el Santo de Israel"** en Isaías 1.4. También los creyentes somos llamados **"santos"** en varios textos bíblicos; por ejemplo: Romanos 8.27, 1ª Corintios 1.1;14.33 y Efesios 1.1.

2. ¿POR QUÉ ES NECESARIA LA SANTIDAD?

Existen al menos tres razones por las cuales necesitamos y debemos ser santos.

- (1) **La santidad es necesaria para preservar la salvación: "Dios es santo, y quiere que todo aquel que tiene la esperanza de verle cara a cara, se**

purifique.” 1ª Juan 3.2–3. **“Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor.”** Hebreos 12.14.

- (2) **Debemos ser santos para poder servir a Dios:** Dios reclama una vida santa de todos aquellos que desean servirlo. A los sacerdotes de Israel dijo: **“No se contaminarán como cualquier hombre de su pueblo, haciéndose inmundos. ⁵ No harán tonsura en su cabeza, ni raerán la punta de su barba, ni en su carne harán rasguños. ⁶ Santos serán a su Dios, y no profanarán el nombre de su Dios, porque las ofrendas encendidas para Jehová y el pan de su Dios ofrecen; por tanto, serán santos.”** Levítico 21.4–6. Ellos estaban consagrados y debían cuidarse de muchas cosas; pero también el pueblo en general debía ser santo. Dios mandó a Moisés: **“Ve al pueblo, y santifícalos hoy y mañana; y laven sus vestidos, y estén preparados para el día tercero, ¹¹ porque al tercer día Jehová descenderá a ojos de todo el pueblo sobre el monte de Sinaí.”** Éxodo 19.10,11. La Iglesia también, si desea servir a Dios, debe

comportarse como **“real sacerdocio y nación santa”** 1ª Pedro 2.9, y **“sin mancha delante de él”** Efesios 1.4.

- (3) **La santidad es necesaria como estilo de vida:** La verdadera santidad se practica en la vida diaria; se evidencia en nuestro comportamiento, en todo tiempo y lugar; y aplica tanto al hombre interior como al exterior. Santidad es una vida en armonía con Dios, es vivir bajo Su voluntad en cada área o aspecto de nuestro ser: **“Como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; ¹⁵ sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; ¹⁶ porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo.”** 1ª Pedro 1.14–16.

Dios desea que mostremos a los demás que somos diferentes. Si no practicamos la santidad en nuestra vida, lo nuestro es apenas una fantasía religiosa. Estudiemos ahora cómo podemos perfeccionar la verdadera santidad en nuestra vida interior y exterior.

3. LA VERDADERA SANTIDAD

La verdadera santidad comienza en el interior del creyente y se refleja luego en su exterior. Inicia en el área de los pensamientos; después pasa al nivel de las actitudes y las palabras, y por fin llega a la apariencia externa. Este es el proceso de santificación normal que Dios desea producir en nosotros, si se lo permitimos.

Jesús reprendió a los religiosos de su época, porque ellos desagradaron a Dios desde su interior: **“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de robo y de injusticia. ²⁶ ¡Fariseo ciego! Limpia primero lo de dentro del vaso y del plato, para que también lo de fuera sea limpio.”** Mateo 23.25,26. Así que, hablemos primero de santificar nuestro interior: nuestra mente y corazón. La mente es el motor de todo lo que pensamos, decimos y hacemos. Santidad es reemplazar todo pensamiento sucio y negativo por pensamientos puros y buenos; y toda expresión sucia, negativa o perversa por palabras de edificación y amor (2ª Corintios 10.5; Filipenses 4.8).

El corazón es el asiento de las emociones y los deseos; también llamado el alma en la Palabra. De él proceden los sentimientos más puros y también los más bajos, como dice el Señor en Mateo 15.19: **“Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias.”** Un corazón no santificado —no regenerado, no sometido a Dios— dará a luz odio, rencor, amargura, engaño, soberbia, envidia, palabras negativas e indecentes, etc. Nuestras palabras expresan lo que sentimos, pensamos y somos. Estudia el capítulo 3 de Santiago para comprender mejor la importancia de la santidad en el hablar.

Gálatas 5.19–21: **“Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, ²⁰ idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, ²¹ envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios.”**

Pablo nos presenta una lista de pasiones llamadas “obras de la carne”. Se trata de deseos malos que comienzan en el corazón y se materializan en nuestros miembros. Pablo dice que quienes practican todo eso **“no heredarán el reino de Dios.”**

Santidad, por el contrario, es practicar lo mencionado en los Vv. 22–25: **“Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, ²³ mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. ²⁴ Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. ²⁵ Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu.”** Si queremos tener una vida cristiana victoriosa, es vital que cuidemos nuestro ser interior; manteniéndolo puro, santo y limpio para Dios; libre de toda falsedad e hipocresía.

4. SANTIDAD EXTERIOR

La apariencia externa de una persona habla de su condición interna; habla de su corazón. Nuestra apariencia externa refleja nuestro ser interno, delante de Dios y también de las demás personas.

Si nuestra relación con Dios es sincera, limpia, y la condición de nuestro corazón es pura, la santidad interior producirá una apariencia externa santa. La apariencia impía, por su parte, promoverá los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida; como ya hemos estudiado.

El cristiano ha de ser moderado en todas las cosas, y esto incluye la apariencia externa. Nuestra ropa o peinado no deben ser ostentosos o demasiado adornados. Nuestro adorno ha de ser más bien el de un espíritu manso y humilde, ya que esto es de gran valor ante la vista de Dios.

Los principios bíblicos para todo esto son: (1) Pudor. (2) Modestia. (3) Rechazo a la ornamentación. (4) Moderación en cuanto a costo. (5) Distinción entre el varón y la mujer. (6) Separación de las connotaciones mundanas. Entonces, los cristianos debemos abstenernos de usar ropa inmodesta, joyas ornamentales, cosméticos de color y tintas para el cabello; vestidos muy costosos, extravagantes o llamativos; vestidos femeninos en los varones, ropa de hombre en las mujeres, cabello largo en

los varones, cabello corto en las mujeres, y estilos exteriores que se pueden asociar con carnalidad, artificialidad, ostentación y vanidad. Analicemos estos asuntos.

(1) La vestimenta: Ninguna indicación nos es dada acerca del color o el estilo, pero la Biblia dice cosas bien definidas acerca del tipo de vestimenta que debe o no debe ser usado.

(a) Debe haber una distinción en cuanto a la ropa del hombre y la ropa de la mujer, según Deuteronomio 22.5: **“No vestirá la mujer traje de hombre, ni el hombre vestirá ropa de mujer; porque abominación es a Jehová tu Dios cualquiera que esto hace.”** Un hombre ha de ser masculino en apariencia, y una mujer femenina en apariencia. Uno no debe usar la vestimenta perteneciente al otro. Hombres afeminados o mujeres “marimachos” son abominación a Dios: **“No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones [...] heredarán el reino de Dios.”** 1ª Corintios 6.9,10.

(b) Nuestro vestir ha de ser sobrio, moderado. Un buen método a seguir para estar bien ubicado en cuanto a esto, es preguntarse: "¿Me sentiría cómodo(a) con esta vestimenta, si estuviera en la presencia misma del Señor Jesús, físicamente? ¿Reflejo con mi apariencia al Señor, delante de los que me rodean?"

(c) Nuestros vestidos no deben ser muy caros o llamativos. Dios quiere que vistamos con modestia. Hay estilos de vestimenta que pueden conformar a la letra de la Ley de Dios en cuanto a ser "cubridores", pero su estilo, costo o apariencia costosa hablan de un orgullo carnal que aún no se ha rendido a la voluntad de Dios. 1ª Timoteo 2.9: **"Que las mujeres se atavíen de ropa decorosa, con pudor y modestia; no con peinado ostentoso, ni oro, ni perlas, ni vestidos costosos."** 1ª Pedro 3.3: **"Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos."** Ciertamente, esos principios aplican también a los hombres.

(2) El pudor y la desnudez: Pudor significa “sentimiento de reserva hacia lo que está relacionado con la sexualidad”. En la práctica, el pudor hace que hombres y mujeres vistan de manera decente, evitando mostrar partes de su cuerpo que pueden provocar atracción sexual. La sociedad del siglo XXI está fuertemente influenciada por la tendencia a la desnudez; pero Dios continúa siendo estricto respecto a este tema. Dios detesta la desnudez. Él no quiere que sus hijos muestren su desnudez a otros, con excepción de la pareja. El pecado de Cam fue ver, precisamente, la desnudez de su padre (Génesis 9.22–27). En Levítico 18 Dios prohíbe a su pueblo mostrar o descubrir la desnudez del padre, la madre, hermanos, primos, etc. La Biblia dice que nuestro cuerpo debe ser santo para poder ser templo del Espíritu Santo: **“¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?”** 1ª Corintios 6.19. Por lo tanto, debemos tener cuidado con el tipo de ropa que usamos: que no sea demasiado breve o corta; ni demasiado ajustada, para que no exhiba nuestra desnudez.

(3) El cabello: Ciertas reglas son establecidas en la Biblia acerca de nuestro cabello, el cual tiene mucho que ver con nuestra apariencia masculina o femenina, pero también con la vida espiritual: **“Corta tu cabello, y arrójaló, y levanta llanto sobre las alturas; porque Jehová ha aborrecido y dejado la generación objeto de su ira.”** Jeremías 7.29. El pasaje bíblico por excelencia en este asunto es 1ª Corintios 11.3–16. En el mismo se nos enseña con claridad que una mujer que corta su cabello demuestra tener un espíritu rebelde. Los versículos 14 y 15 tienen la clave o explicación para esto: el cabello largo en un hombre es una vergüenza, pero en una mujer el cabello largo se convierte en su gloria. Este pasaje también habla de la cubierta de la cabeza — llamada a veces “velo”: **“Todo varón que ora o profetiza con la cabeza cubierta, afrenta su cabeza. ⁵ Pero toda mujer que ora o profetiza con la cabeza descubierta, afrenta su cabeza; porque lo mismo es que si se hubiese rapado.”** En este capítulo bíblico se recuerda el orden establecido por Dios en la Tierra; una cadena de autoridad que es importante reconocer y respetar:

Dios es la cabeza de Cristo, Cristo es la cabeza del varón y el varón es la cabeza de la mujer. La cabeza provee dirección al cuerpo y los que están bajo la cabeza se someten a ella. Esta cuestión de orden universal de ninguna manera significa que el hombre es superior a la mujer. Ahora, el respeto por este orden es muy importante y debe manifestarse de una forma visible. Por eso el pasaje dice que la mujer debe tener **“señal de autoridad sobre su cabeza”** V. 10. “Señal” es algo visible para todos, algo que todos pueden apreciar. Entonces, cuando el varón está delante del Señor orando o profetizando, no debe cubrir su cabeza de ninguna manera, porque si lo hace afrenta o deshonra a su cabeza que es Cristo. Por eso los hombres se quitan la gorra o el sombrero cuando entran a una casa o a una iglesia; o cuando llegan frente a una autoridad; y si son cristianos, cuando oran, predicán o enseñan la Biblia. Esta es la forma en que el hombre reconoce y manifiesta visiblemente su reconocimiento de que Cristo es su cabeza. Por su parte la mujer reconoce y manifiesta visiblemente que su cabeza es el varón al cubrir su cabeza para estar ante

el Señor orando o profetizando. Si la mujer se presenta ante Dios para orar o profetizar con su cabeza descubierta, afrenta o deshonra a su cabeza que es el varón. La cubierta puede ser un velo, un manto, incluso un sombrero.

(4) El uso de joyas: Esto realmente no es otra cosa que vanidad, de acuerdo con la Biblia. Es decir, nosotros creemos que las joyas son algo innecesario: **“Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, ³ sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios.”** 1ª Pedro 3.2,3. **“Que las mujeres se atavíen de ropa decorosa, con pudor y modestia; no con peinado ostentoso, ni oro, ni perlas, ni vestidos costosos, ¹⁰ sino con buenas obras, como corresponde a mujeres que profesan piedad.”** 1ª Timoteo 2.9,10.

Una vez más, este principio se aplica al hombre también. ¿Y en cuanto al anillo de matrimonio o “alianza”? Nosotros creemos que no se necesita un anillo para demostrar compromiso: con la conducta honesta y respetuosa alcanza. Muchos

adulteran aún llevando puesto el anillo matrimonial. ¿Y el reloj? No lo consideramos un adorno, pues cumple la función práctica de informar la hora y otras cosas.

5. CONCLUSIÓN

Casi nadie se atrevería a discutir la importancia de la santidad interior, pero muchos cuestionan la importancia de la santidad exterior, argumentando que a Dios “sólo le importa el corazón”. De hecho, muchos cristianos hoy día están abandonando la práctica de la santidad exterior. No obstante y como ya hemos visto, a Jesús sí le importa lo exterior y por eso dice: **“...que también lo de afuera sea limpio.”** Mateo 23.26b.

Es cierto que el templo puede estar muy bien por fuera y corrompido por dentro —como sucedía con aquellos religiosos— pero la verdadera santidad, la que viene del interior, siempre se verá reflejada en una apariencia externa que esté en conformidad con la Palabra de Dios: **“Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo.”** 1ª Tesalonicenses 5.23. Amén.

16 – ORIGEN, FE Y VALORES DE NUESTRA IGLESIA

¿De dónde proviene nuestra denominación? ¿Cómo nació? ¿Cuáles son nuestras creencias? ¿Cuáles son nuestros valores?

Texto para memorizar: **“Trayendo a la memoria la fe no fingida que hay en ti, la cual habitó primero en tu abuela Loida, y en tu madre Eunice, y estoy seguro que en ti también.”** 2ª Timoteo 1.5.

1. INTRODUCCIÓN

En esta lección estudiaremos tres temas estrechamente conectados con nuestra identidad cristiana y apostólica: (1) Los orígenes de nuestra denominación, (2) nuestra posición bíblica-teológica, y (3) los valores morales más importantes que sostenemos.

2. ORIGEN DE LA ASAMBLEA APOSTÓLICA

Charles Parham, ministro metodista estadounidense que vivió entre 1873 y 1929, se hizo independiente de su iglesia para comenzar el movimiento que más tarde se conocería como “pentecostalismo” —para nosotros “la lluvia tardía” prometida por

Dios. En 1898, fundó en Topeka Kansas una escuela bíblica que, como otras de su tiempo, empleaba la Biblia como libro único de texto.

En las clases, escogían un tema y leían todo lo que la Biblia dijera sobre él. De esa manera encontraron que el hablar en nuevas lenguas es una señal visible de demostración de que la persona ha recibido el bautismo del Espíritu Santo, de acuerdo con el libro Hechos de los Apóstoles. Así fue como, entre el 31 de diciembre de 1900 y el 1° de enero de 1901, en la escuela de Topeka, los alumnos de Parham comenzaron a hablar en lenguas; siendo la primera en hacerlo la señorita Agnes Ozman. En 1905, Parham trasladó su escuela a Houston, Texas; y aquí entra en la historia William J. Seymour, un hombre de raza negra que vivió entre 1870 y 1922.

Seymour creció en la Iglesia Bautista y luego se afilió a la Iglesia Metodista Episcopal. En 1903 se trasladó a Houston y en 1905 ingresó a la escuela bíblica de Parham, donde conoció la doctrina de la manifestación del Espíritu Santo con la evidencia de hablar en nuevas lenguas. En 1906, Seymour se trasladó a Los Ángeles,

California, para servir en una iglesia surgida de la 2ª Iglesia Bautista Negra, pero allí fue rechazado por predicar la doctrina de “el hablar en lenguas”. Ese mismo año rentó un edificio en calle Azusa N° 213 y el 14 de abril de 1906 fundó la “Misión de la Fe Apostólica”. Sus cultos se caracterizaban por las manifestaciones del Espíritu Santo y las sanidades milagrosas.

En dicho lugar, el 5 de junio de 1906, Abundio López y su esposa Rosa —inmigrantes mexicanos— recibieron el bautismo del Espíritu Santo con la evidencia de hablar en lenguas; transformándose así en la conexión más remota entre la misión de la calle Azusa y lo que después llegaría a ser la Asamblea Apostólica de la Fe en Cristo Jesús. En síntesis, nuestra denominación —junto con otras denominaciones pentecostales— se originó a partir del movimiento de la calle Azusa, a comienzos del siglo XX, siendo posteriormente incorporada bajo las leyes de California, Estados Unidos, en el año 1930.

3. NUESTRA FE

Nosotros creemos...

1. Que sólo existe un Dios, manifestado al ser humano de diferentes maneras: como Padre en la creación, como Hijo en la Redención y como Espíritu Santo habitando en nosotros (Deuteronomio 6.4; Isaías 43.10; Juan 14.7; 2ª Corintios 3.17).
2. En la Santa Biblia, inspirada total y verbalmente por Dios, y constituida en nuestra única regla infalible de fe normativa para la vida cristiana (2ª Timoteo 3.14–17).
3. En las dispensaciones bíblicas o separación en etapas sucesivas de la revelación progresiva de Dios al hombre; con administraciones y reglas de vida diferentes en cada una (Hebreos 7.11,12).
4. Que la Biblia se debe interpretar bajo el método hermenéutico Gramático–Histórico, y no en forma figurativa o alegórica, excepto

cuando el contexto o el sentido del texto lo exija expresamente de ese modo (2ª Pedro 3.16).

5. Que Dios hizo al hombre directamente a Su imagen y semejanza, libre de pecado; con una naturaleza racional, inteligencia, voluntad, determinación personal y responsabilidad moral ante Él (Génesis 2.7; 15–25; Santiago 3.9).
6. Que antes de nosotros, Dios creó a los ángeles para que Le sirvieran; pero una tercera parte de ellos se rebeló siguiendo a Lucero, un querubín que quería ser igual a Dios. Ahora, Satanás y los demonios se oponen a Dios y procuran la destrucción del hombre (Génesis 3.1; Isaías 14.11–15; Ezequiel 28.14–19; Apocalipsis 12.4–9).
7. Que a causa de la desobediencia de Adán y Eva, el hombre tiene ahora una naturaleza pecaminosa que le separa de Dios; y que solo por medio de la fe en Jesucristo y el arrepentimiento, el hombre puede ser restaurado a la comunión con Dios (Romanos 3.23; Hechos 3.19).

8. Que Dios se auto-despojó de Su gloria y se hizo hombre en Jesús, para tomar la iniciativa en nuestra salvación (Salmos 8; Isaías 9.6; Juan 1.14; Hebreos 1.1–4).
9. En la concepción virginal de Jesús, en su vida terrenal completamente libre de pecado, en sus sufrimientos y muerte sustitutivos y expiatorios en la Cruz, en su resurrección corporal de los muertos y en su ascensión victoriosa al Cielo (Isaías 7.14; Romanos 5.8; 8.34; 2ª Corintios 5.21; 1ª Timoteo 3.16; Hechos 1.9).
10. En la completa justificación presente y futura del alma, ofrecida por Dios gratuitamente a través de la fe en Jesucristo y el sacrificio a nuestro favor hecho por Él en la Cruz (Hechos 10.43; Romanos 10.13; 3.24–26; Hebreos 7.25; 5.9).
11. Que Jesucristo hombre es ahora el único mediador entre nosotros y Dios; y que sólo por Su mediación somos salvos (Hechos 4.12; 1ª Timoteo 2.5; Gálatas 3.20).

12. Que Jesucristo es la imagen del Dios invisible, que en Él ahora **“habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente”** y que Él es el verdadero Dios y la vida eterna (Juan 20.28; Colosenses 1.15; 2.9; Tito 2.13; 1ª Juan 5.20; Apocalipsis 4.2).
13. Que para ser admitido en el Reino de Dios, el hombre necesita nacer de nuevo a través de la fe en Cristo y la verdad de Su Palabra, mediante el bautismo en agua y la renovación o bautismo del Espíritu Santo (Juan 3.3–8; 1ª Pedro 1.23).
14. En el bautismo bíblico para el perdón de los pecados, efectuado por un ministro ordenado con inmersión del cuerpo entero en agua, una sola vez y en el nombre del Señor Jesucristo (Marcos 16.16; Hechos 2.38; 8.16; 10.48; 19.5; 22.16; Gálatas 3.27).
15. En el bautismo del Espíritu Santo, recibido con la evidencia inicial de hablar en otros idiomas o lenguas, como Él quiere (Hechos 1.5; 2.4; 10.44–46; 19.1–7).

16. Que al nacer de nuevo el creyente es colocado en el cuerpo espiritual de Cristo, la Iglesia; de la cual Él es la cabeza (1ª Corintios 12.12,13; Efesios 5.23–32; 1.22; 4.15; Colosenses 1.18; Apocalipsis 19.7,8).
17. En la necesidad y posibilidad de vivir santamente a través de la obra regeneradora y santificadora del Espíritu Santo, que también nos capacita para ser testigos fieles del poder de Dios (Hechos 1.8; Hebreos 9.14; 1ª Pedro 1.15).
18. En la práctica literal de la Cena del Señor como acto conmemorativo de la obra de Cristo en la Cruz, testimonio de nuestra comunión en Él y anuncio de Su regreso a la Tierra; y en la práctica del Lavamiento de pies cristiano como acto de humildad cristiana (Lucas 22.15–20; 1ª Corintios 11.23–28; Juan 13.3–17).
19. En la vigencia de los dones espirituales distribuidos por el Espíritu Santo a la Iglesia para su edificación, de acuerdo con Su voluntad (1ª Corintios 12.1–12).

20. Que la Iglesia comenzó el Día de Pentecostés y será levantada por Cristo en lo que se conoce como "rpto", para ser librada de la Gran Tribulación y participar así de las Bodas del Cordero (Hechos 2; 1ª Tesalonicenses 4.13–18; 1ª Corintios 15.51–54).
21. Que todos los cristianos fieles comparecerán ante el Tribunal de Cristo para recibir galardones por sus obras hechas a favor de la causa de Cristo en la Tierra (2ª Corintios 5.10).
22. En la Segunda Venida de Cristo en forma visible, corporal, con su Iglesia glorificada; para dar fin a la Gran Tribulación y reinar sobre el mundo por mil años (Zacarías 14.5; Judas 14; Apocalipsis 20.4).
23. Que los planes de Dios para la Iglesia e Israel son diferentes; pues Israel aún tiene promesas terrenales pendientes, que se han de cumplir después del Levantamiento de la Iglesia; mientras que la Iglesia es destinataria de promesas celestiales y eternas en gloria (Filipenses 3.20; 1ª Pedro 5.10).

24. Y en el Juicio Final, que recompensará a los fieles con vida eterna en el Cielo, en gozo y felicidad; y condenará a los incrédulos con muerte eterna en el Infierno, en dolor y tormento (Apocalipsis 20.11–15; Mateo 25.46).

4. NUESTROS PRINCIPALES VALORES

Obediencia y santidad. Debemos amar a Dios por sobre todo. Este amor se demuestra obedeciendo Sus mandamientos (2ª Juan 6). Debemos vivir toda nuestra vida apartados del mal y consagrados a Dios, es decir, en santidad; la cual comienza con un profundo cambio en el corazón y luego se refleja en el exterior, es decir en nuestro cuerpo, el cual se ha convertido en templo del Espíritu Santo. En ese sentido, seguimos los lineamientos de la Palabra de Dios y evitamos todo extremismo no bíblico, así como cualquier ascetismo humano (Romanos 5.20–6.2; 1ª Corintios 3.16,17; Hebreos 12.14).

Relación con Dios. Existimos para dar adoración a Dios y tener una relación con Él, quien es el centro de nuestra vida. Nosotros nada somos sin Él (Lucas 10.27; Juan 15.5). Cultivamos nuestra relación con Dios practicando disciplinas tales como oración, ayuno, estudio de la Biblia, congregarse en la iglesia, participar de la Cena del Señor, practicar el lavamiento de pies cristiano, sujetarse a la autoridad espiritual, pagar diezmos, ofrendar, evangelizar, servir a otros, ejercitar los dones espirituales, etc.

Imagen de Dios. La meta de cada cristiano es desarrollar el carácter de Jesús en su vida; es decir, tener más de Él y menos de sí mismo. Vivir “**en el poder de la resurrección**” significa estar llenos de Él y vacíos de nosotros mismos. Jesús es nuestro ejemplo a seguir, nuestro modelo; y cada cristiano en nuestra iglesia debe reflejar Su carácter, viviendo una vida bajo el poder y la dirección del Espíritu Santo (Filipenses 2.5–11).

La oración. Orar es un privilegio, una necesidad y un deber de todo cristiano. Orar es dialogar con Dios. Mediante la oración podemos caminar con Él, obtener de Su unción, recibir respuestas a nuestras peticiones y mucho más. En nuestra oración ofrecemos a Dios alabanza, agradecemos Sus bendiciones, perdonamos a nuestros deudores, confesamos nuestros pecados, presentamos nuestras peticiones, intercedemos por otros, leemos porciones de la Biblia, aplicamos lo leído en nuestro orar, meditamos en la grandeza del Señor, escuchamos Su voz, Le cantamos nuevos cantos y concluimos con gratitud, alabanza y adoración a Él (Mateo 26.41; 6.7; Marcos 11.24,25; Efesios 6.18).

Uso del tiempo. Además del tiempo diario para leer la Palabra, orar y esperar en Dios por respuestas, debemos tener un tiempo diario de estudio sistemático de la Biblia, con meditación y memorización. Por lo menos un día de la semana debemos apartarnos para ayunar y desarrollar sensibilidad espiritual. También destinamos tiempo específico para servir en nuestra iglesia local y testificar de Cristo en la comunidad (Mateo 6.17,18; Salmos 119.9–16; Hebreos 10.24,25; Hechos 1.8; Efesios 5.15,16).

Género y función. Aunque el hombre y la mujer son espiritualmente iguales ante Dios, Él ha ordenado distintas funciones espirituales para el hombre y la mujer, en el hogar y en la iglesia. El esposo debe ser el líder del hogar y los hombres deben ser los líderes de la Iglesia, como pastores y diáconos. Por consiguiente, sólo los hombres son elegibles para el ministerio cristiano (Gálatas 3.28; Colosenses 3.18; 1ª Timoteo 2.8–15; 3.4,5,12).

La familia. Este es un principio fundamental del Reino de Dios, establecido por Él desde el principio. El matrimonio entre un hombre y una mujer es la voluntad de Dios y el fundamento de la sociedad en todo el mundo (Génesis 1.27). El matrimonio mantiene libre de la inmoralidad a la sociedad. Si la familia se pierde, la sociedad también. Por esto protegemos la unidad y santidad del matrimonio hasta la muerte. El matrimonio es un símbolo de la unión de Cristo y Su Iglesia. El esposo debe amar a su esposa así como Cristo amó a la Iglesia. La esposa debe someterse al liderazgo espiritual bíblico de su esposo así como la Iglesia se somete a la Autoridad de Cristo.

Los hijos son herencia del Señor y los padres son responsables ante Él de enseñar a sus hijos los valores espirituales y morales de la Biblia, guiándolos con su propio ejemplo de vida y disciplina apropiada que incluya corrección corporal bíblica (Génesis 1.26–28; Éxodo 20.12; Deuteronomio 6.4–9; Salmos 127.3–5; Proverbios 19.18; 22.15; 23.13,14; Marcos 10.6–12; 1ª Corintios 7.1–16; Efesios 5.21–33; 6.1–4; Colosenses 3.18–21; Hebreos 13.4; 1ª Pedro 3.1–7).

Bendiciones generacionales. En la vida cristiana que es según la Palabra de Dios, las bendiciones son pasadas de generación a generación. Aún si el creyente viene a la Fe procedente de una familia quebrantada o disfuncional, él se convierte en heredero de bendiciones, porque ha nacido de nuevo en la familia de Dios.

Aunque biológicamente no seamos descendientes de Abraham, llegamos a ser simiente suya por medio de la fe en Cristo. Todas las bendiciones desatadas a Abraham son ahora nuestras, para disfrutarlas y pasarlas a nuestros hijos biológicos y espirituales (Gálatas 3.9).

Prosperidad. Es el deseo de Dios que prosperemos en todas las áreas de la vida. Por tal razón, cultivamos la madurez espiritual, social y financiera. Cada cristiano puede y debe vivir una vida libre de deudas y opresión financiera. La pobreza es una mentalidad que puede ser destruida con la obediencia a los principios de mayordomía del Reino. El pueblo de Dios no necesita más dinero, sino más sabiduría de Dios para administrar lo que ya tiene. Cuando estos principios son implementados, las posibilidades son ilimitadas. Dios hace sus obras más grandes en medio de la fe obediente (3ª Juan 1.2).

Sexualidad humana y apariencia. Dios estableció que ninguna actividad sexual íntima se practique fuera del matrimonio. El único matrimonio legítimo es la unión entre un hombre y una mujer (Génesis 2.24; Romanos 7.2; 1ª Corintios 7.10; Efesios 5.22,23). Por tanto rechazamos cualquier forma de homosexualidad, lesbianismo, bisexualidad, incesto, zoofilia, fornicación, adulterio, pornografía y otras perversiones pecaminosas del don del sexo provisto por Dios. Creemos también que Dios

desaprueba y prohíbe cualquier intento de alterar la apariencia o el género de la persona mediante travestismo, tratamiento hormonal o intervención quirúrgica (Génesis 2.24; 19.5; 26.8,9; Levítico 18.1–30; Deuteronomio 22.5; Romanos 1.26–29; 1ª Corintios 5.1; 6.9; 1ª Tesalonicenses 4.1–8; Hebreos 13.4).

El aborto. Creemos que la vida humana principia en la concepción embrionaria y que la criatura que no ha nacido es también un ser humano. Aborto es entonces tomar la vida de dicho ser humano, lo que constituye homicidio, y eso nunca puede tener justificación. Rechazamos por tanto toda posición que apruebe el aborto, aún en casos de violación, incesto, defectos genéticos, selección de género, control natal o intento de proteger el bienestar psico-emocional de la madre (Job 3.16; Salmos 51.5; 139.14–16; Isaías 44.24; 49.1,5; Jeremías 1.5; 20.15–18; Lucas 1.44).

APÉNDICE N° 1

COMPROMETIDO CON MI IGLESIA LOCAL

¿Por qué es importante pertenecer a una iglesia local? ¿Cómo se desarrolla el compromiso con ella? ¿Qué beneficios eso trae?

“Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios.” Efesios 2.19.

1. INTRODUCCIÓN

En esta lección adicional del curso, aprenderemos sobre:

- El significado de la membresía, al identificarte con Cristo y con otros creyentes.
- Tus responsabilidades más importantes como miembro de la Iglesia del Señor Jesús.
- La importancia de ser un miembro fiel del cuerpo de Cristo y estar comprometido con tu iglesia local.

2. LA MEMBRESÍA LOCAL

¿Qué significa ser miembro de una iglesia local?

- Miembro es la parte individual que pertenece a un cuerpo compuesto por más miembros.
- Los creyentes estamos unidos a Cristo y somos miembros de Su cuerpo universal, que es la Iglesia.
- También estamos unidos más estrechamente a otros miembros de la Iglesia, por medio de la membresía de nuestra iglesia local.

“Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo. ¹³ Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu. ¹⁴ Además, el cuerpo no es un solo miembro, sino muchos.”

1ª Corintios 12.12–14.

3. LA IMPORTANCIA DE LA IGLESIA LOCAL

Debemos pertenecer a una iglesia local, o familia en Cristo. Hoy día se oyen declaraciones en contra de esta verdad, como por ejemplo:

- “Yo pertenezco a un cuerpo mundial de Cristo”
- “Unirme a una iglesia local no es bíblico”
- “Yo fui herido la última vez que pertenecí a una iglesia”
- “No necesito pertenecer a una iglesia local para ser salvo”

Ante objeciones como esas, la Biblia claramente responde que los miembros de la Iglesia del Señor...

- Perteneceemos los unos a los otros (1ª Corintios 12.13)
- Estamos unidos los unos a los otros (Efesios 4.16)
- Somos diferentes los unos de los otros (1ª Corintios 12.4–6)
- Nos edificamos los unos a los otros (Efesios 4.16)
- Nos necesitamos los unos a los otros (1ª Corintios 12.21,22)

“...siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todos en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, ¹⁶ de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas, que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor.” Efesios 4.15,16.

4. UN MIEMBRO COMPROMETIDO

“No dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos los unos a los otros...” Hebreos 10.25.

Un miembro debe someterse al Señorío de Jesucristo y estar dispuesto a interactuar de una manera saludable con los demás miembros y los convidados de la iglesia local. La diferencia entre uno que asiste y un miembro se resume en esta palabra: compromiso.

Nuestra iglesia pide a los nuevos creyentes convertirse en miembros formalmente comprometidos por cuatro razones:

- **Una razón bíblica.** Cristo está comprometido con Su Iglesia: **“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella.”** Efesios 5.25.
- **Una razón cultural.** El compromiso con una iglesia local es un antídoto para la manera de pensar de nuestra sociedad actual.
- **Una razón práctica.** Define con quién podemos contar nosotros y con qué puedes contar tú.
- **Una razón personal.** Ser un miembro comprometido de la iglesia produce crecimiento espiritual.

Veamos algunas formas de demostrar nuestro compromiso con la iglesia local.

5. PROTEGIENDO LA UNIDAD DE MI IGLESIA

¿De qué manera un miembro comprometido protege la unidad de su iglesia?

(1) Actuando en amor hacia los demás miembros. La armonía del cuerpo es esencial para su función y crecimiento. En ocasiones poner en acción el amor hacia

los demás será un desafío y una prueba de mi carácter. La gente con frecuencia comete errores, se comunica equivocadamente, o simplemente tiene un mal día.

Por eso la Palabra nos aconseja: **"...sigamos lo que contribuye a la paz y a la mutua edificación."** Romanos 14.19. **"Pero el Dios de la paciencia y de la consolación os dé entre vosotros un mismo sentir según Cristo Jesús."** Romanos 15.5. **"...Amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro."** 1ª Pedro 1.22.

(2) Rechazando el chisme. Lo que yo digo es muy importante. El chisme puede ser definido como dos o más personas hablando en una manera negativa de alguien que está ausente. La mejor manera de eliminar el chisme es rechazar decirlo u oírlo. **"Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes."** Efesios 4.29.

(3) Sujetándose a los líderes. Dios ha puesto autoridades espirituales cuya función es liderarme, alimentarme, enseñarme y corregirme. Mantendré una actitud positiva hacia mis líderes espirituales. **"Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a**

ellos; porque ellos velan por vuestras almas; como quienes han de dar cuenta; para que lo hagan con alegría, y no quejándose, porque esto no os es provechoso.” Hebreos 13.17.

6. COMPARTIENDO RESPONSABILIDADES

¿Cómo un miembro comprometido comparte las responsabilidades de su iglesia?

(1) Orando por su crecimiento. El crecimiento de la iglesia es lo que hace Dios, y como mi iglesia no puede parar de crecer hasta que todos en nuestra comunidad sean salvos, yo oraré a Dios que añada **“cada día a la iglesia los que han de ser salvos.”** Hechos 2.47. **“Damos siempre gracias a Dios por todos vosotros, haciendo memoria de vosotros en nuestras oraciones.”** 1ª Tesalonicenses 1.2.

(2) Invitando al que no va a la iglesia a que asista. Yo también debo hacer mi parte para que la iglesia crezca. Invitaré a mis amigos y vecinos con regularidad para que asistan conmigo. **“Ve por los caminos y por los vallados, y fuérganlos a entrar, para que se llene mi casa.”** Lucas 14.23.

(3) Dando una bienvenida calurosa a aquellos que nos visitan. Comprendo la importancia de ayudar a crear un ambiente amigable para nuestros amigos simpatizantes. Sonrisas, saludos calurosos y un amor genuino demostrado, hacen un impacto en las personas que vienen heridas del mundo de pecado: **“Por tanto, recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió, para gloria de Dios.”** Romanos 15.7.

7. SIRVIENDO Y MINISTRANDO EN MI IGLESIA

¿De qué forma un miembro comprometido sirve y ministra en su iglesia?

(1) Descubriendo sus dones y talentos. Comprendo que cada cristiano nacido de nuevo tiene un don otorgado por Dios. Procuraré descubrirlo y aprender a usarlo en la iglesia. **“Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros.”** 1ª Pedro 4.10.

(2) Siendo preparado por sus líderes para servir. Comprendo que el Señor dio a su Iglesia pastores y maestros para preparar a los santos para la obra del ministerio.

Tendré un espíritu enseñable. **“Y él mismo constituyó a unos... pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo.”** Efesios 4.11,12.

(3) Desarrollando un corazón de siervo. Comprendo que para poder lograr esto necesito tener una buena actitud, empleando de mi tiempo y talentos en servir a los demás y así cumplir el propósito de Dios para mi vida: **“Nada hagáis por contienda o por vanagloria... no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de otros. Haya, pues, en vosotros el mismo sentir que hubo también en Cristo Jesús... que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo...”** Filipenses 2.3–7.

8. APOYANDO EL TESTIMONIO DE MI IGLESIA

¿Cómo un miembro comprometido apoya el testimonio de su iglesia?

(1) Asistiendo fielmente. Entiendo que para poder crecer y aprender, debo estar allí. Mi testimonio y el testimonio de mi iglesia dependen de mi fidelidad. **“No dejando de congregarnos... sino exhortándonos [unos a otros]...”** Hebreos 10.25.

(2) Viviendo una vida piadosa. Comprendo que conducta y comportamiento cristiano fuera del edificio de la iglesia son elementos cruciales para el testimonio de mi Señor. Me esforzaré por vivir una vida piadosa en el hogar, en mi trabajo y en mi tiempo libre: **“Solamente que os comportéis como es digno del evangelio de Cristo.”** Filipenses 1.27.

(3) Contribuyendo con regularidad. Entiendo que mi iglesia es ayudada por mis diezmos y ofrendas, los cuales debo dar semanalmente conforme el Señor me haya prosperado. **“Cada primer día de la semana cada uno de vosotros ponga aparte algo, según haya prosperado, guardándolo, para... ofrendas.”** 1ª Corintios 16.2. **“Y el diezmo... es cosa dedicada a Jehová.”** Levítico 27.30.

9. LA IMPORTANCIA DE LA ADORACIÓN PÚBLICA

Nuestra adoración pública, o servicio de adoración, es una excelente oportunidad que tenemos cada semana para expresar nuestro amor hacia Dios por lo que Él es y hace por nosotros. También es un excelente medio para guiar a otros a los pies de Jesús. Por eso es necesario que nos reunamos periódicamente para adorar a Dios.

“...la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. ²⁴ Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren.” Juan 4.23,24.

El texto anterior establece, no sólo nuestro deber de adorar a Dios, sino también el hecho de que sólo los creyentes lo podemos hacer realmente. Dios espera que Su Iglesia le adore en espíritu y en verdad, pues los no creyentes no pueden hacerlo. Sin embargo, hay algo que ellos sí pueden hacer y es observarnos a nosotros cuando adoramos a Dios. Nuestra adoración sincera se convierte así en un poderoso testimonio para la comunidad: “...**hecho este estruendo, se juntó la multitud.**” Hechos 2.6.

Nuestro servicio de adoración debe servir para que otras personas sean guiadas a los pies de Cristo; y eso sólo sucede cuando la presencia de Dios se puede sentir y la adoración y la predicación son —por decirlo así— entendibles.

Leamos 1ª Corintios 14.18–26. Aquí aprendemos que Dios espera que seamos sensibles a los temores, necesidades e inseguridad de los inconversos que están presentes en nuestros servicios.

Necesitamos ser maduros para ofrecer un servicio a Dios que sea sincero y a la vez inteligente: **“Oraré con el espíritu, pero oraré también con el entendimiento; cantaré con el espíritu, pero cantaré también con el entendimiento.”** V. 15.

Cristo dijo que Él **“...no vino para ser servido, sino para servir.”** Mateo 20.28. Nuestro buen testimonio, conducta sobria y actitud servicial son muy importantes en el servicio de adoración pública. La gente va a la casa de Dios esperando ver vidas cambiadas!



ESCUELA DE DISCIPULADO



**APOSTOLIC ASSEMBLY
OF THE FAITH IN CHRIST JESUS**